Spanish

Jan Quinn
1947 —

Alexandre Dumas 1802-1870.

LA ENCICLOPEDIA DEL VICIO

ALEJANDRO DUMAS

LA
ENCICLOPEDIA DEL VICIO

Traducción de Luis Julián Echegaray

Provenza, 63

BARCELONA
Tip. Lit. de Pertierra, Bartolí y Ureña
Provenza, 61 y 63
1901

Enciclopedia del vicio

Vamos á registrar un rincón del panorama parisien que nadie se ha atrevido á pintar. Intentamos escribir una página del gran libro de la civilización moderna, al pie de la cual, nadie se ha atrevido á poner su nombre.

Tiene mi espíritu tendencia muy singular á tocar los asuntos que ninguno osó tratar, por lo cual, acepto sin vacilación esta tarea dificultosa por escabrosidades que encierre.

Es verdad que apenas prometido este libro, recordé los pudibundos remilgos y prejuicios de nuestra época, y tuve idea de arre-

pentirme de haber dado mi palabra tan de ligero, mas ya empeñada, soy esclavo sumiso de ella.

Me es forzoso, por lo tanto, cumplir lo ofrecido.

Con objeto de ordenar en lo posible mi tarea, dividiré el asunto en tres distintas clases, en tres series progresivas ó escalas ascendentes, que llevarán al lector sucesivamente, desde el infecto callejón donde la ramera de la más baja categoría acecha y detiene en el arroyo al transeunte nocturno, hasta el gabinete elegantísimo, donde la encopetada cortesana, que acaba de abandonar un coche sin escudo ni cifra entra precedida por un criado sin librea.

Antes de comenzar, será bueno advertir á los que estén dispuestos á leer las siguientes páginas, que no se han escrito para solaz y recreo de señoritas recién salidas del colegio.

BUSCONAS

BUSCONAS

Inútil es hacer aquí la fisiología de la mujer pública, sér degradado que hallais por las noches, especialmente en la plaza de la Bolsa, en la esquina de la calle de Richelieu y de la calle de Ambossie, en las aceras de la de Laffite y pisando el asfalto del bulevar de Gand.

Desearíamos que la extensión de este estudio nos facultase para analizar la ramera en la misma época de la formación de nuestra sociedad, y seguirla en sus transformaciones, perseguida por las leyes suntuarias de Felipe el Hermoso y las severas ordenanzas de los prebostes de París, encaminadas unas

á marcar la necesaria distinción entre la mujer pública y la mujer honrada, y otras á suprimir en absoluto la prostitución ó cuando menos la prostitución legal.

Séanos, sin embargo, permitido, hacer una pequeña digresión para hablar siquiera sea muy á la ligera de las leyes suntuarias que hemos nombrado, documentos de grandísimo valor histórico cuando de hacer la historia de la prostitución se trata.

Ya en el año 1360 publicó el preboste de París una ordenanza prohibiendo á las mujeres públicas bajo pena de confiscación y de multa, adornar sus vestidos y sus sombreros con bordados y piezas de plata; igualmente se les prohibía el uso de manteletas forradas de pieles y adornarse con perlas.

Felipe Augusto fué el primer rey de Francia que trató que por los vestidos se conociera la gerarquía de las personas, y como era natural en esta diferenciación las prostitutas fueron tratadas con más rigor que las otras clases, para que no hubiera en ellas absolutamente nada que pudiera asemejarlas á las damas y castellanas. De las leyes de Felipe Augusto no ha quedado sino la noticia de

que fueron dictadas y pregonadas, mas es de suponer que las leyes suntuarias de Felipe el Hermoso, estarían inspiradas en las precedentes.

Felipe el Hermoso prohibía á las prostitutas que emplearan en sus vestidos y tocados el armiño, el oro, las piedras preciosas y las perlas.

La orden era tan terminante, que las rameras que poseyeran objetos prohibidos debían deshacerse de ellos en el término de un año.

Las mujeres públicas no se mostraron propicias á obedecer las ordenanzas que tan sin piedad las combatía, llegando momentos en que se pusieron en abierta hostilidad contra los agentes encargados de ejecutar la ley. La desobediencia de las rameras se estrellaba contra la severidad de las autoridades, que lejos de modificar blandamente las ordenanzas, las reforzaban con decretos que el parlamento corroboraba.

Las cosas llegaron á tal extremo, que en el año 1415 (8 de Enero), el preboste prohibió de nuevo á todas las mujeres disolutas tener el *atrevimiento* de adornar sus sombre-

ros con oro, plata, perlas, cinturones de oro ó simplemente dorados, abrigos forrados de pieles de ardilla *ú otras pieles honestas* y hebillas de plata en el calzado.

Se concedió un plazo de ocho días para dejar dichos adornos: pasado el perentorio plazo, los agentes del preboste podían prender á las contraventoras en cualquier lugar en que se encontraran, excepción hecha de las iglesias y llevarlas al *chatelet.* donde después de despojarlas de sus vestidos se las castigaba severamente.

Esta disposición fué renovada y pregonada á son de trompeta en las calles y esquinas de París en el año 1419.

El Parlamento no descuidó este asunto ni aun en las épocas en que la peste y el hambre que castigaban duramente á París, debía forzarles á ocuparse de negocios de más prisa y monta. En 26 de Junio de 1420 expidió el Parlamento un decreto por el que se prohibió á las mujerés públicas usar vestidos y cuellos vueltos, cola arrastrando y toda clase de pieles, cinturones dorados y botones en los sombreros. A las contraven-

toras se les amenazaba con pena de prisión, confiscación y multa arbitraria.

¿Fué más eficaz este mandato que los anteriores?

De suponer es que no, pues con gran frecuencia se repiten las ordenanzas y se aumentan los castigos, indicio cierto de que las rameras no estaban atemorizadas por las penas que los anteriores decretos señalaban.

En ocasiones se logra de momento establecer la deseada diferencia en el vestir entre las mujeres honradas y las rameras, mas pronto éstas introducían en sus trajes visibles modificaciones para simular no sólo las ropas sino hasta las costumbres de las mujeres de buena vida.

Si las rameras no se daban á partido, no se ablandaban tampoco los agentes del preboste, para quien constituía notable ingreso la venta de las ropas y joyas que á las prostitutas se decomisaban. Esto duró hasta el año 1424, en que Enrique VI, rey de Inglaterra, que era dueño de Paris, reclamó para sí el pingüe provecho del decomiso.

El pueblo, á quien también se trataba se-

veramente en las leyes suntuarias que les prohibían el empleo de telas y adornos reservados á los grandes, se enojaba contra las rameras que con tanta audacia desafiaban las ordenanzas reales. El pueblo veía que las rameras enriquecidas compraban la tolerancia de los agentes, de los cuales muchos cobraban subvenciones fijas por olvidar de intento las prescripciones que tenían la obligación de hacer respetar. Para aplacar el justo y creciento enojo del pueblo, se castigó algunas veces en público á las rameras que con más descaro y audacia quebrantaban las ordenanzas pero la satisfacción que se quería dar al pueblo con estos castigos, no era tan completa como el preboste se figuraba, pues á nadie tranquilizaba ver que se castigaba solamente á la ramera que no disponía de medios para comprar la tolerancia de los agentes.

Las mujeres que eran encarceladas pertenecían á esta clase, como puede comprobarse con la simple lectura de algunos capítulos del ordinario de Paris, en los que se da cuenta de las prendas de escaso valor que estas mujeres llevaban encima.

A título de documento curioso, transcribimos uno de estos escritos:

«Por el valor y venta de una hopalanda de paño, con cuello forrado de grana, con que Juanita, viuda de Pedro Miguel, mujer de amores, se halló vestida y ceñida de cinturón de seda negra, con hebilla y ocho botones de plata, de peso total dos onzas y media; en cuyo estado fué encontrada paseando por la ciudad, faltando á la ordenanza y prohibición, por cuyo hecho fué presa y declarados del rey los dichos vestidos y adornos por confiscación, según la dicha ordenanza, y vendidos en el mercado público el día diez de Julio de 1427, á saber: la dicha ropa en precio de siete libras, doce sueldos, cuya cuarta parte pertenece á los agentes que la prendieron.

»Por el valor de otro cinturón de viejo tejido de seda negra en que había una chapa, ocho botones de plata y una hebilla de hierro blanco, hallado en posesión de Juanita Neufville, presa por esto.

»Por valor de otro cinturón de seda negra herrada de hebilla y con ocho botones de plata y un cuello de grana, hallados en

posesión de Juanita Fleury, llamada la *Pescadera.*»

Los objetos prohibidos por las ordenanzas que se quitaban á las rameras, se consideraban como objetos perdidos en la vía pública, los cuales eran propiedad del Fisco, cuando no eran reclamados en un plazo de cuarenta y nueve días. Pasado este tiempo se vendían en mercado público, y el producto de la venta se distribuía entre el rey, la ciudad y los agentes de vigilancia.

Hablando de la tenacidad de las rameras en desobedecer las ordenanzas que con tanta saña las perseguía, escribe Dufour: «Estas mujeres eran incorregibles cuando de sus adornos se trataba; todas tenían marcada pasión por las joyas, y no temían exponerse á la prisión ni á las multas, por tener la satisfacción de lucir un adorno de oro ó de plata, ó cuando menos de metal argentado. No quiere esto decir que tuvieran empeño en disfrazar su profesión deshonrosa para confundirse con las damas honradas. No se rebelaban contra el espíritu de las ordenanzas con que se pretendía poner remedio á la confusión de las clases sociales entre *hom-*

bres y mujeres de todos estados, los cuales, dice una ordenanza de Enrique II, *por este medio, no pueden distinguirse unos de otro.* Las rameras de profesión, por el contrario, no se cuidaban de aparentar lo que no eran, pero gustaban de adornarse para llamar la atención y por competir entre sí en lujo.

Como los collares, brazaletes y anillos les estaban prohibidos, se indemnizaban de esta prohibición llevando joyas de devoción: rosarios, medallas, cruces y anillos benditos.

Mas los agentes de vigilancia no eran todos suficientemente devotos para tolerar estas piadosas contravenciones, y esperaban á las culpables á la puerta de las iglesias para prenderlas, con gran contento del populacho que expresaba su júbilo con gritería salvaje.

Según parece Luis XI que hacía por su propia cuenta gran abuso de medallas, de rosarios, y *agnus dei*, dió disposiciones muy severas contra las mujeres de mala vida que llevaban objetos semejantes: no sólo se les confiscaba en provecho del rey las joyas, sino que se les imponían fuertes multas.

En 1643 Juanilla Ruison fué condenada á

quince sueldos, cuatro dineros *parisis* (unos 25 francos) por el uso ilegal de dos rosarios de coral. Luis XI hizo castigar también rigorosamente á las rameras que se hallaban vestidas de hombre en las calles de París.

No era ciertamente el preboste de París el que con más rigor trataba á las rameras, puesto que hojeando los reglamentos municipales de otras regiones hallamos disposiciones más terminantes aún para marcar la diferencia de las mujeres deshonestas y las honradas.

En un reglamento de Lyon publicado en 1475 se ordena á las mujeres públicas que abandonen las *buenas y honestas calles* para retirarse á dos casas de asilo donde podían ejercer su miserable oficio bajo la vigilancia de los cónsules: cada una de estas casas tenía una sola puerta á fin de que las rameras que cometieran algún delito en estos lugares de libertinaje no pudieran escapar cuando se las quisiera prender.

El mismo reglamento determinaba el traje particular de las mujeres disolutas á quienes sopena de confiscación se les prohibía emplear en sus adornos correas guarnecidas de

plata, pieles de precio y hasta la *piel negra ó blanca de cordero;* prohibíanseles además el uso de sombreros iguales á los de las *mujeres de bien.* Como distintivo deshonroso estaban obligadas á llevar bajo pena de prisión y veinte sueldos de multa, una divisa roja que se colocaban en el brazo izquierdo sobre la manga del vestido, tres dedos más abajo de la juntura del hombro; tenía la tal divisa unas caídas que debían llegar hasta la mitad del brazo.

En Tolosa, donde la prostitución estaba severamente reglamentada, se hacía llevar á las rameras como distintivo un sombrero blanco con cordones del mismo color. Varias veces pidieron las rameras que se las librara de aquel distintivo infamante, mas los magistrados de la ciudad se negaron siempre á oir sus súplicas.

En Diciembre de 1389 visitó Tolosa el rey Carlos VI. Toda la población tomó parte en las variadas y animadas fiestas que para obsequiar al rey se prepararon. También las rameras acudieron á recibir al monarca, cuyo paso sembraron de flores. Aprovechando la buena disposición de ánimo del rey, pi-

diéronle las rameras que las librara de los vituperios á que les exponía su deshonrosa insignia y á cuya vista el populacho se alborotaba incitando á los chiquillos á que persiguieran á las del *sombrero blanco*, apedreándolas y arrojándolas lodo á los vestidos. Las desgraciadas mujeres manifestaron al rey, que sin su real intervención se habían dictado las ordenanzas que con tanta impiedad les trataban.

El asunto fué llevado ante el consejo de Estado y discutido en presencia del obispo de Nojon, del vizconde de Melum, y de los Messires Enguerranel, Deudin y Juan Estonteville.

Carlos VI que no estaba aún demente tomó con interés paternal la súplica de las desdichadas mujeres, y según los términos de la ordenanza que expidió con tal motivo «deseando hacer gracia y favor á todos y tener en franquicia y libertad á los habitantes de un reino» otorgó á las suplicantes que en lo sucesivo pudieran llevar adornos á voluntad y dejar de usar el sombrero blanco sin incurrir en falta alguna.

Los funcionarios públicos de Tolosa reci-

bieron la orden de proteger á las rameras haciéndolas gozar *pacífica y perpetuamente* de los beneficios de la Real gracia sin molestarlas ni permitir que se las molestara por razón de ultraje.

Las rameras se arrepintieron muy luego de haber sido exceptuadas por gracia especial del rey de la esclavitud, de la antigua insignia.

La población de Tolosa tomó muy á mal de que el rey hubiera tenido piedad de las prostitutas, y como obedeciendo á una consigna general, maltrataban á cuantas encontraban en las calles sin sombrero y cordones blancos. Los funcionarios de Tolosa se hacían los desentendidos siempre que alguna se presentaba á quejarse de malos tratos. No pudiendo evitar los atropellos y no queriendo renunciar á la gracia que del rey habian recibido, las rameras prefirieron no salir á la calle, quedando recluidas en el *hospitium*, lupanar sostenido, vigilado y explotado por el municipio. Mas sus enemigos iban á perseguirlas y maltratarlas á sus mismas casas.

Estas persecuciones fueron poco á poco

alejando á los clientes de la casa. La renta fué bajando poco á poco y el tesorero del capítulo que lo percibía anualmente de las mujeres comunes y de un arrendatario, dió cuenta del *déficit,* causando ingrata impresión en los capitulares que veían perderse una renta tan fácil como segura.

En su virtud, hizo una información que dió por resultado averiguar que por las noches iban turbas de libertinos al lupanar, donde cometían desórdenes inauditos; que estos *perversos, sin Dios ni justicia,* rompían las puertas, penetraban en las casas y golpeaban brutalmente á las desgraciadas mujeres. Estas, para librarse de aquellas salvajes acometidas, se atrincheraban en sus aposentos, y ni aun así se libraban, porque los libertinos demolían las paredes.

Las rameras, espantadas, acabaron por abandonar el lupanar que no tardó en convertirse en una ruína.

Los capitulares procuraron inútilmente poner remedio y atraer á las fugitivas al establecimiento, prometiéndoles apoyo y pretección. Pero ya era tarde para remediar el mal, pues las turbas habían hecho

hábito de sus ataques y fueron inútiles las amonestaciones y las amenazas de la guardia urbana.

Desesperado de sus propias fuerzas los capitulares acudieron al rey, suplicándole que acudiera en su ayuda. Carlos VII, que sólo gobernaba entonces en algunas provincias de su reino, recorría el Languedoc para enardecer el celo de sus partidarios y entró en Tolosa. Allí examinó el asunto en Consejo, y recordando que su padre había otorgado una gracia de *alegro advenimiento,* dictó una Real cédula (13 de Febrero de 1425) amenazando con toda su cólera á los que maltrataran á las mujeres de vida alegre por la sola causa de no llevar el sombrero blanco. Recomendó á las autoridades que protegieran el establecimiento público que él tomaba desde luego bajo su guarda especial y mandó poner delante de la puerta dos postes, pintados con flores de lís, en signo de protección real.

No por esto tuvieron más seguridad las desgraciadas mujeres á quienes Tolosa entera había declarado guerra sin cuartel. Los capitulares resolvieron la cuestión fundando

fuera de las puertas de la ciudad un nuevo lupanar á lo que se dió el nombre de *Chateau-Vert* (Castillo verde) donde las rameras encontraron un asilo pacífico.

En 1557, con motivo de haberse declarado la peste en Tolosa, se ordenó á las mujeres públicas que no salieran del establecimiento, donde no debían admitir á ningún hombre hasta que cesara la epidemia. Algunas desobedecieron este mandato y fueron azotadas en la vía pública. Las otras huyeron, trasladándose á otras ciudades libres de la peste.

En el año 1560, ya pasada la epidemia, reaparecieron en Tolosa. Su regreso fué alegremente celebrado; pero los capitulares, corridos de los epígramas que á su costa se hacían por estar encargados de la dirección suprema del burdel municipal, cedieron el impuesto á los hospitales de la ciudad. Los hospitales no lo percibieron más que seis años, pasados los cuales devolvieron á la ciudad un privilegio tan oneroso: los beneficios producidos por la explotación del *Chateau-Vert,* eran absorbidos con creces por los cargos anejos al dominio,

pues los hospitales estaban obligados en compensación á recibir y cuidar á las enfermas que salían del *Chateau-Vert.* Ahora bien, en este período de seis años, las enfermas habían sido más numerosas que nunca, y el tratamiento venéreo era entonces muy costoso. Un Consejo solemne se reunió en capítulo y trató la cuestión que preocupaba en aquel tiempo á todos los magistrados del reino; la abolición radical de la prostitución. Los notables de la ciudad asistieron á esta reunión y opinaron en su mayor parte por la supresión del *Chateau-Vert;* pero prevaleció el parecer del abad de Caredieu, que aconsejó que se aguardara para tomar aquella medida un momento más oportuno.

En efecto, no había ciudad donde la prostitución legal fuera más necesaria que en Tolosa; las costumbres estaban muy relajadas y las pasiones bajo la influencia del clima, experimentaban necesidades imperiosas, que era preciso satisfacer dentro de ciertos límites. Dos hechos recientes probaban que la autoridad de los magistrados de la ciudad no podían ejercer gran vigilancia sobre las mujeres públicas que el Cha-

teau Vert no guardaba tampoco estrictamente.

En 1559 se encontraron cuatro de estas desgraciadas en el convento de los Agustinos; habían penetrado en él disfrazadas con el hábito monástico y servían á toda la comunidad en sus deseos sensuales. Tres de estos monjes de perdición fueron ahorcados, uno en cada una de las tres puertas del convento, y un monje, verdadero, cómplice principal de las rameras fué llevado á presencia de un obispo maniatado y con hierros en los pies.

En el año 1566, otras tres mujeres, que entraron también por astucia en el convento de *Beguines* fueron ahorcadas sin formación de proceso.

El Chateau Vert, conservó sus atribuciones y franquicias hasta 1588. Este año se pusieron en vigor las medidas de salubridad que reclamaba en Tolosa la epidemia: el Chateau Vert fué cerrado y selladas sus puertas; pero las rameras al salir de su albergue no cambiaron su género de vida y á pesar de la peste, que no las espantaba, ejercían en el campo su peligroso oficio.

Uno de los capitulares á quien el miedo á la epidemia obligó á huir de la ciudad y refugiarse en el campo, fué testigo de los desórdenes que tenían lugar en torno de la ciudad.

Cuando la peste cesó y el capitular volvió al ejercicio de sus funciones refirió en el consejo lo que había visto de vergonzoso en las ruinas y en los campos que habían reemplazado al Chateau Vert. El consejo acordó que todas las rameras fueran encarceladas é imponiéndoles un castigo deshonroso y útil para la ciudad se las destinaba á tirar de los carros para la limpieza de las calles (1).

***

En los tiempos de Francisco I las prostitutas de París tenían sus viviendas en las inmediaciones de la calle Saint-Honoré de cuyas cercanías no se han apartado mucho posteriormente.

A una casa de la calle del Pelicán fué el

(1) Anales de la ciudad de Tolosa, por Lafaille, t. II, p. 189. 199 y 280.

abogado Ferón á buscar la extraña venganza contra el real amante de su mujer.

Francisco I no se contentaba con hacer de su corte un serrallo, donde no había marido, ni padre, tutor ni hermano que se atrevieran á turbar sus placeres; á veces se divertía buscando aventuras en las calles de París donde se dirigía á las mujeres de estado llano. Por lo que se lee en el Heptamerón de la reina de Navarra, estas aventuras no estaban exentas de peligros, pues más de una vez fué el rey sorprendido infraganti y hubo de ser tratado como un galán vulgar. Su espada le prestaba oportuna y eficaz ayuda para salir del mal paso; mas no siempre salía sano y salvo de estos lances.

Según una tradición, un amorío de esta clase le produjo la enfermedad que le condujo al sepulcro después de diez ó doce años de sufrimientos.

Al recoger esta tradición que no podía apoyarse en piezas auténticas los historiadores no han hecho más que mencionar el hecho sin garantirlo. Mezeray y solía tomar de la narración de sus contemporáneos las particularidades más curiosas de su Historia

de Francia; según él, la úlcera maligna que fué causa de la muerte de Francisco I, comenzaba ya en 1539 á corroerle con ardores insoportables, de tal modo que este dolor é infección que era ya general en su cuerpo, le producía una fiebre lenta y una sombría tristeza que le imposibilitaba para toda empresa.

He oído afirmar, añade Mezeray, que le había comunicado este mal la hermosa Ferronniere, una de sus queridas, cuyo retrato se ve en algunos curiosos gabinetes y cuyo marido por una extraña y estúpida venganza fué á buscar esta infección á un lupanar con objeto de infestar á su mujer y al rey.

Mezeray en un compendio cronológico de la Historia de Francia, insiste con más detalles sobre el mismo hecho, que consignaba con referencia á un rumor que había corrido en tiempos de Francisco I, como lo dice Sanval, aunque Brantome no hablara de esta hermosa Ferronniere ni de su marido, que era un abogado llamado Feron.

Esta aventura se refiere muy explícitamente por la primera vez en las *Diversas Secciones* de Luis Guyón. El la sabía, sin duda,

por boca de algún anciano que había alcanzado la época de Francisco I, pues escribía su colección á fines del siglo XVI; además en su cualidad de médico había podido encontrar entre sus colegas alguna tradición especial relativa á la afección venérea de que fué víctima el rey.

«Francisco I, escribe Guyón, requirió de amores á la esposa de un abogado de París, mujer muy bella que no quiero nombrar, porque ha dejado hijos que se han conquistado muy buena posición, y gozan de buena fama. La dama no quiso nunca acceder á los deseos del rey, antes bien hubo de rechazarlo con rudas palabras que entristecían su ánimo.

Sabiendo esto algunos cortesanos aconsejaron al rey que la tomara de autoridad y por el poder de su corona. Y en efecto, uno de estos fué á decírselo á la dama, la cual á su vez se lo dijo á su marido.

El abogado veía bien que él y su mujer tenían que huir del reino, y aun tendrían mucho que hacer para salvarse sino se sometían á la exigencia del rey. Por fin, el marido, aconseja á su mujer resignarse con su

mala suerte, obedeciendo el superior mandato y para no estorbar en este asunto fingió tener que ausentarse por ocho ó diez días.

Sin embargo, se mantuvo oculto en París, frecuentando los burdeles en busca del mal venéreo para contagiar á su mujer, á fin de que ésta á su vez contagiara al rey.

El vengador esposo encontró muy pronto lo que buscaba, y contagió á su mujer, y ésta luego al rey, el cual comunicó á su vez el mal á muchas otras mujeres con quienes mantenía relaciones, y no pudo jamás curarse bien porque el resto de su vida estuvo enfermizo, triste é intratable.»

Bueno será advertir, teniendo en cuenta las afirmaciones de los historiadores que han negado que Francisco I muriera víctima de una venganza, aunque reconociendo que le mató el mal venéreo, bueno será advertir, repetimos, que este rey estuvo toda su vida dominado por la pasión de las mujeres.

Francisco I hubiera sacrificado su reino y su corona á trueque de satisfacer un capricho de galantería. Desde muy temprana edad le enardecía ya esta comezón amorosa.

El diario de su madre Luisa de Saboya, nos hace saber que desde la edad de dieciocho años comenzó á sentir las consecuencias de sus vicios.

«Día 4 de Septiembre de 1512.—Tuvo mal en la parte de secreta naturaleza.»

Y después este mal reapareció muchas veces con nuevos síntomas y nuevos dolores que solían arrancarle estas palabras, al decir del historiador Mathien: «Dios me castiga por donde he pecado.»

Brantome refiere con graciosa ingenuidad que este fué el origen de la residencia ordinaria de las damas en la corte de Francia. La reina Ana de Bretaña había hecho antes su corte más grande que las reinas precedentes; pero esto no era nada en comparación de la corte de Francisco I que «considerando que todo el decoro de una corte estaba en las damas,» quiso poblarla más de lo que era de costumbre. A este propósito decía:

«Una corte sin damas, es como un jardín sin flores, y más parece corte de un sátrapa ó de un turco, que de un gran rey cristianísimo.»

Llamando á su corte lo más selecto de las damas, Francisco I pretendía suprimir, según Brantome, aquella peligrosa turba de mujeres disolutas que los antiguos reyes de Francia elevaban en séquitos.

Pero la espléndida prostitución de la corte del rey no se detuvo aquí por desgracia; al principio lanzó sus tristes reflejos sobre la sociedad francesa, y luego, como un incendio, devoró todo cuanto restaba de buenas costumbres en las clases media y popular.

«En el reinado de Francisco I, escribe Sanval, no había ningún cortesano sin querida, y cuando había alguno de recomendado se informaba al punto de sus nombres, y se obligaba á hablar por ellos, á hacerles nacer cerca de ellos por su recomendación y á servirlos en todas las ocasiones. En fin, cuando encontraba tales personas juntas, luego quería saber sus propósitos, y no pareciéndole bien, él mismo les enseñaba el modo y manera como debían acometer.»

El rey, pues, no se contentaba con ser preceptor de galanterías y podía envanecerse de conocer el oficio; aceptaba, en interés de un amigo, el papel de rufián, que todos

los cortesanos estaban dispuestos á desempeñar á su vez en favor de su amo.

Puede decirse que no permitía que ninguna mujer fuera recatada en su corte, y con todo eso, se preciaba de ser el más firme defensor del honor femenino y miraba como un crimen la más ligera broma que afectara ese honor tan comprometido por él mismo.

Un día tuvo el singular capricho de ver la brama ó celos de los ciervos, y llevó á las más coquetas de la corte á un paraje del bosque de *Saint Germain,* donde se reunían estos animales, machos y hembras, en la estación de sus amores. El espectáculo era á propósito, en verdad, para espantar el pudor de las damas, si tal pudor hubieran tenido. Las damas no se espantaron ni mucho menos, y se les pudo hacer observar bien el pasatiempo en todos sus detalles.

Un cortesano que fué testigo de aquella vergüenza se atrevió á decir que á la vista de los amores de los ciervos se les hacía la boca agua á las damas.

El rey se indignó de tal suerte contra el intencionado cortesano, que le desterró de

la corte sin permitirle, ni aun después de muchos años, que volviera á ella.

En otra ocasión, llegó á más el enojo contra el joven Brisambourg, á quien había encargado de llevar al castillo de Meudón, en un día de vigilia, varios platos de carne de la mesa del rey, para la duquesa de Etampes y las damas de su compañía, á la que se llamaba la *petite bande*. Brisambourg se atrevió á decir:

«Estas damas no se contentan con comer carne cruda en cuaresma y la comen también cocida.»

El epígrama llegó á oídos de la *petite bande,* las damas se quejaron al rey y éste, colérico hasta la insensatez, mandó ahorcar á Brisambourg.

Por fortuna, pudo éste fugarse burlando la justicia del rey. Más tarde volvió á la gracia de Francisco I, después de haberse retractado ante la duquesa de Etampes y sus compañeras.

Era aquella la época del gran favor de la duquesa, concubina del rey Francisco, y todos los cargos de la magistratura de la hacienda y del ejército se distribuían á su

gusto entre sus parientes, amigos y aduladores.

La duquesa se jactaba también de disponer del Papa y del Sacro Colegio, que nada le negaba, y en efecto, cinco ó seis de sus adeptos, lograron por su mediación la púrpura cardenalicia. A este propósito decía la duquesa, que tan fácil le era á una mujer hacer un cardenal como un cabrón.

Francisco I tuvo siempre una querida titular ó principal, que merecía más que las otras, pero que no suplía á todas, pues el rey no dejaba de dar completa satisfacción á sus caprichos, en medio de sus más tiernos y duraderos amores.

La duquesa de Etampes fué su predilecta durante gran parte de su reinado, pero más de una vez hubo de poner al lado de ella, á su misma vista, otras queridas que se llamaban *lientenantes* (tenientas) de madama Ana y á quienes ésta no procuraba derribar de su trono efímero, segura como estaba de conservar el suyo á pesar de todas las incontinencias de su real amante.

Ana de Pirelen, á quien llamaban la señorita de Heilly antes de que la casara el rey

y le confiriera el ducado de Etampes, no había iniciado sus relaciones con el rey hasta el año 1526, en el momento mismo en que el prisionero de Pavía salía de España para volver á Francia.

La reina regente, Luisa de Saboya, fué á recibir á su hijo, y tuvo la fina atención de llevarle á esta joven, destinada por ella á reemplazar á la antigua concubina real, con quien había reñido la reina madre.

Esta concubina, á quien desde la primera entrevista hubo de suplantar sin dificultad alguna la señorita Heilly, era la condesa de Chateaubriant, la célebre Francisca de Foix, que debía pagar con su vida su amor y su abnegación por el rey.

A pesar de su belleza no pudo Francisca de Foix fijar por mucho tiempo el voluble corazón de su real amante. Le amaba con demasiada delicadeza, y lo probó cuando el grosero le reclamó las joyas que le regalara en la época de sus buenas relaciones. La condesa hizo fundir las joyas y le envió el oro en bruto ó en barra, diciendo que los emblemas que aquellas joyas habían representado eran suyos y los conservaba en su memoria.

La duquesa de Etampes estaba muy lejos de querer imitar este exquisito sentimiento y todavía dudaba de su verdadero amor al rey, quien se sentía inclinado siempre á ella con viva pasión que ella mantenía y explotaba con el arte de la más hábil cortesana.

El amor de la *bella Hilly* como le llamó durante mucho tiempo el rey, venía á ser una refinada prostitución que servía no sólo á la fortuna de esta concubina, sino á la de toda su familia y de una turba de protegidos que ella recomendaba sin cesar á la benevolencia del rey.

La duquesa de Etampes no contrariaba en nada las fantasías de Francisco, que corría sus aventuras y volvía á la duquesa sin que esta le reprochase sus desvaneos y aparentando siempre que desconocía las infidelidades, por más que á veces afectaron á su salud.

La duquesa se puso en cura y sanó; el rey no sanó nunca completamente.

Nada era más sabido en la corte que las relaciones de la hermosa duquesa con el rey, pero aquella se imponía para ocultar las pre-

cauciones y obstáculos que hacían su amor más interesante. Así, cuando se encontraban en público el rey evitaba hacer todo cuanto pudiera haber denunciado familiaridad, no pasando de puras demostraciones de galantería ceremoniosa; cuando visitaba á la duquesa tomaba toda suerte de precauciones para evitar que los cortesanos se enteraran. Iba á la casa de su amante por subterráneos y escaleras secretas, ó bien de noche disfrazado y seguido sólo por un capitán de sus guardias. ¡Desdichado del que entonces hubiera sorprendido al rey descubriendo su secreto!

La duquesa de Etampes no vivía ordinariamente en el palacio real, sino enfrente ó en las inmediaciones de él para poderse comunicar más libremente con su amante. Este la hizo donación de un palacio que tomó su nombre y estaba situado enfrente del de *Tournelles*, donde el rey moraba comunmente. De este modo podían tener frecuentes citas en el palacio de Etampes sin que nadie sospechara nada en el de Tournelles.

Para estar aun más libre en estas misterio-

sas entrevistas con su amada, hizo construir al extremo del malecón de los Agustinos cerca del puente de San Miguel, una casa que fué luego el palacio de Luynes.

La duquesa por su parte compró otra casa detrás de este palacio en la calle de l'Hirondelle y estas dos casas, independientes al parecer, no formaban más que una sola en realidad, facilitando las relaciones de los amantes.

Aquí era donde el rey iba á encerrarse por algunos días con pretexto de reposar de las fatigas del gobierno y ella acudía aquí también en secreto, mientras se la creía viajando ó cuando menos fuera de París.

La casa de la calle de l'Hirondelle puede ser considerada como el origen de las casitas que vinieron á ser tan comunes en París dos siglos más tarde.

***

En el reinado de Luís XIII, la construcción del Palacio del Cardenal, llevó á las rameras hacia el mercado de los Inocentes que

tenían antes su campo de acción en la calle Froidusán, puente Saint Roch y calle Saint Honoré. Como pájaros asustados á los que un ruído inesperado hace alejar por el momento del lugar favorito, el ejército de mujeres alegres regresó nuevamente á sus antiguas posiciones, extendiéndose por las calles de Richelieu, Bons Enfants y Traversiere: siempre fué especial privilegio de los grandes palacios atraer lo más elevado y lo más ruín de la sociedad.

Mas hasta el año 1789, según mis datos, no fué consentido á las busconas entrar en las galerías del Palais-Royal, y entonces lo hacen suyo las rameras y establécense allí.

Recordamos, por haber alcanzado su tiempo, cuando el Palais-Royal era de exclusiva pertenencia de rameras que hacían los honores de aquella casa, donde tenían su parque y sus salones.

Durante el invierno, al calor humeante de las lámparas, recibían en las entarimadas galerías, y durante el estío, á la pálida luz de la luna paseaban bajo los tilos ó jugueteando en torno de la fuente, cual las ninfas que cita Virgilio, que se ocultan, más con

el deseo de ser mejor vistas, que corren y huyen con el propósito de dejarse alcanzar.

Presentaba en aquella época el Palais-Royal un singularísimo aspecto, del que es difícil formar idea. Entre doble fila de míseros barracones, algunos lujosamente decorados interiormente, mas todos pobrísimos y sucios por fuera, circulaban un centenar de criaturas, último figurín de los trajes, que fueron lujosos, postreros atavíos y tocados de la época del Imperio, con las cabezas adornadas abigarradamente de flores, plumas y diamantes falsos, exajeradamente escotadas, vistiendo de satín, sedas y terciopelo, con las mejillas pintadas igual que las cejas, y los labios recargados de carmín.

Paseando con aire de reinas de teatro abríanse paso entre la muchedumbre, como Jean Bast hacíase lugar entre ellas, apostrofándolas con voz vinosa ó parando á los conocidos, mientras ellas halagaban con una palabra libertina al provinciano recién llegado, provocaban con lujuriosos gestos á otros obsequiando con una promesa de lascivia al empleado demasiado perezoso para quedarse en casa á trabajar ó al viajante de

comercio que acabada su diaria tarea pasease como un sultán en este bazar de carne humana, haciendo rechinar las botas y sonar el dinero en el bolsillo.

De cuando en cuando, dirigíanse á alguna de las galerías de piedra para asegurarse de si alguno había picado el anzuelo de sus encantos artificiales. Cuando alguien las seguía, alejábanse rápidas, volviendo con frecuencia la cabeza para asegurar más la presa con la fascinación de la mirada. Después, la presa desaparecía con la buscona entre las obscuras alamedas en cuyo término ascendía una escalera obscura y tortuosa. Si el acecho era infructuoso, volvía la ramera á buen paso á sumirse entre la muchedumbre, prometiéndose ser más hábil y afortunada en su segundo intento.

Al dar las doce de la noche, desvanecíanse aquellos demonios de la lujuria como por magia de la varita de un encantador invisible; en un instante huían todas por las angostas puertas, por los caminos ocultos, por las calles obscuras. Con las rameras desaparecían todos los que por ellas habían ido á aquel sitio. Después, poco á poco, se iban

cerrando las tiendas, el ruido se extinguía, las tinieblas recobraban su imperio. Entonces en las fachadas de ciertas casas se iluminaban mecheros de fuego, enseñas infernales, á cuya luz se veía entrar y salir hombres de rostros pálidos, mejillas hundidas y mirar febroso. Los hombres eran jugadores; las casas eran lupanares.

A la mañana siguiente, el Palais-Royal recobraba el aspecto general de los demás monumentos, y se veía transitar una población que en nada se diferenciaba de la que frecuentaba los otros sitios de la ciudad. Sin embargo, las mujeres honradas y en particular las madres de familia, no podían evitar una impresión de repugnancia cuando se veían obligadas á pasar por la Gomorra parisien; se las veía atravesar el jardín con paso rápido é inquieto, mirando á todas partes con invencible zozobra y no moderaban la marcha hasta que llegaban á la calle Vivienne ó á la plaza del Palais-Royal. Y cuando volvía la noche, no bien encendida la primera luz, el mismo mundo fantástico que el día antes se había desvanecido, reaparecía en el jardín y vomitado por la tierra,

como los impúdicos personajes de *Roberto el Diablo*, volvían la rameras á seguir alegremente—al menos en apariencia—su labor de perdición.

Había en aquella época hombres que habitaban en el Palais-Royal, que no se apartaban de dicho paraje, porque todo París estaba allí. En el Palais-Royal dormían, comían, jugaban, se vestían y allí amaban. Nada de cuanto podían apetecer faltaba en aquel sitio: habitaciones amuebladas, queridas, sastres, salones de lectura, paseos. Nosotros conocimos á uno de estos hombres, persona distinguida, hombre inteligente y respetable que estuvo siete años completos en el Palais-Royal y de donde no salió hasta que las rameras fueron definitivamente expulsadas.

¿Quién ordenó esta expulsión, cuando la prolongada posesión había dado á las busconas cierto derecho de propiedad? Este es uno de los más profundos misterios de policía, misterio invisible á los ojos del profano y sobre el cual se ha discutido mucho, sin sacar de la discusión ni un solo rayo de luz.

Lo cierto es que las busconas desaparecían

del Palais-Royal. Pero cosa extraña, parece que la proscripción hirió no sólo á una parte de la población sino á toda una raza. Refugiada en la calle Vivienne, en la plaza de la Bolsa, en la calle Richelieu, en la de Laffitte y en el bulevar de Gaud, la buscona reapareció bajo otra forma, con otro traje, y por decirlo así con otra vida.

Ya no se vieron los trajes de terciopelo cereza ni los vestidos de satín rosa ó de seda blanca que se habían paseado por las galerías del Palais-Royal. Además, la buscona, que hasta entonces había podido disponer libremente de sus dos manos, se vió forzada á destinar una para recoger la falda y la otra para sostener el chal. Verdad es que no lo perdía todo, pues si bien no enseñaba ya la garganta, ponía al descubierto las piernas. Así adquiría un falso aspecto de mujer honrada.

La policía prohibió entonces á las busconas que pasearan de dos en dos en atención á que esto hacía el engaño más factible.

En efecto, si no hubiera sido por las miradas provocativas, los estudiados movimientos de caderas y esa inquietud contínua que

la hace mirar atrás con más frecuencia que hacia adelante, la buscona, merced á su nuevo traje, podía aun engañar á algún provinciano recién llegado, que la tomaría por una condesa extraviada ó por una burguesa bien relacionada.

Esto no podía consentirse porque las leyes y la moral han puesto á la mujer pública fuera de la sociedad. La ramera es el paria de la civilización; es el apestado, sin derecho al refugio del lazareto.

Penetremos en el interior de esta vida escepcional, de esta existencia excéntrica, que su vergonzosa posición ha forzado á adoptar á la ramera.

Gracias á las rebuscas cuidadosas que hemos hecho, tal vez logremos decir algo curioso y desconocido.

Procedamos por orden: examinemos ante todo las causas que pueden determinar á una criatura, hecha á la imágen de Dios, como nos dice la Biblia, á abrazar este vergonzoso oficio y á apartar su mirada no sólo del Señor, sino de cuanto algo digno y honrado hay en el mundo.

Veamos el empleo que la ramera hace del

tiempo en las horas que no se exhibe en público; conozcamos las alegrías, los placeres, los dolores de este oficio.

Cuando conozcamos esto, trataremos de explicar como en un día, esperado en una época fija, en una edad casi uniforme, la mujer pública desaparece en las profundidades de la sociedad, como los demonios que se abisman en el foso de un teatro.

Digamos también, que por excepción rarísima, algunas escapan á la proscripción general y se elevan teatralmente también, resplandecientes de oro y diamantes en una gloria de apoteósis.

Hay dos causas primeras que determinan á una joven honrada á hacerse prostituta.

Después otra tercera causa, causa extraña, excepcional, de la que hablaremos también.

La primera de estas causas es la seducción.

La segunda la miseria.

La tercera *el cariño*.

Copiemos uno de los cuadros de la obra

de Parent-Duchatelet y de 5183 prostitutas obtendremos el promedio siguiente:

Criadas seducidas por sus amos. . .	289
Jóvenes embarazadas llegadas de provincias para ocultar su deshonra en Paris, donde no han encontrado los medios de vivir con que contaban.	280
Jóvenes traídas á Paris y abandonadas por militares, viajantes de comercio y estudiantes.	404
Total. . . .	973

Es decir, 973 seducidas.

Huérfanas ó arrojadas de sus casas. .	1255
Concubinas abandonadas por sus amantes, que las sostenían.	1425
Miseria absoluta.	1441
Total. . . .	4121

4121 prostituídas por la miseria.

Por sostener á los padres viejos é inútiles para el trabajo..	37
Muchachas huérfanas que se entregan á la prostitución para sostener á	

hermanos menores que están á su cuidado..	29
Madres viudas abandonadas por sus familias..	23
Total. . . .	89

Es decir, 89 por cariño.

Así Dios lo ha querido, sin duda para que no se pueda decir que había un lugar en la tierra donde no penetraba su mirada, donde brilla un reflejo de virtud, que rompe la amedrentadora obscuridad de esta cloaca inmunda.

Ya que hemos indicado las fuentes principales que alimentan la prostitución, pasemos de la parte al todo, y sigamos al ejército de rameras de guarnición en París, en la tienda de campaña donde se ocultan de día, en el campo de batalla donde por la tarde operan y en el burdel donde de noche se baten.

En este ejército permanente hay también continua recluta de muchachas que piden jurar la bandera: á estos *quintos* se les puede reconocer fácilmente por su aire ingenuo, sus gestos forzados, el acento provinciano;

pero poco á poco aleccionados por el sargento, bajo la influencia de la sala de policía, guiados por los compañeros, los soldados nuevos adquieren otros hábitos, se disciplinan, y hasta el más joven acaba por romper la marcha con el pie izquierdo, y caminar guardando el paso.

Cualquiera que sea la causa que ha hecho prostituta á la mujer, sea la seducción, la miseria ó el cariño, al cabo de cierto tiempo desaparecen los caracteres distintivos del motivo, y el observador más escrupuloso y clarividente se vería en grave aprieto para encontrar diferencias notables entre rameras que, antes de serlo, tuvieron muy distinta educación y llevaron diferente vida.

Ahora agrupemos á la mujer pública en tres clases:

La ramera de la Cité.

La ramera del Bulevar.

La ramera de casa pública.

Cada ama de estas tres clases tiene caracteres distintos. Bien entendido que estudiamos á la ramera por grandes grupos, y sin entrar en detalles que nos ocuparían mucho más espacio del que disponemos.

La ramera de la Cité (1) pertenece á la última clase de las prostitutas; es la asociada de los ladrones que pueblan los contornos de la calle de Jerusalén. Es la querida y la cómplice natural del futuro presidiario ó del licenciado de presidio. Hacen la misma vida, hablan el mismo argot, y no es raro que la ramera siga á su innoble compañero hasta la Audiencia, y que se siente con él en el banquillo de los acusados.

Los nombres con que entre sí se bautizan, dan una idea de su papel en la vida y de la sociedad que frecuentan; se apodan: *la Mochuelo*, *la Tuerta*, *la Jorobada*, *la Borracha*, y otros motes sacados de sus defectos físicos, y con más frecuencia aún de sus inclinaciones, de sus vicios ó de sus crímenes.

Las mencionamos en este estudio solamente de pasada, pues á decir verdad, nos ha faltado valor para descender, ni aún de pensamiento, á los antros donde estas mujeres ejercen, y para subir ni mentalmente á los tugurios donde estas desdichadas habitan.

---

(1) Cité, parte primitiva de París.

La ramera del bulevar debe ser colocada en el segundo grupo de prostitutas.

Generalmente es una mujer libre que no pertenece á nadie; habita en un hotel amueblado y no da cuenta de su conducta sino á la autoridad administrativa y á la administración sanitaria.

Después hablaremos de su verdadero amo.

Se la distingue con el nombre de *cartillera*, documento oficial en el que consta el nombre con que se ha inscrito en el registro de higiene. En cada visita sanitaria que ha de pasar dos veces por semana, ha de presentar la *cartilla* para que se haga constar la fecha de la inspección médica.

Cuando emprende sus paseos crepusculares y nocturnos en busca de hombres, se dice que *hace la carrera*.

Esta clase es la burguesía de la prostitución. No tiene lenguaje especial, pues en argot se limita á ciertas palabras particulares que le sirven para distinguir á ciertos personajes. Para ella la policía es la *rousse*, los inspectores son los *roussards*.

Su amante es su *amante*, pero ella es su *menesse*.

La mujer pública que está sobre ella en categoría, es la mujer de buen tono; la que está debajo es la *pierreuse.*

A esto se limita su argot.

Los nombres con que entre sí se distinguen son más delicados que los que se dan las rameras de la Cité.

Se apodan: *la Roja, la Morena, Mont-Saint-Jean, Ratón, Bandera, la Pequeña, Louchon, Bouquet.*

Cuando cae el día, salen de sus escondites, semejantes á las mariposas nocturnas que van á revolotear alrededor de las luces. A las once y media comienzan á retirarse; á las doce desaparecen por completo.

¿Qué ha hecho durante el día y qué va á hacer por la noche? Vamos á verlo.

Todas las busconas tienen un amante, que en el argot policíaco se llama *sonteneur* y á quien las mujeres del pueblo dan un nombre mucho más expresivo todavía.

¿Un amante á quien quieren, es extraño, verdad? y sin embargo así es. Lo primero que se ocurre preguntar es si estas mujeres tienen corazón para querer?

¡Ay! sí, lo tienen. Y bien lo necesitan las

desdichadas, aunque sólo sea para sufrir resignadas todas las humillaciones de la sociedad, todos los sinsabores de la vida.

Hé aquí las dos causas que determinan á la prostituta á tomar un amante, es decir, á aceptar el amo de que hace un momento hablamos.

Es la primera, la más común, la más determinante, el deseo natural de no conservar algo de humano en el estado de degradación social en que la ramera ha caído á sus propios ojos; tener alguien que en la indiferencia general que la rodea le pruebe que se interesa por ella, aunque sea pegándola.

La segunda causa es que la corporación de *sonteneurs* no permite que una buscona esté sin amante.

En el primer caso la elección libre é independiente de la ramera determina su afecto; en el segundo caso es la necesidad.

Ocupémosnos de esta clase curiosa de individuos que son la desesperación de la policía, cuyo poder desafían.

Al lado de toda industria hay otra industria más baja, que al amparo de la primera, vive.

Así la ramera tiene como parásito de su industria, que tal vez la enriquecería, la industria del *chulo* que la arruina seguramente.

El *ruffiano*, como se dice en Italia, no es tipo abundante en Francia; en general son las mujeres las que usurpan sus respetables funciones. Tampoco existe el *sonteneur* al estilo de Gil Blas, de Guzmán de Alfarache y del Lazarillo de Tormes, que se oculta debajo de la cama, que se mete en un cofre, que se encierra en un armario para desvalijar al imprudente visitador. En nuestros días se puede subir á casa de una mujer con cartilla y dejar tranquilamente el dinero sobre la chimenea, el reloj sobre la mesa de noche en la seguridad de que se volverán á encontrar en el mismo sitio. El chulo moderno puede con gran exactitud ser llamado *hombre entretenu*. Vamos á hablar del *entretenu*, de la buscona libre; después veremos la diferencia que hay entre éste y el de la pupila de casa pública.

Los hombres *entretenus* forman una corporación como las que en otras épocas constituían los panaderos, los carniceros y los

sastres. Se diferencian en que todas las leyes de esta corporación son verbales; como los reglamentos, sólo se conservan por tradición, como no hay nada que pruebe la asociación, los tribunales son impotentes para disolver y la policía ha de limitarse á vigilar.

Ya hemos dicho donde se recluta la prostitución; digamos ahora donde se recluta la corporación de los hombres *entretenus*.

El Wauxhall en otro tiempo, el Prado después y el bajo Montesquieu en la actualidad son los centros donde las busconas van, por regla general, á buscar á sus amantes.

Allí se encuentran á algún obrero albañil, ebanista, pintor de brocha que va á gastar, para proporcionarse un rato de placer, las economías de una semana; la buscona le solicita, le conquista y le lleva á su casa.

A la mañana siguiente el obrero, que tiene por costumbre levantarse á las cinco de la madrugada, no se despierta hasta las ocho: es demasiado tarde para presentarse en el taller.

Además la muchacha le retiene.

—Piensa—dice el obrero—que tengo que ir á ganar mi jornal de tres francos.

—Aquí tienes cinco.

Si el obrero acepta está perdido; porque en seguida verá que puede ganar diariamente, sin hacer nada, dos francos más que trabajando doce horas.

Pero no basta que un obrero sea elegido por una ramera para que entre á formar parte de la asociación de *entretenus:* es necesario además que sea recibido por la agrupación, de la que sólo pueden formar parte individuos dignos del cuerpo.

Todos saben á lo que en otro tiempo se llamaba probar un soldado: cuando este soldado entraba por primera vez en un cuartel, el espadachín de la compañía iba á buscarle querella, y si el recien llegado se acobardaba estaba perdido, pues todos sus compañeros le abofeteaban, le escupían en la cara y le maltrataban hasta que dejaba el regimiento.

Lo mismo ocurre con el hombre *entretenu:* tan pronto como una buscona ha elegido un amante, la asociación se preocupa de la entrada del neófito. Uno de los *valientes* apro-

vecha la primera ocasión que se presenta para buscar querella al novato.

No hay que decir que si la ocasión no se presenta, el provocador se da buena maña á inventar un pretexto.

El intruso, una vez insultado, ha de elegir entre estos dos extremos: ó rehusa el combate, y entonces es despreciado, por todos, su querida la primera, y renunciando á sus pretensiones vuelve á la vida que había abandonado, trabaja de nuevo y pierde de vista para siempre la esperanza que por un momento le había sonreido; ó acepta la lucha, y entonces se convienen las condiciones del combate, designando el sitio y la hora en que ha de librarse.

La hora suele ser la del crepúsculo; el lugar, una de las callejas de las inmediaciones de los cuarteles; el género de lucha la *savate*.

Puesto que hemos pronunciado esta palabra, detengámonos un instante, vale la pena.

La *savate* es, en la actualidad, un arte, como el can-can es una danza; una parte de la sociedad ha elevado estos dos artes á una altura á que no parecían aspirar.

Mientras le *savate* fué una lucha popular, un duelo de ínfima clase, no hizo grandes progresos, porque se conservó puro y tradicional; pero la fusión de las clases ha hecho que se encuentren los grandes y los pequeños, el elegante y el perdulario; la ausencia del respeto que se tenía á los trajes de terciopelo y de seda ha dado origen al desprecio y al odio á los trajes de paño; en otras épocas, el hombre del pueblo veía en el gran señor un protector que le hacía vivir; hoy, el hombre más miserable, ve en el caballero un usurpador que le roba una parte de los bienes á que cree tener derecho.

Todas las mañanas se publican periódicos que, ignorando lo que era la ley agraria entre los romanos, preconizan las excelencias de la ley agraria.

Todos los días aparecen economistas que, llamándose sansimonianos, comunistas y falausterios, preconizan y predican el reparto de bienes y la abolición de las herencias, todas las noches salen hábiles ladrones que ponen en práctica la teoría.

Para todos los pobres, como ya hemos dicho, el rico es un enemigo; porque se

quedan con los bienes, acaparan la dicha y obligan á los que están debajo á trabajar para asegurarse el pan cotidiano.

Por otra parte, por pobre que sea, y esto es justo, el hombre del pueblo es, ante la ley, igual al acaudalado; disfruta de los mismos derechos y puede reclamar de la autoridad idéntica protección.

Además, al mismo tiempo que el hombre del pueblo se esforzaba por subir, los caballeros ponían empeño en descender. De este doble deseo de salirse de su esfera ha resultado un terreno neutro, donde se han encontrado el perdido y el elegante.

Estos terrenos neutros fueron sucesivamente las reuniones de las Constille, los bailes de máscaras de Franconi, de la Puerta San Martín, de las Variedades, del Odeón, de la *Renaisance,* de *Musard* y en la actualidad de la Opera.

Designamos, como puede verse, los sitios principales, olvidando los secundarios.

Esta reunión del hombre del pueblo, casi siempre envidioso, con el rico, muchas veces insolente, dió lugar á riñas; no había modo de elevar al hombre del pueblo hasta

el duelo á florete y á pistola, y el elegante tuvo que descender hasta la lucha á puntapiés y el combate á puñetazos.

Casi siempre vencía el hombre del pueblo, más acostumbrado que su adversario á esta clase de combate del que tenía hecho un estudio.

La inteligencia tiende incesantemente á vencer los obstáculos, sobre todo cuando los obstáculos tienen por causa la fuerza y el hábito; el elegante decidió establecer la igualdad por el estudio.

Desde aquel momento se hizo sentir la necesidad del maestro de *savate* en la sociedad, y el maestro no tarda en aparecer.

Ya existía la esgrima de bastón, pero con el bastón se puede matar, y la moralidad del gobierno constitucional no permite que se llegue á tanto; además no siempre se puede salir armado de un bastón de *pelea*, y además que *germanicus* se ve obligado, como todos saben, á dejar el bastón en la puerta de los teatros.

La *savate* fué, por consiguiente, á partir de este momento, una porción, si no esencial de la educación del señorito,

una parte complementaria de sus diversiones.

Las tres cuartas partes de nuestros jóvenes elegantes, de los que en otras épocas se llamaron dandys y ahora se llaman *leones,* son los primeros *savatiers* del mundo.

Pero el arte de la *savate* se mantuvo al principio en las reglas conocidas, el profesor se atuvo á las tradiciones vulgares, y el señorito, después de un estudio más ó menos detenido de este arte, se encontró en esta materia al nivel del hombre del pueblo.

Esto ya era mucho para el señorito que había sido hasta entonces el perdidoso; pero no era suficiente estar en condiciones de hinchar un ojo, reventar una nariz ó destrozar una pierna, era preciso volver á casa con las tibias intactas, la nariz entera y los ojos sanos y salvos.

Para conseguir este resultado no bastaba con llegar á ser igual al hombre del pueblo, era menester aplastarle con indiscutible superioridad.

Los hombres nacen en harmonía con su época. Si las grandes épocas faltan algunas veces á los hombres, es muy raro que los

hombres falten á las grandes épocas. Apareció un hombre de genio.

Este hombre fué Carlos Lacour.

Carlos Lacour comenzó por estudiar la *savate* y en poco tiempo de discípulo pasó á maestro, y entonces reconoció (sinceridad no común en los profesores) que el arte de la *savate* que había aprendido y enseñaba era un arte incompleto.

Día y noche soñaba en la forma de perfeccionar este arte.

Cuando más le preocupaba esta cuestión oyó hablar de la *boxe*.

Cuando yo formaba parte de la guardía nacional y mi sargento me había enseñado con gran trabajo, á hacer media vuelta á la derecha, se detenía jadeante, se enjugaba la frente con el pañuelo y me decía con voz lenta, acentuada y solemne, á fin de hacer más clara la explicación:

—Pues bien, señor *Dumosse*, media vuelta á la izquierda es exactamente igual que media vuelta á la derecha, sino que es todo lo contrario.

Pues bien, para imitar á mi sargento, diré:

La *boxe* es exactamente lo mismo que la *savate,* sino que es todo lo contrario.

En efecto, el inglés en la *boxe*—la boxe es la savate de Inglaterra—ha perfeccionado el uso de los brazos y de los puños, y ha considerado las piernas y los pies como resortes destinados á aproximarse ó á alejarse del contrario.

En la savate, por el contrario, el parisien ha hecho de la pierna y del pie los agentes principales, no considerando las manos sino como armas detensivas.

Es decir que el inglés pierde todo el provecho que puede sacar de los pies, al paso que los franceses perdían toda la ayuda que le podían prestar las manos.

Carlos Lacour soñó con el supremo perfeccionamiento de la savate, haciendo de ésta y de la boxe un solo arte.

Fué á Inglaterra y sin darse á conocer tomó como un alumno cualquiera, lecciones de Swifh y de Adams, los dos mejores maestros de Londres.

Cuando el alumno se creyó maestro, regresó á París y puso su teoría en práctica.

De esta combinación nació la savate con-

temporánea: ese arte terrible que pone al hombre que lo posee en condiciones de luchar, no sólo con otro hombre más fuerte que él, sino hasta con cuatro hombres más robustos.

A partir de este momento y gracias á la reunión de los pies y los puños, la victoria del señorito sobre el hombre del pueblo queda asegurada.

Ya ven nuestros lectores cómo hemos dicho con razón que la savate era un arte.

Ya que hemos probado nuestra afirmación, volvamos á nuestro relato del que esta digresión nos ha apartado, si bien sin salir de él.

Sí, como hemos dicho, el neófito acepta el desafío, los dos campeones acompañados de sus testigos se trasladan al sitio elegido y comienza la lucha.

Os respondo de que es cosa tan curiosa como un duelo.

Al principio los combatientes tratan de conocer las fuerzas de su rival acometiéndose con golpes de prueba; se dan golpes en las piernas dirigidos principalmente á las espinillas. Al cabo de un instante de es-

ta lucha preparatoria, se atacan resueltamente.

Por fin, por hábiles que ambos combatientes sean, uno de ellos cae al suelo sofocado y molido. Entonces es lo más general que el que está en tierra se confiese vencido, mas no pide merced como los caballeros de la edad media—de ningún modo, el francés moderno tiene demasiado orgullo. El caído se limita á decir: ¡Basta! distinción sutil con la que parece dar á entender que el vencido pone fin á la lucha, no porque reconozca en su rival un vencedor, sino por que el *juego* le enoja y fastidia.

Si el... buscamos una palabra para no llamarle vencido, si el... derribado pronuncia la palabra sacramental, su adversario deja de golpear inmediatamente. El *¡Basta!* es un talismán supremo, una palabra sagrada. Un *savatier* que después de oir el *¡Basta!* golpeara á su rival, sería un hombre tan deshonrado como un duelista que después de haber desarmado á su contrario le atravesara con la espada.

Pero si al caer, el campeón no dice nada si á pesar de la posicion desventajosa en que

se encuentra continúa defendiéndose, entonces es otra cosa y el vencedor es implacable. Este da vueltas alrededor del caído procurando pisotearle la cabeza, y golpea sin descanso hasta que logra dejar en el rostro de su rival una de esas señales visibles y deshonrosas que en los términos del arte se llama expresivamente *el sello*.

Después de pasar por semejante prueba, el amante nuevo, entra á formar parte de la corporación aunque haya quedado vencido. ¡Más si queda vencedor!

Su posición está asegurada: las rameras se disputarán sus favores. Puede marcarse el precio que quiera y si una mujer no es suficientemente rica para mantenerle, se reunirán dos, tres, cuatro, las que sean precisas.

Los amantes de las rameras, las vigilan, las maltratan y las explotan.

***

Las rameras que viven como pupilas en las casas públicas, se dividen en dos clases:

Las *filles d' amour*. (1)

(1) La traducción literal sería «Hijas del amor.»

p 65 follows p 82

19 En casa de magistrados, abogados, médicos y artistas.

19 En casa de negociantes y fabricantes.

16 En casa de militares retirados.

14 En casa de viejos achacosos en calidad de enfermeras.

9 En casas de grandes negociantes en calidad de dependientas.

5 En pensionados.

153 En casas diferentes.

Por fin.

315 Han ingresado en casas de arrepentidas.

1208 Han tomado pasaporte para establecerse de un modo definitivo en diferentes naciones.

239 Han vuelto á sus casas por mediación de personas caritativas.

185 Han desaparecido á consecuencia de condenas judiciales.

177 Han abandonado la prostitución por padecer enfermedades graves.

138 Han sido detenidas.

114 Se han retirado para vivir de renta.

101 Han sido reclamadas por hombres que viven con ellas maritalmente.

11 Han ingresado en Saint-Denis.

28 Han vuelto á vivir con sus maridos que las habían abandonado.

428 Han fallecido.

Si se quiere elevar la investigación hasta el límite y saber cómo han muerto estas cuatrocientas veintiocho mujeres, encontraremos que:

48 Han fallecido en sus casas á consecuencia de enfermedades.

108 En la enfermería de la prisión.

264 En los diferentes hospitales de París.

2 Han sido asesinadas.

4 Se han ahogado.

2 Se han ahorcado. (1)

p. 64 precedente

(1) Las transcritas estadísticas están tomadas del célebre Parent-Duchatelet.

Las pensionistas.

Estas dos clases se reunen bajo la denominación de rameras de número, nombre que se les da porque en lugar de estar provistas de una cartilla como las libres tienen un número que sirve para distinguirlas.

La *fille d' amour* entrega su cuerpo por el alimento y el vestido: se le deja un día á la semana para que ejerza por su propia cuenta.

La pensionista trabaja libremente, pero ha de compartir la ganancia con la dueña de la casa. Con lo que le resta se viste y paga tres, cuatro ó cinco francos por la alimentación, según la elegancia del establecimiento en que esté.

En la actualidad la ramera de casa pública, está bien atendida y respetada, no siendo raro que algunas permanezcan quince y veinte años en un mismo establecimiento, de donde por fin se retiran con treinta ó cuarenta mil francos de ahorros. No ha sucedido siempre lo mismo, y épocas hubo en las que la codicia de las dueñas llegó á tal extremo, que las autoridades tuvieron que ocuparse de la suerte de las rameras.

A título de curiosidad vamos á transcri-

bir un documento (1) curiosísimo, que aunque impreso en las ordenanzas de Granada ha llegado á ser muy raro, es tan interesante por su antigüedad, y puede de tal suerte contribuir á formar una idea exacta de la organización social de nuestro país en el siglo XVI.

Las leyes son el verdadero depósito donde el literato y el político pueden encontrar datos fijos acerca de las costumbres y de la civilización de un país. Por esta ordenanza se puede calcular que no estaba en aquella época España tan atrasada, pues en él se ven consignadas medidas que muy posteriormente, y en las naciones más cultas, se han interpretado como señales indudables de adelantos y de libertad civil.

Ordenanza del Padre de la Mancebia.

D. Carlos por la Divina clemencia, emperador semper Augusto, rey de Alemania. Doña Juana su madre y el mismo D. Carlos, por la Gracia de Dios, reyes de Castilla, de León, de las Dos Sicilias, etc. Por cuanto

(1) Apéndice á la edición española.

por parte del concejo, justicia, y veinticuatro caballeros, escuderos, oficiales y hombres buenos de la ciudad de Granada, nos fué fecha relación, diciendo: Que vista la desorden que se tenía en la mancebía de esta dicha ciudad, por la persona cuyo cargo era, así en mal tratamiento que se hacía á las mujeres públicas que están, y era á su cargo, como por los excesivos precios que se les llevan por los mantenimientos y cosas que les daban, como cosas de comer, posada, camisas, y otras cosas; y para remedio de lo cual había deshecho ciertas ordenanzas útiles y necesarias, y me suplicaste las mandásemos aprobar y confirmar para que de aquí adelante fuesen cumplidas y ejecutadas, y sobre ello proveyésemos como la nuestra merced fuese: lo cual visto por lo del nuestro consejo y las dichas ordenanzas, su tenor de las cuales es este que sigue:

En la muy noble y nombrada ciudad de Granada, en 2 días del mes de noviembre de 1538 años, los muy magníficos señores de Granada estando en su cabildo y ayuntamiento, según que lo ha de uso y de costumbre de juntar, dijeron que son informados

de la desorden que ha tenido el padre que ahora es de la mancebía de esta ciudad, así en las malas viandas que da á comer á las mujeres que están y viven en la dicha mancebía, como en el excesivo precio que les ha llevado y lleva por la comida y posada que les da, y en otras cosas que el dicho padre hace con las mujeres de dicha mancebía, en deservicio de Dios nuestro Señor, y en daño y perjuicio de las dichas mujeres, y platicado sobre ello para lo proveer y remediar, acordaron y mandaron que el padre que ahora es, y de aquí adelante fuere de la dicha mancebía, tenga y guarde las ordenanzas siguientes: Primeramente, ordenaron y mandaron que de aquí adelante el padre que lo es ó fuera de la mancebía, dé á cada una de las mujeres que allí residieren una botica en su cama, combiene á saber: dos bancos y un zarzo, y un hergón de paja, y un colchón de lana, y dos sábanas, una manta y una almohada, y un paramento de lienzo para delante la cama, y una silla y llave para la botica, y una vela cada noche de á dos maravedís, por todo lo cual puede llevar y lleve veinte maravedís cada día y no más, y

es obligado de ocho á ocho días de les dar sábanas límpias y almohadas: no lo haciendo, y cumpliendo así caiga é incurra en pena de dos mil maravedís por cada vez que lo contrario hiciere, aplicados en esta manera: la tercia parte para el que lo denunciare y le acusare, y la tercia para el juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para los propios de esta ciudad, esto por la primera vez, y por la segunda la pena doblada aplicada en manera susodicha, y más de pena de cien azotes, y que no pueda tener más el dicho oficio.

Otro sí: dijeron que por cuanto tienen relación y son informados que el padre de la mancebía da de comer á las dichas mujeres malas viandas en excesivos precios, en causa de lo cual adolecen. Ordenaron y mandaron, que ahora y de aquí adelante sea obligado en cada un día de les dar á cada una dos libras de pan, y una libreta de carne, la mitad de carnero y la otra mitad vaca ó puerco, y medio cuartillo de vino á cada comida, y según la calidad del tempo, así de verzas como de nabos, ó beregenas, lo que sea necesario, y les dé su fruta al principio

de comer, y su ensalada al cenar y un rábano, y cuando no los hubiese, cardo: todo lo cual les dé aderezado y guisado por precio de veinticinco maravedís por cada un día, de lo contrario pena de dos mil maravedís aplicados según y como está dicho y por la segunda la pena doblada.

Otro sí: ordenaron y mandaron que si las dichas mujeres cada una de ellas, además de la comida y cena quisiera traer para comer ave ó cabrito sin otra carne que ella, lo puedan traer, ó enviar por ello á quien quisieran ó por bien tuvieran; y si quisieran que el dicho padre se lo traiga no les pueda llevar por se lo traer y guisarlo más de la quinta parte de lo que costare; con tanto que no exceda la quinta parte de dos mil arriba so la dicha pena.

Item: ordenaron y mandaron que los días de pescado les dé y les haye de dar seis maravedís de pescado ó huevos con su fruta ó ensalada, según está dicho, y más una cecina según la calidad del tiempo, so la dicha pena.

Otro sí: ordenaron y mandaron que de aquí adelante el padre ni la madre no pue-

dan alquilar ni vender á ninguna de las dichas mujeres ninguna capa de paño ni de lienzo, so la dicha pena, y más que si lo vendiere ó alquilare que lo haya perdido.

Item: ordenaron y mandaron que por cuanto son informados que las dichas mujeres por razón de dar á sus rufianes ó á otras personas se empeñan y obligan á algunas deudas al dicho padre y madre, ora por empréstito ó por empeño ó por otra manera: que no se les pueda obligar ni obligue, ni les sean obligadas á pagar más de hasta cantidad de cinco reales y si se les emprestase, ó fuere según dicho es, en más cantidad, incurran en la dicha pena de uso contenida y haya perdido y pierda lo que así dieren si no fuera para recurar de alguna enfermedad y dada información de ello con dos testigos.

Otro sí: ordenaron y mandaron que de aquí adelante el dicho padre y madre no lleven dineros ningunos á las dichas mujeres para el mozo que tiene cuidado de abrir y cerrar las dichas puertas, y si él quisiere tener mozos que los pague de sus dineros.

Otro sí: ordenaron y mandaron, que el

dicho padre y madre abran la puerta de la dicha mancebía cuando saliere el sol y la cierren cuando se cerrase la de Vivarrambla.

Otro sí: ordenaron y mandaron que las dichas mujeres y cada una de ellas libremente, y sin por ello dar ni pagar al padre de la dicha mancebía, pueda lavar sus camisas, y otra cualquier ropa blanca ó dallo á lavar fuera á quien quisiera y por bien tuvieren y si quisieren que el padre ó la madre la laven ó hagan lavar, que no les lleven ni puedan más por una camisa colándola ó enjabonándola, de cuatro maravedís, y un maravedís por un pañizuelo y una cofia y una gorguera y unas tonajas so la dicha pena.

Otro sí: ordenaron y mandaron que de aquí adelante el padre ó madre que son ó fueren de la casa de la dicha mancebía no sean osados de recibir ni acojan en la dicha mancebía ninguna mujer de las que á ellas viniesen á ganar, sin que primeramente lo haga saber á la justicia y diputados de esta dicha ciudad, para que manden al médico que la ciudad tuviere, que le vea si está to-

cada de bubas, y si las tiene ó haya tenido, con juramento que sobre ello haga el tal médico, para que si se hallase que está tocada de las dichas bubas, ó las tiene ó haya teninido, no se les consiente estar ni ganar en la dicha mancebía, so pena que si el dicho padre ó madre recibieren la tal mujer ó la dejase ganar, sin lo hacer saber á la dicha justicia y diputados según dicho es, que pague por la primera vez quinientos maravedís de pena, y por la segunda la pena doblada y que esté treinta dias en la cárcel y por la tercera vez la dicha pena y que sea desterrada de esta ciudad por tiempo de un año.

Otro sí: ordenaron y mandaron que de cualquier de las mujeres que viniesen á ganar á la dicha mancebía, que el médico viese si está sana, no se puede llevar ni lleve más de doce maravedís, y el escribano cuatro maravedís, y de la visitación que la justicia y diputados hiciesen á las dichas mujeres, de las que tuviesen estantes en la dicha mancebía no les lleve el médico más de seis maravedís y el escribano cuatro maravedís, Miguel Ruiz.

Fué acordado que lo debíamos confirmar por el tiempo que fuese nuestra voluntad, con tanto que las penas en cada una dellas contenidas, solamente sean quinientos maravedís, y no otra pena de azotes, cárcel ni destierro, ni otra cosa alguna de lo en ellas contenido y con tanto que los maravedís que por la última ordenanza se manda que se le lleven á las dichas mujeres por el médico y el escribano que las visitase cuando viniesen á la mancebía, y de la visitación que la justicia y diputaciones les hiciere, no se pida ni lleve cosa alguna por razón de lo susodicho á las dichas mujeres y se pague al dicho médico y escribano de los propios de la dicha ciudad lo que justo fuere, y que debíamos mandar dar esta nuestra carta en la dicha razón, y nos tuvímoslo por bien, por lo cual por el tiempo que nuestra merced y voluntad fuere, confirmamos y aprobamos las dichas ordenanzas que de suyo van encorporadas para que lo en ellas contenido se guarde y cumpla y ejecute con las moderaciones de penas y aditamentos que de suyo va declarado; y mandamos á los del nuestro concejo, presidente y oidores de las

nuestras audiencias, al alcalde de nuestra casa y corte y chancillerías, y á otros jueces, y justicias cualesquier, así de la ciudad de Granada como de las otras ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y señoríos, y á cada uno, y cualquier de ellos en sus lugares y jurisdicciones que guarden y cumplan y respeten y hagan guardar, y cumplir y ejecutar esta nuestra carta, y lo en ella contenido, y contra el tenor y forma de ello, no vayan ni pasen ni consientan ir ni pasar en manera alguna, de lo cual mandamos dar esta nuestra carta y sellada con nuestro sello. Dada en la villa de Madrid á dos días del mes de Agosto, año del Señor de 1539 años. Doctor Vivara, Doctor del Corral, Doctor Escudero, Licenciado Mercado de Peñalosa, Licenciado Aldereta, Licenciado Briceño. Yo Rodrigo de Medina, escribano de cámara de sus cesáreas y católicas magestades, la fice escribí por su mandato, con acuerdo de los del su consejo: registrada, Martín de Bergara, Martín Ortiz por chanciller.

***

Las pupilas de los grandes establecimientos hablan con manifiesto desprecio de las *cartilleras:* son la aristocracia de la prostitución.

Ya sus nombres denuncian su pretensión á una superioridad social.

Se llaman:

Natalia, Olimpia, Armanda, Palmira, Flavia, Sidonia, Artemisa, Octavia, Flora, Aspasia, Fanny, Lucrecia, Rosa, Leocadia.

La mujer de casa pública no sale, ó sale muy poco: se limita á recibir visitas.

Las habitaciones donde reciben tienen un aspecto particular, una fisiología individual que tiene tanto de hotel como de casa burguesa.

El mobiliario se compone, en general, de cortinajes blancos, sofás rojos, cuadros representando: Napoleón y la emperatriz Josefina, el príncipe Eugenio y la despedida de Paniatowski; de un reloj con sendos jarrones de porcelana á los lados.

Todos los objetos que se pueden guardar fácilmente en los bolsillos, se han suprimido.

La vida de la mujer de casa pública es me-

nos accidentada que la de la mujer libre: ésta busca, aquélla espera, y por monótono que sea, es una distracción relativa *hacer la carrera.*

Como las rameras de casas tienen un día libre, procuran que sea un domingo. El domingo es también el *gran día* de los estudiantes y de los horteras.

Estas mujeres no mantienen á sus amantes; en general les hacen creer que están mantenidas por ricos ingleses, banqueros ó agentes de cambio.

Como visten bien, pueden engañar fácilmente á sus *caprichos.*

Las rameras de casas públicas son visitadas una vez á la semana por el médico. El día y la hora se fijan de antemano para que el médico las encuentre dispuestas al registro. Si una mujer está atacada de enfermedad contagiosa, se le advierte á la dueña de la casa. La muchacha se retira inmediatamente á su habitación para no salir de ella hasta el día siguiente en que debe presentarse en el Dispensario para sufrir una segunda visita. Si los médicos comprueban la existencia de la enfermedad, la ramera es

trasladada al Depósito, desde donde pasa al Hospital.

Digamos algunas palabras para explicar como al llegar á cierta edad desaparecen estas treinta ó treinta y cinco mil rameras que forman el promedio de la prostitución de París.

De los diferentes cuadros estadísticos que he examinado, se deduce que la prostitución puede comprender cincuenta años de la vida de una mujer.

Así por ejemplo, sobre un promedio de tres mil quinientas mujeres prostituidas, dos han comenzado su deshonrosa vida á los diez años y una ha acabado á los sesenta años; pero de veintiocho á treinta años el número disminuye en la mitad; ya pasados los treinta y nueve años ejercen muy pocas rameras. Resulta, por consiguiente, que de treinta ó treinta y cinco mil rameras, que como ya hemos dicho forma el promedio anual, una décima parte desaparece cada año.

Dónde van á parar estas mujeres. ¿Por qué escotillón social se evaporan estas tres mil criaturas?

La mayoría se casa.

Otras entran como criadas en diferentes casas, y no pocas veces en los mismos establecimientos donde han ejercido.

Otras vuelven á sus pueblos.

Otras son encarceladas.

Otras entran en los depósitos.

Y, por último, otras mueren.

Si se quiere saber cómo han desaparecido de los registros de la prostitución cinco mil ochenta rameras, véase el cuadro siguiente:

972 Se han casado.

392 Se han hecho costureras, bordadoras, chalequeras, etc.

708 Han establecido casas de prostitución.

86 Planchadoras.

83 Vendedoras ambulantes.

48 Traperas.

47 Modistas.

47 Encajeras.

33 Floristas.

28 Zapateras.

19 Pulidoras.

17 Adornistas.

17 Actrices.

14 Encuadernadoras.

13 Comadronas.
11 Enfermeras.
8 Porteras.
1 Profesora de música.

247 Se han establecido de la siguiente forma:

52 Perfumistas.
37 Fruteras.
37 Novedades.
38 Cafés.
27 Modas.
14 Hospederías.
14 Quincallería.
12 Restaurants.
5 Colegios.
3 Gabinetes literarios.
1 Depósito de papel timbrado.
1 Depósito de tabaco.

461 Han entrado como criadas:

67 En restaurants.
49 En tornerías, ebanisterías, etc.
47 En tiendas de comestibles.
33 En casas de empleados y rentistas.
28 En casa de gente acomodada en calidad de doncella.

p 81 follows p 64

LORETAS

Cuando el gran duque Fernando volvió, en 1814 á Florencia, de donde había estado desterrado diez años, y vió las mejoras que habíamos hecho en la capital del Arno, exclamó lleno de admiración:

—¡Qué lástima que esos diablos de franceses no hayan estado diez años más en mi capital!

En efecto, en menos de diez años, Florencia había sufrido una transformación completa.

Lo mismo ha ocurrido en París en estos últimos veinte años: un parisien que volvie-

ra hoy á la capital de Francia después de una larga ausencia, no reconocería su ciudad natal.

Entre los barrios que se han construido, hay uno que parece levantado al mágico impulso de la varita de un hada.

Es el barrio de Nuestra Señora de Loreto.

Verdad es que la forma de los edificios contribuye á aumentar el fantástico efecto. Como para responder al desafío de Víctor Hugo, los arquitectos han trabajado con entusiasmo y gusto, construyendo casas de todos los estilos, italianas, españolas, griegas.

Parecía como que se había entablado un pugilato de constructores y las casas se elevaban como si brotaran de la tierra, como las decoraciones de la Opera que las miraba sorprendida de que la aventajaran en velocidad.

Este barrio improvisado se pobló con maravillosa rapidez, y no por aristócratas y acaudalados propietarios, como habían creído los constructores, sino por artistas literatos, pintores, escultores, cantantes, actores, bai-

larines, y especialmente por una nueva raza que brotaba en la población parisien y que estuvo mucho tiempo sin nombre.

Esta raza pertenecía por completo al sexo femenino; se componía de muchachitas muy aseadas, elegantes, coquetas, que no se podían clasificar dentro de ninguno de los géneros conocidos: no era ni el género buscona, ni el género griseta, ni el género cortesana.

Mucho menos aún era el género burguesa.

Y todavía menos el género mujer honrada.

En una palabra, estas lindas muchachas, verdaderos diablillos, merodeaban ya hacía tres años por las cercanías de la mundana iglesia que se acababa de construir y que tenía más de gabinete coquetón de Nuestro Señor que de severo templo de Dios.

Tres años hacía que revoloteaban y ningún sabio había acertado á clasificarlas acertadamente.

Durante un poco tiempo, dos ó tres meses, lo que dura una moda, se las llama las Cleopatras; sólo porque una de estas muchachas, abandonada por su amante se suicidó, enve-

nándose de modo muy parecido al de la liviana y hermosa reina de Egipto. (1)

---

(1) El amante de la suicida parisién era un gran señor que, como Antonio, el amante de Cleopatra, lo arriesgó todo por dedicarse al amor de una mujer. Esto fué causa de que el suicidio de la *cleopatra* causara gran impresión.

Todos saben como Antenio abandonó el imperio del mundo por seguir á Cleopatra, justificando una máxima que dos mil años después habia de escribir un autor dramático: «Las mujeres han nacido para inspirar á los hombres las grandes acciones, é impedirles que las realicen,» y feliz el hombre (ahora hablo por mi cuenta), que no tropieza con una mujer que le obliga á realizar malas acciones.

Los dos amantes, es decir Cloopatra y Antonio debian morir, buscando la muerte más dulce posible.

Ensayan en los esclavos todos los venenos minerales y vegetales conocidos; los esclavos mueren retorciéndose en largas y crueles agonias. Temiendo esta muerte ensayan las picaduras de las serpientes del Delta. Une de estos reptiles es conocido por la rapidez con que emponzoña y mata. En la actualidad se le conoce con el nombre de vivora de las Pirámides. En tiempo de Cleopatra se llamaba áspiz.

Es la más pequeña de las serpientes egipcias, puesto que su longitud nunca excede de un codo, tiene la cabeza aplanada, el cuerpo adelgasa visiblemente en el cuello y más notablemente en la cola; vive en la arena de la que tiene el color.

Dos esclavos, una mujer y un hombre fueron picados por un reptil de esta especie; los dos dejaron escapar un ligero grito, cerraron los ojos y cayeron en un pronunciado aletargamiento, del que insensiblemente pasaron á la muerte.

—¡Este será mi último amor!—murmuró Cleopatra mirando al áspiz.

Cuando creyó que debia morir se encerró en la tumba que se habia hecho construir de antemano, hizo que un aldeano la llevase un cesto de higos, entre los que estaba oculto el áspiz. Vaciló un momento y dejó el cesto en el suelo, no atreviéndose á tocarlo; se hizo arreglar los cabellos, sobre los que se colocó la corona. Después de mirarse en un espejo de acero, segura de que estaba suficientemente hermosa para morir, se colocó el cesto sobre las rodillas, lo destapó y vió la cabeza negra del repugnante reptil.

Tomó Cleopatra una aguja de oro de la cabeza de su sirviente Ira, y con ella sacó la vivora de entre los higos.

El reptil dió un pequeño silbido, se enroscó y se lanzó sobre el brazo de la reina, que mordió ansiosa.

La muerte fué poco dolorosa y casi instantánea.

Pronto se vió que el nombre con que se había bautizado á aquellas mujeres no estaba justificado, pues si una había puesto trágicamente fin á sus días, las demás parecían bien dispuestas á vivir lo más alegremente que les fuera posible.

Mas llegó un día en que uno de nuestros hombres de ingenio, uno de nuestros elegantes, uno de nuestros literatos, habituado á estudiar bajo todos los aspectos los asuntos que preocupan á la sociedad, M. Nestov Roqueplán, hizo lo que no habían podido hacer los naturalistas, los académicos y los filósofos, y en el número de las *Nouvelles à la main* del 20 de Enero de 1841, reconoció que era un género absolutamente nuevo, una variedad de la especie mujer, un producto de la civilización moderna que, no teniendo ningún precedente en las sociedades anteriores, debía ser colocada en una de las divisiones de la sociedad parisién con el nombre de *loretas*.

El nombre era bonito, y esto ya es mucho en Francia; tenía además el mérito de pintar perfectamente el objeto que representaba.

El nombre fué aceptado sin vacilación.

Pero lo que más contribuyó á que el nombre tomara carta de naturaleza, fué la importancia que las mujeres de que hablamos adquirieron en poco tiempo.

Nada se populariza tanto como el mal. ¿Hay algún hombre por ignorante que sea, que no sepa lo que es la peste y quiénes fueron Tiberio y Nerón?

En efecto, artistas y financieros, burguesía improvisada y aristócratas arruinados, hijos de familia, el hijo del banquero y el del príncipe, todos amaron á la loreta.

De todas partes salía un concierto de lamentos y de recriminaciones, quejas de padres, quejas de tíos, quejas de madres; recriminaciones de jóvenes á quienes se había quitado su prometido, de esposas á quienes se había privado del marido, de queridas á quienes se había quitado el amante.

La loreta que había sido hasta entonces un objeto de curiosidad, se encontró en objeto de odio.

Desde entonces se estudió á la loreta bajo sus aspectos sociales, políticos é intelectuales, se quiso conocerla para combatirla, estudiarla para defenderse.

La loreta es una mujer bien educada, y en ocasiones muy instruída; pero el distintivo principal de esta raza es el ingenio. Raro es es el día que no sirve de pasto á la conversación intencionada de los círculos, la agudeza de una de estas mujeres, agudeza que, como es lógico, perjudica casi siempre á un segundo, en general, al amante de la loreta.

Si quisiéramos anotar los nombres de las loretas que han entretenido á París con sus travesuras, tendríamos que llenar varias páginas de lindos nombres y de sonoros apodos.

No hagamos mención especial de loretas traviesas, porque traviesas lo son todas, pero anotemos el nombre de una loreta erudita, de una loreta á quien sus condiciones de escritora de talento hizo olvidar, en parte, sus travesuras de pecadora.

Nuestros lectores habrán adivinado seguramente á María Delacroix, la célebre amante de un médico obscuro, cuyo nombre hubiera podido tal vez pasar ignorado si la posteridad no le hubiera cedido magnánimamente algo de la gloria conquistada por su querida.

De los primeros años de la vida de María no se tienen grandes noticias, pero sí las suficientes para saber que sus padres no la pudieron costear largos ni muy sólidos estudios. Pero tenía María talento natural, con el que suplía la falta de solidez de sus principios.

De medicina é historia no debía tener otros conocimientos que lo que en las conversaciones con su amante hubiese aprendido, y sin embargo, tuvo bastante para escribir su célebre libro *Sobre la virginidad*, obra que le valió un elogio, con dejos de epigrama es cierto, pero elogio sincero, del erudito Vandray, quien escribió después de haber leído el libro de la loreta:

«Admira verdaderamente que hable con tal conocimiento y tanto arte de la virginidad en la mujer, que es, sin disputa, la cosa que menos debe conocer una loreta.»

Un arranque, no sabemos si de despecho ó de envidia, del amante de María, que compró la edición para inutilizarla, hizo que este libro no se popularizara tan rápidamente como por su mérito merece.

La casualidad ha hecho que venga á parar

á nuestras manos uno de los rarísimos ejemplares que hoy existen.

Seguros de que nuestros lectores leerán con curiosidad los estudios médicos históricos de la *doctora,* como se llamó á María Delacroix, no hemos vacilado en copiar algunos fragmentos de la obra que ha inmortalizado el nombre de esta loreta:

«En la entrada del canal vulvo uterino, hay dos especies de columnas carnosas, formadas por una membrana mucosa, que se prolonga en forma de semi-segmento. A esta prolongación se le ha dado el nombre de *himen,* y desde tiempo inmemorial se ha considerado su existencia como signo indudable de virginidad corporal, ó lo que es lo mismo, de que la mujer no ha tenido ayuntamiento carnal.

Esta membrana ha dado lugar á animadas controversias, pues mientras unos negaban en absoluto su existencia y otros decían que era un signo distintivo de las hembras de la especie humana, ilustres anatómicos modernos, más observadores ó menos apasionados, han sostenido y probado la existencia del himen, no sólo en la mujer sino en otras

muchas hembras de diferentes especies del reino animal.

Hoy la existencia del himen es un hecho anatómico averiguado y auténtico, que sólo la ignorancia podrá atreverse á negar. En cuanto á las razones que hayan tenido para negarle anatómicos y autores de justa fama, creemos, con un célebre autor, que es difícil contestar á esto si no tiene valor la consideración de que muchos médicos repiten lo que otros han dicho, sin pararse á hacer observaciones y estudios propios, y que otros se preocupan según las ideas reinantes en su tiempo.

El himen, añade el autor cuyas palabras tomamos, se destruye por cien causas diferentes que no son la cópula, y esto habrá podido bastar para que se note esa diversidad en los publicistas.

«En cuanto á Buffon y muchos otros lo explicaríamos de otro modo. Buffon, sin duda, no vió cadáveres de niñas antes de que cualquier causa pudiese destruirles el himen. Buffon pagó, además, un tributo á la incredulidad, al escepticismo material de su tiempo. Los días de Buffon marchaban á la ne-

gación de todas las creencias; el materialismo filosófico que se iba apoderando de todo, alcanzó también á la moral, y entre las ilusiones de los hombres, propias del espiritualismo, propias de la fantasía, estaba la virginidad de las mujeres. Esta era también una creencia que el libertinaje tenía interés en destruir; porque poniéndola en ridículo, la virginidad de las mujeres, era menos apreciada y más fácilmente destruida. La pureza de costumbres que supone su aprecio, desaparece de un modo público, y es una especie de mérito reirse de semejante divinidad fabulosa como la llamaba Buffon. Los cuentos de Boccacio y de Lafontaine, las novelas de Voltaire y otros muchos que respiraban el espíritu de la famosa *Enciclopedia* no eran los únicos que revelaban el escepticismo general en materia de virginidad. La despreocupación también se encontraba en hombres graves: Rousseau y Buffon son de este número. Tocados por las ideas de su época, el uno rebaja el valor de la mujer virgen, diciendo que poco le importa que su querida haya gozado los placeres del amor con otro, mientras él la haga gozar más; y

el otro escribe que la virginidad es un ser fantástico ó cuando menos no sensible.

«Los hombres celosos de las primicias de todo género, han dado siempre gran importancia á todo lo que ellos han creído haber gozado los primeros: esta especie de locura ha hecho un ser real de la virginidad de las mujeres. La virginidad que no es sino un ser moral, una virtud que no tan sólo consiste en la pureza del corazón, se ha convertido en su objeto físico, por el cual se han preocupado los hombres, han establecido sobre él opiniones, usos, ceremonias, supersticiones y hasta juicios y castigos; se han autorizado los abusos más ilícitos, las costumbres más deshonestas; se han sometido al examen de matronas ignorantes, y expuesto á las miradas de médicos prevenidos, las partes más secretas de la naturaleza, sin pensar que semejante indecencia es un atentado contra la virginidad, que al intentar reconocerla es violarla, y que toda situación vergonzosa, todo estado impúdico, del cual tenga que ruborizarse una joven interiormente, es una verdadera desfloración.»

Después de este trozo, en parte exagera-

do, en parte justo, sigue Buffon empeñado en probar, apoyándose en el testimonio de gran número de anatómicos, que la virginidad física no existe. El respeto que hombre tan esclarecido nos merece, nos veda copiar sus palabras, hoy que está plenamente probado que se equivocó en esta materia.

El himen presenta formas muy variadas, de las cuales las más frecuentes son las siguientes:

1.ª Una disposición labial de los bordes que forman un saliente vertical.

2.ª Diafragmático irregular perforado en el tercio superior, gomenbrana diafragmática regular perforada en el centro.

3.ª Diafragma incompleto perforado en el tercio posterior y el diafragma ligeramente perforado en el centro, cuyos bordes están reducidos á su simple repliegue circular.

Cualquiera que sea la forma del himen, es lo general que el borde libre esté más hacia adelante que el borde adherente. El borde libre es delgado y el adherente espeso.

Muchas veces el himen obtura completamente el orificio vulvo vaginal, lo que ha-

ce preciso una operación quirúrgica para pedir que evite la salida menstruo, caso que se ha repetido bastantes veces, haciendo creer que la mujer á quien esto ocurría estaba embarazada.

Tanier cita como caso raro (nosotros lo tenemos por rarísimo) el de ciertas mujeres que tienen dos membranas himeneales superpuestas.

Por el contrario en otras mujeres (este caso es mucho más frecuente) el himen está reducido á su menor expresión y se diría que falta.

El desgarramiento del himen va acompañado de ligera efusión de sangre; las partes en que queda dividido, al principio irregulares y ensangrentadas, se cicatrizan y se retraen hacia al orificio vaginal, y constituyen tubérculos de coloración semejante á la de las mucosas conocidas con el nombre de *carónculas myrtiformes*. Estas carónculas pueden ser dolorosas, inflamarse y supurar hasta el punto de necesitar la cauterización ó la excisión.

Los médicos se han visto frecuentemente en situación embarazosa para resolver si una

mujer que no presentaba membrana himen había sido desflorada.

Es evidente que el himen puede desgarrarse por distintas causas, además de la introducción violenta de la verga: enfermedades, golpes contundentes, cortes, ó por una caída en la cual las partes genitales sufran muy directamente. Pero es preciso un concurso de circunstancias muy particulares para que el golpe interese únicamente al himen en forma que su rotura puede ser confundida con la de la desfloración. No es posible admitir como lo han hecho algunos autores, que una caída que no lastima grandemente todas las partes genitales, un salto, la separación brusca de los muslos produzca el desgarramiento del himen.

No tiene mayor validez científica la afirmación de que el onanismo ejercido introduciéndose el dedo ó un cuerpo extraño en la vagina, pueda producir el desgarramiento del himen; no se puede admitir, salvo el caso de que se trate de una terrible nirfomana, que la masturbación sea ejercida con una violencia tal, y que la muchacha que se entregue á ella desprecie el dolor antivolup-

tuoso que le ocasionase estas brutales maniobras.

Lo más posible es que el desgarramiento sea ocasionado por la introducción violenta de los dedos de otra persona. En este caso el médico no acertaría á precisar si la rotura ha sido producida por tal maniobra ó por el coito.

La membrana himen puede presentar soluciones de continuidad ó desgarramiento completo á consecuencia de determinados procesos ulcerosos ó gangrenosos. En muchos casos estas lesiones han sido tomadas por algunos médicos por el resultado de un coito.

En general, el conjunto de las partes genitales tiene un aspecto diferente en las mujeres vírgenes y en las que han practicado el coíto con alguna frecuencia, y con más razón en las que ya han parido. Las vírgenes tienen ordinariamente los grandes labios tersos, muy unidos entre sí y generalmente éstos ocultan á la vista las ninfas de color blanquecino rosado en estas mujeres; la vagina es estrecha y los pliegues de las mucosas están bien marcados. Pero este es-

tado no es como ya se ha dicho constante ni característico; está subordinado á particularidades de conformación individual, al estado de nutrición del sujeto y sobre todo á la edad. En las mujeres vírgenes que han pasado de los treinta años se encuentran frecuentemente los grandes labios tersos, poco consistentes, separados y dejando al descubierto las otras partes de la vulva; los senos están también blandos y caídos.

Aunque no sea guía segura, el estado del himen es la prueba más cierta de la virginidad ó desfloración de una mujer. El orificio que presenta esta membrana es ordinariamente demasiado pequeño para dejar pasar la verga en erección y en general el primer coíto agranda este orificio y rasga la membrana.

No es siempre cosa fácil ni aun para los mismos médicos si no son de los muy habituados á esta clase de exámenes, examinar con precisión la membrana himen. En las niñas el himen parece estar colocado muy profundamente á causa de la excesiva salida de los grandes labios, que con las ninfas forman una especie de abultamiento en

cuyo fondo está la entrada de la vagina.

Cuando se trata de una mujer púber, el himen se puede observar con mayor facilidad, sino en muchos casos los bordes del orificio no pueden ser bien vistos sin la separación mecánica de las membranas con ayuda de la sonda ó del dedo, cuya introducción es ordinariamente fácil en razón de la amplitud relativa del orificio.

El espesor y resistencia del hímen es muy variable. Generalmente no excede de un milímetro. Su consistencia es unas veces bastante firme, al paso que otras es blando y elástico. En este último caso la membrana cede á la presión sin desgarrarse, y esto explica porqué no es raro encontrar mujeres con la membrana hímen entera á pesar de haber tenido contacto carnal con hombres.

Parent del Chatelet refiere el caso de dos señoritas de exterior decente y recatado, las cuales se quejaron ante el tribunal de haber sido injuriadas en público con el nombre de prostitutas. Ellas se decían vírgenes y pidieron ser reconocidas. Lo fueron. El facultati-

vo, hombre hábil y concienzudo, dijo que le era imposible afirmar por lo concerniente á la una, si había ó no cohabitado; que la otra podía ser, pero que no se atrevía á declararlo. Sin embargo, ambas mujeres habían estado inscritas largo tiempo en el registro de las mujeres públicas y contraido enfermedades.

Lo mismo afirma Jacquemin, quien tuvo ocasión de ver muchas prostitutas, cuyos órganos genitales ofrecían todas las apariencias de la virginidad. Jacquemín y Collineau presentaron varias veces á Parent du Chatelet, jóvenes perdidas, ocultándole sus antecedentes, y este escrupuloso profesor confiesa que se equivoca con frecuencia del modo más grosero. El mismo autor afirma haber examinado á una prostituta de cincuenta y un años entregada al libertinaje desde los quince, que tenía sus partes genitales como una virgen que acaba de salir de la pubertud. (1)

Muchos más ejemplos podríamos citar, con los que quedaría bien probado que no es el

(1) *De la prostitución en la ciudad de París.*

himen piedra de toque tan segura como muchos creen para aquilatar la pureza de la mujer.

La virginidad del cuerpo, de tanta importancia para nosotros, no ha sido igualmente apreciada en todos los pueblos ni en todas las épocas; al paso que unos las ensalzaban hasta el punto de creer que debían ofrecerla en holocausto á sus dioses, otros la han despreciado hasta tenerla como impedimento para la boda.

Entre los primeros debemos citar á los babilonios que obligaban á las mujeres á sacrificar su doncellez ante sus dioses.

Hé aquí lo que escribe un historiador:

«En Babilonia, las núbiles después de ser coronadas de flores en el templo de Milita (Venus Urania) ofrecían la virginidad á la diosa en la persona de sus sacerdotes; sólo las mujeres de alta gerarquía escapaban á esta extraña iniciación religiosa.

. . . . . .

Tres siglos y medio antes, hacia el año 140 antes de Jesucristo, escribía el venerable Herodoto de Halicarnaso, padre de la Historia profana:

La costumbre más infame que existe entre los babilonios, es la de que toda mujer del país, se prostituye una vez en la vida con algún forastero estando sentada en el templo de Venus. Es verdad que muchas mujeres principales, orgullosas por su opulencia se desdeñan de mezclarse en la turba con las demás, y lo que hacen es ir en carruaje cubierto y quedarse cerca del templo seguidas de gran comitiva de criados.

Las demás mujeres conformándose con el uso se sientan en el templo, adornada la cabeza con cintas y cordoncillos, y al paso que las unas vienen, las otras se van.

Entre las filas de las mujeres quedan abiertas de una parte á otra, unas como calles tiradas á cordel, por las cuales van pasando los forasteros y escogen á la mujer que les agrade.

Despues que una mujer se ha sentado allí no vuelve á su casa hasta tanto que alguno las echa dinero en el regazo y sacándola del templo satisface el objeto de su venida.

Al tiempo de echar el dinero á la mujer elegida debe decir el extranjero: «Ruego á Dios que la diosa Milita te sea propicia.» No

es lícito rehusar el dinero sea mucho ó poco, porque se le considera como una ofrenda sagrada.

Ninguna mujer puede desechar al hombre que la escoge, siendo indispensable que le siga y después de cumplir con lo que debe á la diosa se retira á su casa.

Las que sobresalen por su hermosura bien presto quedan desobligadas; pero las que no son bien parecidas suelen tardar mucho tiempo en satisfacer la ley y no pocas permanecen allí por espacio de tres ó cuatro años.»

De Babilonia tomaron otros pueblos sus ritos religiosos y sus costumbres y el culto de Venus se propagó rápidamente.

Los persas, los fenicios y otros muchos pueblos primitivos también, tuvieron la doncellez por flor preciada que solo como ofrenda hecha á sus dioses podía ser deshojada.

Cosa muy distinta es lo que ocurre en otros pueblos de Africa y Asia donde el acto de desflorar á una virgen se tiene por trabajo indigno de hombres no envilecidos (1).

---

(1) El navegante español Antonio Ulloa, dice que la misma opinión tienen de la doncellez los pobladores de algunas regiones del Perú.—N. del T.

Los habitantes del reino del Congo prostituyen á sus hijas entregándolas vírgenes á sus magnates y señores sin que por esto las consideren deshonradas. Cosa parecida ocurre en otros muchos países de Asia y Africa; allí, donde tan enormes son las cruentas venganzas inspiradas por los celos, los señores principales se casan con preferencia con mujeres que han pasado largas temporadas en los harenes ó en los serrallos de su señor.

En el reino de Aracán en las islas Filipinas, se consideraría un hombre deshonrado si se le hiciera casarse con una virgen; esta idea extravagante ha dado lugar á un oficio público, tenido en estos pueblos por tan vil como entre nosotros el de verdugo; hay un ramo de individuos cuya ocupación asalariada es desflorar á las jóvenes para ponerlas en disposición de contraer matrimonio. Entre los lapones se casan antes las mujeres que han sido desfloradas por un extranjero, prueba para aquellos hombres de que la mujer es honrada.

Los canarios de Goe ofrecen las primicias de sus hijas al ídolo Sangán ó á sus sacerdo-

tes: existe allí la creencia de que las mujeres que llegan á cierta edad siendo vírgenes es porque tienen poquísimo valor.

De modo muy distinto opinan los habitantes de otros países qne no han perdonado medio de asegurar la castidad de sus mujeres. Los abisinios reunen las partes sensuales de las doncellas con una ruptura, sin dejar más que un pequeño orificio para las evacuaciones naturales. El marido es el encargado de destruir la forzada unión en la noche de boda.

En la India *infibulan* á las jóvenes, es decir, que unen sus grandes labios con un anillo de metal, de modo que la introducción del pene es imposible.

Los circasianos procuran el mismo resultado merced á un cinturón de cuero.

Lo más frecuente es hallar pueblos que han glorificado la virginidad hasta el punto de que para dar idea de la divina excelencia de sus dioses han forjado poéticas leyendas en las cuales los hacen nacer de mujeres que conservaron su virginidad aun después del parto. Durante mucho tiempo el cristianismo se ha atribuido como exclusivo y

propio el dogma de la maternidad virginal de María madre de Cristo. La ciencia histórica de las religiones ha evidenciado el poco fundamento de esta pretensión, y los católicos modernos se han visto forzados á torturar su antigna tesis para llegar á conclusiones que fueran á la vez conciliables con sus ortodoxias y con la historia. La índole de nuestro trabajo no nos consiente más que apuntar aquí algunas de las curiosas leyendas recogidas en diversos pueblos y que se asemejan grandemente al dogma de la Virgen María.

Los indios no ignoraban el milagro del parto de una *virgen*. Era una creencia muy extendida en la antigüedad, la de que la divinidad se encarnaba de tiempo en tiempo y bajaba al mundo en forma humana á instruir y consolar á los hombres. Estas especies de apariciones se llamaban entre los griegos *theofamas* y *avaiaros* entre los indios. Para estos pueblos era un hecho que cuando un dios se encarnaba lo hacía en el seno de una virgen sin que precediera unión de sexos. Los bramanes enseñan aun que Buddha nació de la virgen

María sin cooperación de ningún hombre.

Esta creencia india estaba extendida por el Tibet, la China y el Japón. Los pueblos de estos paises se dejan persuadir de que el dios que ellos adoran los unos bajo el nombre de Che-Kia, los otros bajo el de Fo, nació milagrosamente de una virgen. Los chinos multiplican, por así decirlo, la tradición de la virgen madre de Dios. La diosa que se encuentra más comunmente en China es Chingmon (la santa madre). Nada admira tanto á los misioneros que van por vez primera á aquel país como la representación de esta mujer en la cual ven perfecta semejanza con la Virgen de los cristianos. Y lo más curíoso aun es que el santo á quien los chinos adoran preferentemente, debe nacer de una virgen y los chinos esperan su venida como los judíos del Mesías.

El *Sommonekhodona* de los siameses, ha sido también concebido por una mujer y parido sin dolor.

También se ha comprobado la existencia de análogas tradiciones entre diferentes tribus del Nuevo Mundo. Los mocenicos, pue-

blo del Paraguay, referían á los primeros viajeros que de Europa llegaron á las orillas de lago Zorayas, que en época muy remota, una mujer hermosa y buena, parió un hombre sin ayuda de varón.

Su hijo operó milagros y voló al cielo.

La virginidad de las mujeres se estimaba de tal suerte en casi todos los pueblos de América antes de que fuera descubierta por Colón, que la asociaban constante y piadosamente al nacimiento de sus dioses (1).

En los pueblos civilizados se concede merecida importancia á la virginidad, y así cuidadosamente buscando se encontraría un marido que en las noches de sus bodas quisiera encontrarse en la posición del burlado, de que habla el poeta francés Beránger:

Mais pris au trébuchet
l'epoux, ¡quelle disgrace!
de l' oiseau qu' il cherchait
n' es trouvé que la place.

De este temor y de el deseo de quitar todo

(1) Quien desee conocer los importantísimos descubrimientos sobre esta materia pueden leer las obras del Conde Maiste y de M. Drach, mas bueno será advertir que debe guardarse de tal imprudencia quien no quiera correr el peligro de ver debilitarse ó quebrarse por entero su fe religiosa.—N. del A.

resquicio á la natural malicia de las gentes, han nacido las singulares costumbres que se han conservado durante mucho tiempor La más extendida era la de expone. públicamente, al día siguiente de la boda, las ropas de la cama donde habían pasado la noche los recien casados. Si las sábanas estaban manchadas de sangre, la virginidad de la esposa estaba bien probada.

Una costumbre semejante existía hasta hace poco en Egipto, y si hemos de dar crédito al viajero Julio Vioris, la ceremonia se simplificaba... pero mejor será que copiemos sus mismas palabras:

«El esposo corre en dirección al cortejo para simular un rapto. Coje á su esposa por debajo de los brazos y la lleva al harén donde le aguarda una mujer cuyo oficio es quitar los velos que cubren á la desposada; el esposo echa en el suelo á su mujer, envuelve uno de sus dedos en un pañuelo blanco y... no me atrevería á relatar el final de la ceremonia, sino en latín, pero temo á los solecismos. Lo cierto es que los parientes de la desposada gritan estrepitosa y alegremente cuando la mujer auxiliar llega para

enseñarles el pañuelo ensangrentado... ¿Y si no tuviera sangre?... ¡Pero siempre la tiene!»

La ciencia ha demostrado plenamente que estas pruebas de la sangre no tienen valor alguno, pues al paso que puede muy bien tenerse por desflorada á una mujer virgen de cuerpo y pura de alma, se corre el riesgo de ser víctimas de una de las muchas supercherías inventadas por hábiles comadronas para engañar con virginidades aparentes.

Menos fundamento aún tenía la práctica de los antiguos romanos. El día antes de la boda medían cuidadosamente el cuello á la novia con una cinta, y al día siguiente, después de la noche de bodas, se repetía la medición; para que se le tuviera por virgen era preciso que el cuello hubiera aumentado de tamaño con el desfloramiento.

Normalmente, cuando no se quebrantan ni la moral ni las leyes, la mujer de los países civilizados, conserva intacta su virginidad hasta el día de su casamiento. Desde entonces el coito es para ella una necesidad física y una obligación moral; en tal día debe perder el poético encanto de la donce-

llez, para ponerse en condiciones de adquirir otro mucho más poético aún, más trascendental y más santo: el inefable encanto de la maternidad.

La vírgen es mucho, la madre lo es todo.

Aun cuando despojáramos el acto de la desfloración de la nueva esposa, de toda idea carnal, para considerarlo solo como el momento supremo en que dos corazones se aman, dos pensamientos que se buscan, realizan su sueño de formar un solo cuerpo y de confundir sus almas, lo apreciaremos como uno de los mayores goces, de los pocos completos que nos es dado disfrutar en nuestra vida; la noche de bodas se nos aparecerá llena de encanto, preñada de misterios, repleta de dulzuras inefables.

El acto de la desfloración era para los romanos una ceremonia sagrada, durante la cual eran piadosamente invocadas las divinidades que la presidían. A la primera, *deo virginensis,* se le ofrecía el cinturón de la desposada; el coito lo presidía el *deus cubigus,* quien en unión de *deo prema,* aseguraba el deleite de los esposos. Cuando deficiencias de potencia del marido, estrechez

vaginal de la mujer ú otra causa impedía la consumación de la cópula, se imploraba la protección de *deo perficuda*.

Claro es que no hemos de ser nosotros los que echemos de menos la innecesaria intervención de divinidad alguna en este ni en otros muchísimos actos de la vida, pero de las prácticas del politeismo debemos aprender á dar toda la importancia que en sí tiene el acto carnal de la noche de bodas, acto que sanciona y justifica el matrimonio con mucha más fuerza que todas las ceremonias cívico-religiosas y todas las formalidades que es necesario llenar para el casamiento.

Cuanto más adelante decimos de los deberes y cuidados que el esposo tiene con su compañera al intentar practicar la cópula, ha de ser observado con mayor delicadeza y más esmero la primera noche. La menor imprudencia en este punto, todo asomo de imprevisión ó de brusquedad es en tal día un brutal ataque al pudor, que la nueva esposa perdona difícilmente. La delicadeza del esposo es indispensable, porque en la mayoría de los casos, el aprecio que de ella

hace la mujer, es el único deleite que le es permitido gozar á la doncella, que no dejará de serlo sin violento dolor, es preciso que aplaquemos su tortura física, con nuestras caricias y halagos; en una palabra, es necesario que no se dé cuenta la mujer desde la primera noche que se ha casado con un egoista, que se procura placer sin cuidarse de proporcionarlo.

Antes de intentar el coito, debe el esposo provocar los deseos de su mujer, y cuando juzgue llegado el momento oportuno comience la introducción de la verga lentamente, deteniéndose tan luego como la mujer dé señales de que sufre. Si el hombre acierta á provocar el espasmo de la esposa, más por frotación del clítoris contra el pene que por introducción á todo lo largo de la vagina, lograra natural ablandamiento de todas las partes, incluso del himen, y en esta disposición le será más fácil el desgarramiento de la membrana, produciendo escasísimo dolor, tal vez ninguno.

Cuando el pene es demasiado grande en relación á los órganos de su mujer, se completerá este resultado, teniendo la precau-

ción de untarse ligeramente con un cuerpo grasiento (valerina, col-crean, etc.), más cúidese de que esta operación no sea vista por la mujer, cuyo pudor se lastimaría.

Esta advertencia reza también con todos los actos relacionados con las primeras cópulas, pues no hay que olvidar que para la mujer pura representa un cambio absoluto pasar desde un solitario y casto lecho de virgen al tálamo nupcial donde le aguardan el disfrute de placeres no soñados y goce de voluptuosidades jamás sentidas.

En vano intentaríamos precisar aquí todos los cuidados que han de tenerse, dependientes siempre de mil circunstancias imposibles de preveer: baste con repetir que en la noche de bodas nunca se peca por exceso de delicadeza, y que en cambio una brusquedad cualquiera aparece á los ojos de la esposa, cuyo temperamento está muy despierto y excitado, como imperdonable grosería.

No se infiera de lo dicho que el papel del esposo ha de ser de hombre tan tímido que raye en ridículo: mitigue y solicite con delicadeza, pero una vez vea enardecida á la

esposa no se retire hasta haberla hecho sentir las embriagueces del coito.

Séanos permitido copiar, para mejor aclarar este punto, las palabras de Ovidio (1), cuya elegancia inútilmente intentaríamos alcanzar, y cuya claridad es en el mérito sancionado, y en nosotros se juzgaría intolerable descaro.

¿Qué amante un poco hábil, dice Ovidio, deja de recurrir á las ternezas de dulces besos? Si no se los dan debe tomárselos. Al principio la mujer le llamará atrevido, pero resistiéndose deseará ser vencida.

Pero tened cuidado con no herirla con bruscas caricias, ni de lastimar con vuestra boca sus delicados labios. Si después del primer beso no acertáis á conseguir lo demás, merecéis que se os nieguen hasta los favores que ya se os han concedido; pues sólo una estúpida timidez ha podido contenerlos.»

A título de curiosidad, y sin que en modo alguno queramos dar á entender que la ciencia moderna ha sancionado estas prácticas,

---

(1) *Arte de amar*.—Libro I.

copiaremos, antes de terminar esta materia, las reglas que Vatsyayana (1) da en su Kamatoutra para preparar al coito á la nueva esposa:

«Cuando han terminado las fiestas y las ceremonias del matrimonio (después de la pubertad), en la noche del segundo día, el marido queda á solas con su mujer; le dirige palabras tiernas, la atrae hacia sí, estrechándola dulcemente contra su pecho, del modo que más agrade á la joven.

En seguida comienza á tocarla, principiando por la parte superior del cuerpo, por ser más cómodo y sencillo.

Si la joven es tímida y completamente ignorante, y si el esposo no está todavía familiarizado con ella, ensayará las primeras caricias en la obscuridad. Si ella no opone resistencia la pondrá en la boca un objeto cualquiera de sabor agradable, empleando toda su elocuencia para hacerla aceptar; en caso de necesidad se arrodillará ante ella, porque todos saben que una mujer, por tímida que sea, ó por colérica que esté, no re-

(1) Escritor indio de gran celebridad.

chaza jamás al hombre que está á sus pies suplicante.

Luego comenzará á besarla en la boca dulce y delicadamente. Después la hará hablar haciéndole preguntas sencillas que él aparentará ignorar, á si que ella pueda responder en pocas palabras. Si no contesta no la forzará á hacerlo, sino que repetirá sus preguntas con la mayor dulzura y la instigará á que responda, adulándola, porque, como dice Govakamonkha, las mujeres escuchan á todos los hombres, aunque ellas no digan palabra.

A fuerza de insistir, logrará que la joven responda aunque sólo sea con movimientos de cabeza.

Cuando él le pregunte si le ama, si hace tiempo que le desea, la mujer guardará silencio, luego, á fuerza de ser instigada acabará por responder que sí, aunque sea con un signo.

Una amiga, presente, podría responder por ella y hasta diría más de lo justo: en este caso la joven reprendería á su amiga sonriendo y miraría á su esposo cariñosa.

Si la joven está familiarizada con su espo-

so, éste la colgará una girnalda del cuello, aprovechando hábilmente la ocasión para tocarle los senos y cosquilleárselos con los dedos. Si ella pone reparo, él dirá: No lo volveré á hacer más, pero con la condición que has de besarme.

Ella le echará los brazos al cuello, y el esposo le pasará varias veces la mano por el cuello. De cuando en cuando la colocará sobre sus rodillas, la estrechará contra su pecho y se esforzará porque ella se determine á la unión. Si ella no quiere ceder, la amenazará con señalarse los brazos y los senos con las uñas y los dientes, y decir á todo el mundo que ha sido ella quien le ha hecho aquellas señales.

Cuando esté la joven más confiada la acariciará todo el cuerpo con las manos y la cubrirá de besos; la pondrá las manos sobre las nalgas y las tocará con cuidado, después pasará á las ingles, y si ella le aparta las manos, el esposo dirá: «¿Qué hay de malo en esto?...» y la convencerá de que debe dejarle que la siga acariciando.

Logrado este favor, pasará á tocarle las partes sexuales, desanudará las cintas que

sujetan sus vestidos y sobará la parte superior de los muslos ya desnudos. Todo esto se hará con diversos pretextos, pero sin comenzar la unión. Luego le expresará su amor haciendo protestas de fidelidad y jurándole que ella sola ocupará constantemente su corazón. Por fin, cuando haya vencido su timidez, consumará la unión y gozará de ella sin torturarla.

Obrando de este modo el hombre gana el amor y la confianza de su mujer, lo que jamás se logra empleando la violencia. La mujer no comprendida despreciará al hombre que se acobarda y cede entre las tímidas protestas del pudor; la joven violentada aborrecerá al que la trate sin miramientos.»

En la ingenua claridad de estas palabras, escritas hace más de dos mil años, está la verdadera clave de hacerse amar. Los esposos deben leerlas, tomando de ellas la verdadera práctica y despreciando lo inútil...»

***

Hemos tomado á la loreta en su nacimien-

to; la hemos seguido en su educación, y quisiéramos cerrar este artículo diciendo cómo acaba la loreta en su vejez; pero este es un secreto que nos reserva un porvenir bastante lejano.

La loreta cuenta diez años de existencia y tres años de bautismo. La loreta ha nacido ayer.

La loreta está en la edad de las rosas, en la edad de las mariposas, en la edad de las golondrinas.

La loreta es joven, vive alegre.

La loreta está en la mitad de su primavera, y tiene, por consiguiente, que recorrer todavía todo el estío y todo el otoño, antes de dejar el frío invierno. No pensemos, por consiguiente, en un invierno en que ella no piensa. No obscurezcamos su hermoso horizonte dorado y dejemos al descubrimiento del secreto en manos del tiempo, ese rudo é inflexible acreedor que vendrá un día á reclamar su deuda, y al cual no es posible aplazar el pago.

Entre tanto la loreta tiene la siguiente divisa:

«Fácil de tomar, imposible de guardar.»

CORTESANAS

CORTESANAS

Al contrario de la loreta que data de ayer, la cortesana remonta á la más obscura antigüedad.

La India, esa abuela de las naciones, tenía sus cortesanas que lejos de estar como las nuestras hundidas en la ignominia, las designan casi siempre los autores de su tiempo con el nombre de siervas de los dioses.

Estas cortesanas eran casi todas bailarinas que en vez de vivir como las otras mujeres indias hundidas en la más profunda ignorancia, aprendían á leer, á escribir, á cantar, á tocar varios instrumentos.

Tomaban parte en todas las fiestas civiles

y religiosas, lo que hacía que el pueblo las mirara con respeto y que los grandes señores se las disputaran.

Las bayaderas actuales conservan en la actualidad algo del carácter de estas cortesanas.

El Egipto, hijo misterioso de la India tuvo también sus cortesanas; pero tenemos pocas noticias de ellas. Una pirámide ha consagrado de la más famosa de sus prostitutas; pero la montaña de granito que cubre sus restos, nada nos dice positivo sobre la vida de la que costeó el monumento. ¿Es la hija del rey Cheop? ¿Es la mujer del faraón Amaris? Lo prefiero creer que fuera la mujer del faraón: la fábula es más graciosa.

Un día Rodope, la más hermosa cortesana de Tebas se bañaba en el Nilo, en cuya orilla había dejado sus vestidos. Un águila que acertó á pasar tomó con las garras una sandalia de Rodope, y al pasar por Menfis la dejó caer á los pies del faraón Amaris que en aquel momento administraba justicia ante el pueblo.

El faraón adoraba los pies pequeños y la sandalia era tan pequeña que emprendió el

juicio comenzado é hizo inmediatamente publicar por todo su reino una orden para que se le presentara la propietaria de la sandalia.

El pregón llegó á oídos de Rodope, quien comprendiendo que se trataba de su sandalia se trasladó á Menfis y se presentó al faraón con un pie calzado y el otro desnudo.

Si la sandalia había bastado para trastornar al faraón, no hay que decir lo que le pasó cuando vió á la hermosa Rodope; mas ésta que se había entregado sin gran esfuerzo á muchos hombres, dijo que no sería del soberano si Amaris no se casaba con ella.

El faraón que estaba enamorado, pasó por cuanto Rodope quiso, y la cortesana convertida en reina, gastó en una pirámide todo el dinero que con su primer oficio había ganado.

Esta pirámide de la que cada piedra es el precio de una caricia, tiene setecientos pies de diámetro por ciento cincuenta de altura.

¿Quién dudará que el cuento de la *Cenicienta* está plagiado en la historia del faraón Amaris?

Pasemos de Egipto á Grecia, y de Tebas y

Menfis á Atenas y Corinto. Allí no nos faltarán documentos históricos.

Grecia era y debía ser el país de las cortesanas. La religión que no era sino la materia poetizada, era todo voluptuosidad.

El placer era no sólo una necesidad de la organización de los griegos, sino también uno de los móviles de sus grandes acciones, uno de los elementos de sus mejores leyes.

Solón fué quien para combatir un crimen por un vicio, estableció en Atenas las cortesanas.

Temístocles, Timoteo, Demado, Aristofon y Bron eran hijos de cortesanas.

Pericles repudia á su mujer legítima para casar con Aspasia, la hermosa cortesana de Mégara.

Alcibiades á su regreso de Olímpia expone un cuadro donde estaba representado sentadc sobre las rodillas de la cortesana Nemea.

Pero en este concepto la ciudad por excelencia era Corinto; Corinto que temiendo que llegaran á faltar las cortesanas, compró jóvenes en todas las islas del archipiélago y hasta en Sicilia para prostituirlas cuando

cumplieran la edad de catorce años; Corinto que se enorgullecía de haber recibido el primer saludo de Venus cuando la diosa brotó de las espumas del mar.

Los griegos dividían á sus cortesanas en cuatro clases: vemos desde las más bajas á las más elevadas.

La primera clase era la de las *autheidas* ó tocadoras de flauta. Estas eran las bayaderas de la India, las bailarinas de Egipto y las pilanas de Rusia: se las hacía lucir su habilidad al final de las comidas, y se las invitaba á las fiestas.

La cortesana Lamia á la cual Atenas y Tebas elevaron sendos templos que consagraron á Venus Lamia, había sido tocadora de flauta.

La segunda clase era la de las *familiares*, y se daba este nombre á las mujeres que pertenecían á un hombre durante algún tiempo.

La tercera clase era la de las *favoritas*, es decir, amantes de reyes, príncipes, generales ú hombres célebres. Milto, Tais, Demo y Damarando eran la duquesa de Etampes, la Diana de Poitiers, la Montespan y la du Barry de aquellos tiempos.

La cuarta clase era la de las *filósofas*, y á este género pertenecían Safo, Aspasia, Leontium: nosotros no podemos comparar con estas sino es á Ninon de l' Encros.

Había además las *dicteriadas*, asi llamadas del *dicterión*, palabra sinónima de lupanar. Pero en realidad estas no eran cortesanas sino rameras públicas.

Oigamos algunas palabras sobre estas últimas: tal vez sea curioso á mil quinientos años de distancia establecer un paralelo entre la ramera de París y la de Atenas.

Casi todas las dicteriadas eran esclavas: pertenecían á amos que traficaban con sus cuerpos, y á los cuales á cambio de la alimentación, vestidos y casa, daban el producto íntegro de su trabajo. La única esperanza de estas desgraciadas era que un hombre rico se enamorase de ellas, y las elevara á la clase de familiares. Esto sucedió con Fila, á quien el orador Hyperipe compró por cuatro talentos, y á la cual confió el cuidado de su casa de Eleusis.

Las *dicteriadas* estaban sometidas á leyes de policía muy semejantes á las que rigen á nuestras busconas. Debían vestir como dis-

tintivo una gasa bastante clara para que no quedaran ocultas sus formas. Debían llevar su nombre escrito sobre la frente, ó cuando menos tenerlo en caracteres muy visibles sobre la puerta de su cuarto. Delante de la puerta debía haber constantemente una cortina llena de atributos que indicaba la profesión que ejercía la mujer que levantaba la cortina para llamar á los transeuntes.

Desde las siete de la tarde paseaban por el Cerámico del Pireo. (1)

Durante el día las dicteriadas, más felices que nuestras rameras, podían asomarse á las ventanas; tenían en la mano una rama de mirto que agitaban entre sus dedos y con la que se acariciaban los labios, acción que tenía la doble ventaja de mantener sus labios rosados y de poner de manifiesto la blancura de sus dientes.

Hablemos ahora de algunas cortesanas célebres que tanta influencia tuvieron sobre las artes, la política y sobre la civilización griega, reina de todas las civilizaciones.

(1) Había otro Cerámico dedicado á los guerreros.—N. del T.

LAMIA

Hemos dicho que Lamia era una tocadora de flauta; digamos algo de esta mujer.

Era hija de Cleonor de Atenas; educada en su primitiva profesión por Pholomeo, rey de Egipto acabó por ser su querida.

Cuando este rey fué vencido por Demetrio Poliorcete, Lamia cayó en poder del vencedor y aunque tenía entonces la cortezana más de cuarenta años se convirtió en la favorita de Demetrio.

Lamia estaba acostumbrada á las liberalidades reales y el oro se derretía en sus manos.

Su real amante impuso á las ciudades grandes tributos para satisfacer los caprichos de su querida: el pueblo apodó á Lamia la *Elepola*, nombre de una máquina de guerra destinada á destruir los pueblos.

Sus comidas eran tan espléndidas que un historiador, Linceo de Lamos no se desdeña de comunicar á la posteridad sus *menús*.

Los pueblos arruinados por los tributos,

decían que Demetrio estaba poseido por una *lamia*. Todos saben que lamia significa demonio. Lamia murió cuando Demetrio estaba en el apogeo de su prosperidad, y como ya hemos dicho, en Atenas y Tebas se erigieron templos á Venus Lamia.

Leed en Diógenes Laercio una carta de Lamia á Demetrio, verdadera obra maestra de amor y de astucia felina.

—

Tais, Pifiodice. Baceis-Mitto. Tais era atemeire; siguió á Alejandro en su expedición á la India. Esta mujer fué quien al terminar una orgía excitó al vencedor de Darío á quemar Persépolis.

A la muerte de Alejandro se hizo la amante de uno de sus generales. Este general era Ptolomeo, Ptolomeo heredó el Egipto. Amaba á Tais y casó con ella. Tais, llegó de este modo á ser reina.

Ptolomeo tuvo tres hijos: dos varones, Leontico y Lago, y una hembra llamada Irene que casó con Solón el afortunado rey de Chipre.

Pilionice era la esclava de Bacchis, esclava á su vez de Sínope y tocadora de flauta. Sínope había nacido en Egira desde donde se trasladó á Atenas y con ella al dicterión de que era dueña. Haspalo conoció en este establecimiento de Bacchis y la compró.

Mito nació en Focida: su madre murió al darla á luz.

Mito huérfana y pobre fué educada por caridad pero pronto se dió cuenta de que era hermosa, y la hermosura era en Grecia una fortuna. Esta mujer llegó á ser la favorita de Ciro y muerto éste se hizo amante de Astajerjes y más tarde sacerdotiza en Sebátano.

Las cortesanas en Grecia estaban constantemente mezcladas á la religión, al arte y á la política: hacen hablar á los dioses, inspiran á Sidias y á Praxisteles, aconsejan á Perieles.

¿Cuál es la causa de que en Roma desaparezca esta influencia.

Un corto paralelo entre los dos pueblos dará la explicación de esta diferencia en la posición social de las cortesanas de Atenas y las de Roma, bien entendido que tomamos

estas dos ciudades como centros de sus respectivas civilizaciones.

Los griegos, los tipos más hermosos de la raza caucásica aman lo bello sobre todas las cosas, por estar dotados por la naturaleza de una organización fina, elegante, superior, esencialmente apta para percibir el menor asomo de belleza. De aquí que los griegos tuvieran la belleza casi sometida á reglas matemáticas.

Ved en Júpiter olímpico, en Juno, en Venus, tipos completos, calculados severos. Reconoceréis sus dioses á la primera ojeada y no es posible confundir Apolo con Baco, ó Castor con Mercurio.

Y es que habían establecido una especie de escala de belleza que ascendía desde la tierra hasta el cielo para descender después desde el cielo á la tierra.

Pero los romanos estaban muy lejos de parecerse á los griegos; les habían tomado su literatura, sus leyes, su civilización; pero no habían podido tomar el genio griego encadenado con Prometeo en la cima del monte Oshiry. Los romanos, pueblo de labradores, pueblo grosero, sin imaginación, no

tenía verdadero amor al arte. Un día se aficionaron á lo bello, pero como ya comenzaban á ser ricos comprendieron que era más cómodo ir á buscar la belleza á Atenas, á Corinto, á Delpos y comprarla hecha que no inventarla.

Lo mismo les ocurrió con las cortesanas.

Cuando los romanos para seguir la moda de los griegos quisieron tener cortesanas, las tuvieron que comprar. Por eso los romanos, maestros en depravación, eran completamente ignorantes en voluptuosidad.

Inutilmente buscaríamos cortesanas romamanas que comparar con las cortesanas griegas.

No intentemos la comparación.

LAS SERPIENTES

LAS SERPIENTES

Si hay un animal maldito en la creación, es la serpiente: Satán toma su forma para introducirse en el Paraíso terrestre y, bajo su forma, tienta á la mujer, la seduce y pierde al género humano, al que nosotros tenemos el honor de pertenecer.

En el umbral de todas las religiones se encuentra la serpiente como Hecho ó como Símbolo. Una serpiente que se muerde la cola es el símbolo de la eternidad.

Un día Mercurio, desciende á la tierra para cumplir una misión que le había confiado Júpiter (no sé por qué, ni tengo empeño en saberlo, muchas de las misiones que Júpiter

encargaba á Mercurio eran de un género especial y secreto); ya en la tierra ve Mercurio dos serpientes que peleaban, arroja entre ellas el bastón que llevaba en la mano, las dos serpientes se enroscan y el bastón, convertido en cadúceo, se trueca en el símbolo de la paz.

Del limo del diluvio de Decaulion y Pyrra nace la serpiente Piton; se establece en el Parnaso, es decir, en la montaña consagrada á Apolo y la puebla de monstruos. Gerion, Cerbero, el Cuervo que devora á Prometeo, la Esfinge á que interroga Edipo, fueron sus hijos; la Gorgona y la Hidria de Lerna fueron sus hijas. Delfos, espantado de esta descendencia terrible, se dirige á Apolo, le llama en su socorro y le recuerda que era el dios protector de la ciudad. Una mañana, en el momento de subir á su carro, toma Apolo su arco y sus flechas, dirige sus caballos hacia la derecha y en lugar de seguir el camino de costumbre y de pasar por los Trópicos, remonta el Parnaso, y á pesar del sílbido del monstruo, á pesar de las llamas y del humo que lanza por sus cien bocas, á pesar de la atmósfera pestífera que le rodea, el dios del

día, le da muerte á flechazos. El combate fué largo. Durante tres horas, los habitantes del lago Tchad tiritaron, y los del Cabo de Buena Esperanza estuvieron á obscuras, mientras los abrasadores rayos caían á plomo sobre Grecia, Italia y el Asia menor. Esta fué la vez segunda que los groelandeses se enjugaron el sudor de la frente, con las mangas de su vestidos, por no tener pañuelos. Y también está comprobado, que cuando la serpiente Piton estuvo muerta y Apolo, fustigando á sus corceles, se plantó con su carro de un solo envite, en el camino ordinario, muchos de los desgraciados groelandeses, que por vez primera habían tenido calor, se enfriaron de pronto, atraparon pleuresias agudas y murieron en tres días.

Los griegos instituyeron los juegos píticos en honor de este acontecimiento, que no era sino el triunfo del día sobre la noche, de la luz sobre las tinieblas.

***

Hércules fué quien, habiendo jurado en su infancia, guerra á muerte á los ofidios—ya

en la cuna ahogó entre sus manos á las dos serpientes que enviaba contra él Juno.— Hércules fué, repito, quien con mayor empeño procuró la destrucción de esta raza; mató á la Hidra, cortando una á una sus siete cabezas; traspasó con sus flechas al cuervo de Prometeo. Perseo se encargo de la Gorgona, á la que Minerva, á quien había querido disputar el premio de la belleza, había cambiado los cabellos en víboras. La esfinge que creía poder devorar á Edipo y que ya alargaba la garra para destrozarle, se arrojó al mar al ver su enigma descubierto por el hijo de Cayo. Por último, Pluton encadenó a Cerbero en la puerta de los infiernos, donde espantaba á las sombras con sus aullidos. Su vigilancia fué burlada dos veces: la primera por la lira de Orfeo; la segunda por el pastel de la sibila. Castigado duramente por Pluton, su doble descuido, se vengó devorando á Pirito; pero Hércules á su vez vengó á Pirito poniendo al monstruo tricéfalo al sol, cuya luz bastó para producirle la muerte. De su baba venenosa nació el acónito.

Tebas poseía un cuadro de la muerte de Cerbero pintado por Polygnoto. Nosotros

tenemos la hermosa estatua del Apolo Pitio, encontrada en las ruínas de Antium en Netumo y llamada el Apolo del Belvedere, porque fué colocado en la galería del Belvedere en el Vaticano, y el hermoso techo del Louvre representando la lucha de la serpiente Piton con el dios del día, una de las obras maestras de Delacroix.

Italia posee, entre otras obras de arte, dos magníficas cabezas de Gorgona: una de Leonardo de Vinci y la otra de Annibal Caraccio.

Cuando Neptuno quiso castigar á Laocoon, por haberse opuesto á que entrase en Troya el caballo de madera, envió de Tenidos dos serpientes que ahogaron al príncipe troyano y á sus hijos Antípates y Timbreo. El grupo magnífico que representa esta escena, maravillosamente descripta por Virgilio, fué encontrada en 1506 por Felix de Fredi en los baños de Tito de Roma. Plinio asegura que en el grupo trabajaron tres artistas griegos: Agesandro, Polidoro y Atenodoro.

Una de las impresiones más profundas que he experimentado en mi vida visitando lo-

calidades, fué la que sentí viajando de Tenedos á la troyada.

La serpiente consagrada á Apolo se rehabilita después y se convierte en el símbolo de la prudencia y de la sabiduría. Esculapio, hijo de Apolo y dios de la Medicina, estaba representado en Epidaro por una estatua de márfil, que en una mano tenía una vara con una serpiente enroscada. En recuerdo de la serpiente de Esculapio, los farmacéuticos han tomado las serpientes como símbolo de su ciencia.

Esta serpiente de Esculapio es la que Linneo ha llamado después *Coluber Æsculapii* y á la que el vulgo llama serpiente carrilluda. Hoy sólo se encuentran ejemplares en la India; pero es probable que en tiempo de los Argonautas, en que brilló la figura de Esculapio, se encontrara este reptil en Grecia y Asia Menor. Tiene pie y medio de largo y sus ojos están separados por una franja negra; las ventanas de la nariz son estrechas y la boca está provista de dientes demasiado pequeños para hacer una herida grave.

Hace poco hablamos de la índole especial de las misiones, ó mejor dicho, de las comi-

siones de que Júpiter encargaba á Mercurio. A consecuencia de una de estas comisiones, que han valido pésima reputación al hijo de Maya, Cadmo, hijo de Agenor, rey de Fenicia, fué enviado por su padre á buscar á su hermana Europa que iba recorriendo el mundo montada en un toro blanco. Al pasar Cadmo por la Beocia, dos de sus compañeros fueron devorados por una serpiente. Cadmo persiguió al monstruo logrando alcanzarle y darle muerte. Para cumplir no sé qué oráculo, arrancó los dientes á la serpiente y los sembró. De esta semilla brotó una raza de hombres que apenas estuvieron sobre el suelo empezaron á combatirse. El primer ensayo que de su razón hicieron fué para odiarse; el primer ensayo que hicieron de su fuerza fué para destruirse. ¡Si hubieran sido animales, sólo provistos de instinto, se hubieran reunido en rebaños!

***

No se queda atrás la Biblïa en sacar símbolos de las serpientes.

Después de la negativa del faraón á autorizar la salida de los hebreos, Moisés le envió á su hermano Aarón, para convencerle de la divinidad de su misión, y en efecto, Aarón realiza varios prodigios delante del soberano egipcio. Uno de estos prodigios es convertir la vara de Moisés en serpiente.

Los magos egipcios hicieron prodigio igual, pero la serpiente de Aarón devoró á las otras.

Este fué uno de los prodigios que determinaron al faraón á dejar salir los hebreos de Egipto.

El pueblo elegido se subleva en el desierto, echando de menos, á pesar del maná, el alimento más substancioso que cosechaba en las orillas del Nilo. Dios castiga á los revoltosos, enviando contra ellos una lluvia de serpientes, cuyas mordeduras quemaban como el fuego. Muchos hebreos perecen, y aquel duro ejemplo hace que los demás se arrepientan y que acudan á Moisés, quien hace una gran serpiente de metal, de virtud tan rara, que á los que habían sido mordidos les bastaba ir á mirarla para quedar curados.

No es, por consiguiente, justo considerar

á Hahnemann como el inventor de la homeopatía; la homeopatía fué descubierta por Moisés: *similia similibus*.

***

Todos nos hemos estremecido en el colegio oyendo referir el episodio de la serpiente de Régulo. Valerio Máximo refiere (libro 1.°) que Régulo encuentra cerca del río Begrado, entre Utica y Cartago, una serpiente monstruosa que acomete á los soldados que se acercan á la orilla. A los que logra alcanzar, los asfixia entre sus potentes anillos y los envenena con su aliento. Las escamas que cubrían el cuerpo del reptil, eran tan duras, que resistían á las flechas y á los dardos que se le tiraron, y fué preciso que se emplearan para darle muerte las catapultas, como si se tratara del ataque de una ciudadela. Después de disparar varias veces inútilmente, una enorme piedra lanzada con gran violencia destrozó la columna vertebral de la serpiente, que cayó retorciéndose y silbando con tal estrépito, que

los soldados, ni aun viéndola en la agonía, osaban acercarse. Otra piedra certeramente tirada, destrozó la cabeza al reptil. Régulo envió á Roma la piel, que medía ciento veinte pies; fué colocada en un templo, donde, según Plinio el naturalista, se veía aún en la época de la guerra de Numancia.

Mitrídates, vencido por Lúculo, salió del reino de Pont, atravesó la Colchida, una parte de la Iberia, y después de un largo viaje, atravesó el Cáucaso por el valle que en la actualidad conduce á Wladikaxkas. Lúculo le persiguió hasta la capital de la Iberia, situada donde hoy se eleva Tiflis. Cuando estuvo allí se acordó de las maravillas que Herodoto refiere del mar Caspio y resolvió conocerlo, pero al llegar á las estepas, dice Plutarco, sus soldados encontraron tantas serpientes, que se negaron á pasar adelante. Cuando yo hice á la inversa, es decir, del mar Caspio al mar Negro, el viaje que quería hacer Lúculo, era invierno; las serpientes estaban escondidas en sus agujeros, pero escavando la tierra á la profundidad de medio pie, se descubrían pelotones de reptiles. Eran serpientes amarillas y ne-

gras, de dos metros de longitud, y de picadura venenosa, según se me dijo.

***

Las serpientes tenían su participación en casi todos los prodigios y todos los augurios; la madre de Augusto se durmió en el templo de Apolo, y una serpiente, que los aduladores de Augusto dijeron después que era el mismo dios, se introdujo en la litera de Acia, de donde no salió sin haber dejado huellas visibles de su paso. Nueve meses después nació Octavio. Es innegable que Augusto tenía mucho de la prudencia y la falacia de la serpiente.

¿Tendría algo que ver su parentesco con la serpiente, en el sino que quiso que Octavio tuviera una serpiente por aliada en los asuntos más graves de su vida?

Todos adivinarán seguramente á qué serpientes me refiero.

Hablo de sus disensiones con Antonio y de su lucha con Cleopatra.

Cuando César fué asesinado por Bruto y

Casio, es decir, por los dos representantes de la aristocracia romana, Octavio, que tenía apenas veinte años, estudiaba en Apolonia con su amigo Visanio Agripa, de alguna más edad que él. Al mismo tiempo se le notificó que su tío había sido asesinado y que se le había designado por heredero. La primera de las dos noticias era terrible, la segunda más terrible quizás.

En efecto: la herencia de César sólo un César podía recibirla sin temor.

El heredero debía, ante todo, tomar venganza de Bruto y Casio, es decir, contra los dos hombres, si no más populares, porque ya hemos dicho que representaban la aristocracia, los más poderosos de la época.

Además, el testamento que dejaba á Octavio heredero del imperio del mundo, estaba en poder de Antonio, terrible ejecutor testamentario, que ya se había apoderado, por mediación de Calpurnio, de los treinta millones que César habia dejado al morir, y que todos los días añadia un codicilo que le enriquecía despojando á Octavio.

Octavio no sabía con certeza si debía temer más á su amigo Antonio ó á sus enemi-

gos Bruto y Casio, y como hijo prudente de una serpiente, resolvió ir á consultar á un sabio astrólogo que habitaba solitario en las cercanías de Apolonia.

Demasiado precavido Octavio, no quiso ir solo y se hizo acompañar por su amigo Visanio Agripa. Respetando las tradiciones guardadas por los consultadores de adivinos, ninguno de los dos dió su nombre. Octavio exigió que Agripa pasara el primero.

Agripa dijo su edad, el año, el mes, el día de su nacimiento; el adivino consultó los astros y anunció á Agripa que sería favorecido por la fortuna, llegaría á general de las fuerzas de un gran imperio y se casaría sucesivamente con la sobrina y la hija de un emperador.

Al oir esta predicción, Octavio, no creyendo que se le pudiera augurar fortuna igual á la de un amigo, se negó á decir su edad, el año, el mes y el día de su nacimiento. Pero el astrólogo y Agripa insistieron de suerte que acabó por responder á todas las preguntas que se le hicieron. Teógeno miró la mano de Octavio y cayó ante él arrodillado con la cabeza inclinada.

—Vos,—dijo al joven,—¡oh, señor. seréis el emperador de quien éste—(señalaba á Agripa)—será sobrino y yerno.

Entonces Octavio le dijo quién era y la situación en que se encontraba, por lo que había resuelto ir en busca de sus consejos.

El adivino le aconsejó que marchara á Roma sin perder instante.

—¡Sea!—respondió Octavio,—pero tú vendrás conmigo.

Prudente, como su padre la serpiente, Octavio quiso tener en sus manos al astrólogo que le había ofrecido el imperio del mundo.

Todos saben como conquistó este imperio Octavio; como se enemistó con Antonio que llegó á ser su cuñado, como le batió en Actium y como Antonio abandonó el imperio del mundo por seguir á Cleopatra.

***

Los elegantes de Roma iban de cuatro á ocho de la tarde, á pasear en litera al campo de Marte; se apeaban en la Septa-Julia, pórtico, bajo el cual encontraban asientos, que

ocupaban, como en nuestros días se hace en las Tullerías y en los Campos Elíseos. Unos, la mayoría, se entretenían con bolas de ambar que pasaban de una mano á otra; los demás enroscaban á sus brazos y aun á sus cuellos, serpientes domesticadas, y el contacto de la helada piel de los reptiles, producía á aquellos hombres extraña voluptuosidad.

Muy conocida es la historia de Tiberio y de la serpiente amaestrada que llevaba de ordinario enroscada al cuello.

Al anochecer, á la hora en que los murciélagos salen de sus nidos y las lechuzas dejan sus escondites, se veía salir al pálido viejo de uno de sus doce palacios y descender llevando á su derecha á Trasilo su astrólogo y á su izquierda á Macron su médico. De cuando en cuando acercaba la cabeza de la serpiente á su oreja para hacer creer á sus súbditos, que le miraban con asombro, que el reptil le decía en voz baja el nombre de sus enemigos.

Ya retirado en Capra, intentó dos veces Tiberio volver á Roma, pero ni la primera ni la segunda vez llegó al término de su viaje. La primera vez viajaba por tierra. Al

llegar á Albano se detuvo para contemplar á Roma, que entonces se extendía hasta Ostia. Para mejor contemplar la ciudad se recostó, dejando la serpiente en el suelo.

Tiberio cayó en profunda meditación. Quisiéramos poder decir á nuestros lectores cuáles fueron los pensamientos de Tiberio en aquella ocasión, pero son precisos el genio y la pluma de Tácito para atreverse á escribir esta página de la historia.

El primer pensamiento del anciano, al terminar su meditación, fué para su serpiente; pero mientras Tiberio soñaba, miriadas de hormigas habían devorado á la serpiente.

Tiberio, espantado, llamó á Trasilo y le enseñó el esqueleto de la serpiente.

—¿Qué significa esto?—preguntó el emperador.

—César,—respondió el astrólogo,—es un presagio que Júpiter te envía.

—Interprétalo, ya que eres adivino.

—César, teme á la multitud.

César bajó la cabeza, reflexionó un instante, y por fin dijo con voz sombría pero imperativa.

—Volvamos á Capra.

Su segundo viaje á Roma, fué á Tiberio más fatal todavía que el primero. Esta vez iba embarcado con el intento de entrar en la capital de su imperio por el Tiber. Algunas millas antes de llegar á Ostia, se vió asaltado por los mismos temores que le habian torturado en Albano, y ordenó que se le llevara nuevamente á Capra. Se le obedeció, pero á la altura del cabo Misena, el anciano emperador se sintió enfermo, de suerte que no pudiendo continuar el viaje desembarcó en la ciudad que Mario había comprado á Cornelio y que César había heredado de Mario, Augusto de César y Tiberio de Augusto.

Falto de fuerzas para ir más lejos se instaló Tiberio en una sala baja que daba á su *impluvium,* donde se hizo arreglar un lecho.

Cerca del lecho se sentó el hijo mayor de Germánico y de Agripina, el nieto adoptivo de Tiberio, á quien se había apodado *Calígula* porque usaba la *calígula*, es decir el calzado del soldado. Había sido reconocido Calígula, heredero del emperador, y esperaba impaciente que su abuelo muriera. Tibe-

rio cerró los ojos, tuvo un movimiento convulsivo y quedó inmóvil, Calígula que no le perdía de vista, se apoyó en el lecho, miró á Tiberio ávidamente y para asegurarse de que estaba bien muerto le acercó á la boca un espejo de acero que no fué empañado. Era indudable que Tiberio estaba muerto y por consiguiente que Calígula era emperador.

Dió un grito de alegría, quitó del dedo de Tiberio el anillo que le servía de sello y que entre los romanos era el atributo del imperio, y salió al patio lleno de oficiales, de soldados y de cortesanos, gritando:

—¡Tiberio ha muerto dándome su anillo y nombrándome emperador!

Pero en el momento en que todos repetían: «¡Tiberio ha muerto! ¡viva Calígula! ¡viva el hijo de Germánico!» Se abrió la puerta de la cámara mortuoria, y en ella apareció una sombra, un espectro, un fantasma, el moribundo Tiberio, lívido, tembloroso, con las manos crispadas, los ojos desencajados é iluminados por un postrer brillo: el emperador gritaba:

—¿Quién osa llamarse emperador? ¿Quién

osa gritar viva Calígula cuando aún vive Tiberio?

Más lívido, más tembloroso que el moribundo y con mano aún más crispada, Calígula asió del manto del médico Macrón, que también había creído muerto al emperador. Calígula preguntó:

—¿Qué hacemos?

—¡Acabar con ese momia!

Y precipitándose en la sala baja, derribó á Tiberio sobre el lecho, y le tapó con una almohada la boca, mientras Calígula, sujetando el anillo imperial con los dientes empujaba la puerta con ambas manos.

Cuando la puerta se abrió, cuando salió Calígula, Macrón podía afirmar sin temor á equivocarse, que Tiberio había muerto.

***

De la antigüedad pasamos á la edad media: de Trasilo á Merlin; de Locusto á los mil magos sin nombre que recorren la campiña alumbrada por la luna, para arrancar las mandrágoras que encontraban bajo los pies

de los ahorcados. Es la época de la caballería. Los encantadores y las hadas, esos semidioses de la ciencia, se mezclan en los combates de los Rolando, de los Astolfo y de los Amadis, como Venus, Minerva y Apolo se mezclaban en la antigüedad, en los combates de Aquiles, de Ajax y de Hector.

Por el día, los traviesos encantadores y las endiabladas hadas conservan sus formas humanas; pero cuando la noche cierra se trocaban en serpientes y símbolos de la envidia, merodean por las cercanías de las viviendas iluminadas por las hadas, respondiendo con silbidos á los sonidos de los instrumentos y á los suspiros del amor.

El más popular de todos estos encantadores fué Merlin; la más célebre de estas encantadoras fué Melusina.

Todos conocen su historia. Era hija de un rey de Albania: en la campaña de Morea, dirigida por Guillermo de Champlitte, Raymundo de Foser, primer señor de Lurignan, recibió hospitalidad en casa del padre, y se casó con la hija. De vuelta á Francia, levantó, por arte mágico, porque era hada, el castillo de Lurignan en Paris, y fué la madre

de los Lurignan; de aquí que se le llamase la *mère Lusigne*, y más tarde por corrupción *Merlusine*.

Después de su muerte, se la vió varias veces rondando el castillo que había levantado, unas veces en forma de mujer, otras en la de serpiente y en ocasiones tomando la forma de mujer desde la cabeza á la cintura, y de serpiente el resto del cuerpo. Estas apariciones tenían lugar cuando amenazaba alguna desgracia á la familia, desgracia que el hada anunciaba con sus gemidos, sus gestos lúgubres y sus silbidos estridentes.

Los recuerdos de la antigüedad pagana, los de la Biblia, los de la Edad media han hecho de la serpiente un sér á la vez simbólico y religioso, fantástico y real, inspirando á unos respeto, á los otros terror. Herodoto dice que la mirada del basilisco daba la muerte.

***

Cuando yo era niño, tenía á mi disposición en casa de una amiga de mi madre, llamada la señora Darcourt, viuda de un médi-

co, una edición ilustrada de la Historia Natural de Buffon.

Tenía yo gran afición al león, al tigre, á la pantera y al perro; pero toda mi curiosidad se concentraba en la serpiente, y miraba con la más respetuosa consideración á esas gigantes boas que ahogan á un buey, le oprimen desfigurándole, le cubren de baba y se lo tragan con carne y hueso, empleando seis semanas en digerirlo.

A los siete ú ocho años yo era valiente y podía, como Nelson, preguntar qué era el miedo. Un día leí en el *Journal de l'Empire* que un prisionero había sido devorado en su encierro de Amiens por una serpiente.

***

La serpiente es un fascinador moral y físico.

Levaillant refiere que cazando en una laguna se sentía insensiblemente atraído hacia un punto determinado, sin poder adivinar la causa de esta atracción. Volvió la cabeza hacia donde la misteriosa fuerza le

llevaba, y vió una enorme serpiente que le miraba con la boca abierta y los ojos fijos. El intrépido viajero confiesa que el primer momento fué terrible y que se creyó perdido; pero animado por el instinto de conservación, más que por la voluntad razonada, disparó su escopeta sobre el mónstruo; la serpiente fué herida, hizo un movimiento y cesó el encanto que retenía á Levaillant, quien pudo huir.

Los pájaros son los animales que con mayor intensidad sienten los efectos de la fascinación de la serpiente. El desgraciado volátil que á una distancia de diez, quince y aun veinte metros, es mirado por una serpiente fascinadora, parece haber perdido el uso de sus alas y la facultad de volar; las abre y las cierra, mas no logra sino golpear febrilmente su cuerpo, al propio tiempo que dar gritos ahogados, y cae de rama en rama con agitación semejante á la agonía. Todos sus esfuerzos son inútiles, é irremisiblemente va á caer á la boca de la serpiente que engulle al pájaro sin el más pequeño esfuerzo.

Un naturalista amigo mío, me decía que

había sido testigo de uno de estos hechos desesperados, y que en el momento en que el pájaro iba á caer en la boca del reptil tuvo, mi amigo, el acierto de disparar su escopeta contra la serpiente, cuya cabeza destrozó. El disparo fatal para el reptil no influyó de momento en la suerte del pajarillo, que cayó pesadamente y mortecino al lado de su enemigo decapitado. Mi amigo tomó el pájaro, que no se movió, le echó algunas gotas de agua en el pico y se lo metió en el pecho entre la carne y la camisa. Hasta después de media hora no pareció el animalito recobrar todas sus facultades, y aun entonces, á pesar de que su salvador le ofrecía la libertad teniéndole en la palma de la mano, tardó algunos minutos en lanzarse al aire y en confiarse á las alas que se habían negado á sostenerle.

***

Recuerdo que siendo muy niño, jugando en el jardín de un castillo que habitábamos mis padres y yo, oí gritos lastimeros que

partían de un estanque donde el jardinero tomaba agua para regar las legumbres. Fuí corriendo al encuentro del jardinero, á quien también habían llamado la atención aquellos gritos.

Nos aproximamos al estanque y vimos una rana, que á pesar de los esfuerzos que hacía para trepar por la pared del estanque y arrojarse al agua, caminaba, ó con más exactitud, se escurría hacia un matorral, del que salía la cabeza de una enorme culebra que tenía la boca desmesuradamente dilatada y fijaba en la rana dos ojos chispeantes al mismo tiempo que su lengua, en vez de agitarse de un lado á otro, según costumbre, salía de la boca y volvía á entrar con juego émbolo de bomba. Tan ocupada estaba la culebra en fascinar su presa que no advirtió que nos acercábamos el jardinero y yo. A medida que la rana se acercaba á la culebra, los gritos de la víctima eran más agudos y sus esfuerzos más desesperados. Por fin, cuando estuvo á ocho ó diez centímetros de la boca, pareció como que las fuerzas la abandonaran, y como si ya hubiera perdido toda esperanza, se entregó á

su enemigo, que comenzando por la cabeza, la tragó con increible facilidad.

El jardinero creyó que era la ocasión de intervenir; golpeó el matorral con el pie y la culebra, atacada por detrás en el momento en que menos lo esperaba, salió espantada de su guarida y se vió obligada á su vez á atravesar el camino enarenado que momentos antes había recorrido la rana en sentido inverso.

El jardinero descargó sobre el reptil un golpe de azada y del trozo que quedó con la cabeza salió la rana viva, pero aturdida como el pájaro, y como éste estuvo largo rato en la mano del jardinero, mortecina primero, indecisa después; de pronto pareció recobrar todas sus facultades, saltó al agua y desapareció de nuestra vista.

***

La anécdota no tiene nada de asombrosa, teniendo en cuenta el tiempo increible que emplea la serpiente en digerir la presa que engulle. Mr. Chauvallón, autor de un *Viaje*

á la Martinica refiere, que habiendo abierto una serpiente, de la especie llamada *diente de perro* tres meses después de haber tragado el reptil un pollo, y sin haber tomado después ningún alimento, halló el ave casi intacta, habiendo conservado la forma y todas las plumas.

En cuanto á lo que hemos dicho del grado de dilatación que puede alcanzar el cuello de una serpiente cuando ha de tragar una presa que la iguala y aun supera en grosor, citaremos varios ejemplos, dando como garantía el nombre de los autores de donde los tomamos.

Cleyero, entre otros, refiere que en la India compró á los cazadores del país varias serpientes de veinticinco á treinta pies y que en el cuerpo de uno de estos reptiles encontró un ciervo de tres á cuatro años, con las astas intactas, y en el de otro un cabrón montés también con cuernos; por último, en el cuerpo de un tercero halló un puerco-espín.

Aunque esta clase de serpientes no tiene el veneno de la víbora y de la serpiente de cascabel, no es por eso menos temible. Ge-

neralmente aguardan á su presa con la extremidad de la cola enroscada en un árbol que les sirve de punto de apoyo; en el momento oportuno se lanzan sobre el hombre, el caballo, el buey, el ciervo, etc., le envuelven, y le ahogan y destrozan. Si el animal está dotado de gran fuerza y resiste, el reptil tapa con la boca las narices y la boca de la presa, que muere prontamente por asfixia. Como la carne de esta serpiente tiene gusto excelente, los negros se dedican á cazarla.

Mentzelius refiere que el príncipe Juan Mauricio de Nassau, vió, siendo gobernador del Brasil, una serpiente en cuyo estómago se encontró entero el cuerpo de una mujer embarazada.

Adamson dice también que en su viaje al Senegal en Mayo de 1752, tuvo ocasión de ver una serpiente de pocos meses que sólo medía tres pies de longitud.

Después se le ensañaron otras dos, de las que la más grande tenía de veintidos á veintitres pies; pero los negros que se las enseñaron le aseguraron que algunas serpientes llegaban á tener de cuarenta y cinco á cin-

cuenta pies. La cabeza de estas serpientes es entonces dos veces más grande que la del más enorme cocodrilo. Su cola se replega en espiral; su cabeza se eleva con la parte anterior del cuerpo á una altura de diez ó doce pies, derecha é inmóvil como un árbol al que la brisa imprimiera un débil balanceo. En esta actitud dirige las miradas á su alrededor y deshaciendo las espirales de su cola, tan pronto como ve una presa se lanza sobre ella, la destroza y la traga como las boas.

Adamson quedó admirado cuando quiso dedicarse á la caza de estos mónstruos, de la repugnancia que los naturales del país sentían á acompañarle. Al principio creyó que era el temor el que les aconsejaba que no fueran al encuentro del reptil; pero no tardó en conocer la verdadera causa.

La serpiente gigante no es muy peligrosa á causa de su gran tamaño, que delata fácilmente su presencia. Pocas veces ataca al hombre, y la caza de los animales grandes como el caballo, el buey, el ciervo y otros cuadrúpedos ágiles, no parece entusiasmarle, no sabré decir si por lo mucho que le fati-

ga ó por que no le satisface completamente su carne. En cambio, la serpiente gigante es muy aficionada á alimentarse de otras serpientes más pequeñas, de lagartos, de sapos, saltamontes, en una palabra, de toda clase de ofidios, batracios é insectos que infestarían el país sino fuera por el inmenso consumo que de ellos hace la serpiente.

Cuando Adamson conoció estas particularidades, comprendió que los indígenas lejos de considerar la serpiente como un animal peligroso, casi le adoraban como una divinidad bienhechora.

Cleyero, á quien ya hemos citado, explica el procedimiento de que la serpiente se vale para tragar una gran presa, que es muchas veces doble y aun triple de gruesa que el reptíl.

Cuando la serpiente ha ahogado á un ciervo ú otro animal de corpulencia semejante, le oprime entre sus anillos hasta hacer que las astas queden cubiertas por la carne y la presa se convierte en una masa informe y alargada.

Entonces la deja en el suelo y la lame largo rato extendiendo sobre toda la masa una

mucosidad que favorece grandemente la deglución. Muchas veces emplea la serpiente varias semanas en tragar su presa, de la que una parte queda fuera de las fauces, mientras la otra se introduce lentamente en el cuerpo del reptil. Durante todo el tiempo que la serpiente emplea en engullir está indefenso y se puede impunemente atacarle y darle muerte.

La lentitud con que traga y digiere explica por qué la serpiente puede estar hasta cinco y seis meses sin necesidad de salir en busca de nuevas presas; esto explica también cómo los negros, y en general los indígenas de los países donde abundan las serpientes reconocen por el olfato la presencia de un reptil.

En efecto, la serpiente esparce un olor tenue peculiar que repugna. Valmont-Bomare atribuye este olor nauseabundo á esta digestión laboriosa á la que precede la descomposición y corrupción lenta de la presa.

En el Jardín de plantas había una jaula con dos serpientes boas, una tenía tres metros de longitud y al otra metro y medio ó poco más. Cada tres meses se les daba de co-

mer, un pollo, ó un conejo que los reptiles digieren en otros tres meses.

Un día, se olvidó el encargado de las serpientes de darle la comida trimestral.

Al día siguiente llegó para remediar su olvido con dos conejos y quedó asombrado al encontrarse con una sola serpiente.

Ocurriósele entonces que la serpiente más grande se había tragado á la compañera; levantó la cabeza de la que quedaba y en efecto vió que de su boca salía la cola de la otra.

El encargado llamó á un compañero, y uno asió de la cabeza de la serpiente grande y el otro de la cola de la pequeña y comenzaron á tirar con fuerza en dirección opuesta. La serpiente pequeña salió de la grande como sale una espada de su vaina.

Le dejaron dos conejos en la caja. La serpiente grande se arrojó rápidamente sobre uno de ellos y lo engulló.

La serpiente pequeña estuvo algún tiempo como aturdida; pero poco á poco se repuso y con la vida le volvió el apetito que satisfizo con el otro conejo.

Otro serpiente de la especie de los boas,

que también se exhibe en el Jardín de plantas, viendo que se olvidaban de echarle comida, enrolló la manta que le servía para calentarse, y después de llenarla de baba la tragó como si hubiera sido un conejo ó un pollo. La digestión fué mucho más laboriosa y acabó por devolverla como la había tragado.

Hoy puede verse la manta en la misma jaula de la serpiente, donde se conserva como curiosidad tal como salió del cuerpo del reptil: tiene la apariencia de un monstruoso cigarro.

***

Hemos hablado de las serpientes que las damas romanas llevaban al cuello. Pertenecían á la especie que Linneo ha llamado *coluber comicella*. Y Seba *anguis bicolor elegantísimus*. Esta especie abunda en Malabán. Los indios guardan estos reptiles en toneles donde son alimentados con leche. Llevados á la casa del comprador, se colocan en tonelitos *ad hoc*. Al cabo de algún tiempo la serpiente reconoce á su amo por la voz, y no

tiene más que meter el brazo en el tonel para que la serpiente se enrosque en él desde donde pasan al cuello colocándose á modo de collar. Tiene este reptil gran semejanza con la serpiente doméstica de Linneo, que vive amigablemente con el perro y el gato y acaba por formar parte de la familia.

La serpiente, excepción hecha de una especie de que después hablaremos, que es naturalmente melomana, es suceptible de cierta educación. Valmont-Bomare consigna en su Diccionario rezonado de Historia Natural, la anécdota de una culebra amaestrada que estaba tan encariñada con su ama que trepaba por sus piernas y quedaba largo rato quieta debajo de sus vestidos y que otras veces trepaba hasta el cuello donde se enroscaba. Obediente á la voz de su dueña el reptil se aproximaba ó se alejaba siempre que se lo ordenaba, la reconocía entre otras mujeres, reconocía sus voces, sus risas y hasta cuando tosía ó estornudaba.

El autor añade:

«Hemos visto á esta misma culebra seguir por el agua la barca en que iba su ama; era

en el Sena cerca de Rouen; la llamaba con voz cariñosa por el nombre que le había dado En invierno esta culebra se aproximaba á la chimenea en busca de calor.

***

En las cercanías de Carcasona se conserva una leyenda referente á una culebra. Un joven llamado Mathurin iba todas las mañanas á vender leche de la aldea de Saint-Jean á Carcasona. Llevaba la mercancía en un jarro; un día al pasar por un punto lleno de guijos y matorrales se le fué un pie, y el jarro cayó rompiéndose.

La leche formó un diminuto lago. El lechero regresó á Saint-Jean, y para servir á sus parroquianos llenó otro jarro de leche y marchó nuevamente hacia Carcasona.

Al llegar al sitio donde se le había roto el jarro vió una gran culebra que, aprovechándose de la desgracia del lechero, bebía con deleite la leche vertida. Al sentir los pasos del lechero, la culebra anunció con penetrantes silbidos que estaba dispuesta á de-

fender aquel líquido sabroso que ya consideraba como si hubiera sido servido para ella.

El lechero, que tenía prisa por llegar á Carcasona aceleró el paso, y dejó á la culebra que terminara con toda tranquilidad su almuerzo.

Al volver llevóle la curiosidad al sitio donde estaba la culebra. El reptil estaba sobre una roca, ahita de leche y amodorrada.

El lechero tenía buen corazón, y en lugar de aprovecharse de aquel estado de embriaguez de la culebra para darle muerte, se alejó, no queriendo turbar su digestión.

Al día siguiente, al pasar por el mismo sitio, pensó el lechero cuán desagradable debía ser para la culebra ayunar aquel día, después del atracón del día anterior. Vertió un poco de leche y se fué. Mas apenas había dado algunos pasos volvió la cabeza y vió á la culebra que salía con gran ligereza de un matorral y se precipitaba con avidez sobre la leche.

Esta vez la cantidad de leche no debió de bastar para amodorrar al reptil, porque cuan-

do Mathurin volvió, la culebra había desaparecido.

Al día siguiente, buscó á la culebra, y vió una cabeza extraordinariamente movible que dirigía hacia él su lengua hendida desde un matorral, en el que estaba oculto el resto del cuerpo; la llamó por el primer nombre que se le ocurrió, este nombre fué *Mathurina*, es decir, el femenino del suyo. La culebra hizo un movimiento como si hubiese entendido; vertió el joven leche en el suelo y llamó nuevamente á la culebra. El reptil avanzó un poco, mas pareció vacilar.

Para no asustarla, se alejó el joven, y la culebra salió rápidamente para beberse la leche.

Desde entonces todos los días se repitió la misma escena, hasta que la culebra acabó por reconocer no sólo la voz del lechero sino hasta el ruido de sus pasos, y salía á su encuentro cuando comprendía que llegaba.

Esta familiaridad entre el hombre y el reptil duró un año, durante el cual Mathurin daba todos los días un vaso de leche á Mathurina, y durante el cual todos los días

Mathurina acudía pronta al llamamiento de su amigo, y después de beber la leche se erguía para lamer la mano protectora con su lengua afilada y hendida.

Pasado el año, el joven se vió obligado á servir á la patria.

La despedida fué enternecedora: la culebra, cuya longitud excedía de metro y medio, parecía comprender que aquella entrevista precedía á una larga separación, y colmó á su amigo de caricias. Se enroscó á las piernas de Mathurin, á su cintura, á sus brazos, le acompañó largo rato, y no le dejó, sino cuando oyó espantada el ruído de un carruaje que se aproximaba.

Mathurin estuvo siete años ausente, desde 1793 á 1800, de Quievrain á Marengo; la paz de Luneville le volvió á su hogar con el grado de sargento.

La primera visita de Mathurin fué para su madre, sus hermanas, sus parientes y sus amigos; luego se acordó de la culebra.

—Quiero ver,—pensó,—si Mathurina me reconoce.

Y vistiendo de nuevo su traje de aldeano, fué á las rocas testigas durante un año de

sus entrevistas con la culebra, y la llamó con todas las fuerzas de sus pulmones:

—¡Mathurina! ¡Mathurina!

Inmediatamente oyó ruído de hojas, y se le apareció una serpiente de tres metros de longitud, con la boca desmesuradamente abierta, los ojos resplandecientes, que movía los anillos de su cuerpo con fantástica velocidad. Tan violentamente se arrojó la serpiente sobre Mathurin, que quedó enroscada á su cuello. El joven atemorizado trató de desasirse, pero inútilmente. Pidió socorro, batió el aire con ambas manos, desesperado, y falto de aliento cayó al suelo envuelto por la serpiente, que ciñéndole amorosa le extranguló.

***

Ya he dicho que siento gran afición á las historias de las serpientes. Frecuentemente instigaba á Gordón Cumming para que me refiriera alguna anécdota. Un día me dijo que un hotentote Klinboy trataba de matar á palos á una serpiente, y el reptil le escupió en un ojo una gota de su baba.

Sintiendo la impresión de una viva quemadura, se acercó á una fuente y se lavó el ojo que se había puesto muy rojo. El resto del día estuvo atormentado por agudos dolores; pero al día siguiente, la irritación y el dolor habían desaparecido.

Otra vez tomó su almohada y las pieles donde acostumbraba á dormir, y las extendió cerca de una fuente donde acababan de beber *Klensboks y Wild-beact*. Durante toda la noche, que pasó durmiendo, le pareció oir debajo su cabeza un ruído singular. No dió gran importancia al ruído, y cuando se levantó, se fué de la fuente dejando á sus criados el encargo de recoger las pieles que le habían servido de cama.

Los criados volvieron llevando, además de la almohada y de las pieles, una enorme serpiente que habían encontrado debajo de la cama.

Gordón Cumming la examinó y reconoció que era un admirable ejemplar de la especie negra del *puffadde*, es decir, una de las serpientes más venenosas de África; tan venenosa que ningún hombre que ha sido

mordido por uno de estos reptiles ha sobrevivido más de una hora.

***

Sería hacer una injusticia á la serpiente coral no citarla como uno de los reptiles más vistosos, á la vez que más temibles.

Esta serpiente tiene en el *guaco* un enemigo muy peligroso, porque el guaco conoce el antídoto de la mordedura.

Oigamos ahora qué es el guaco, y cuál es el antídoto.

El guaco es un ave de la familia de los milanos; tiene la cola hendida como la golondrina, y las serpientes es su alimento favorito.

El nombre de *guaco* le viene porque pronuncia esta palabra con tanta claridad como puede hacerlo un hombre.

Está generalmente en la copa de los árboles; pero como tiene excelente vista, desde su elevado observatorio lo ve todo, y en cuanto distingue una serpiente cae sobre ella y hace presa con una garra cerca del

cuello del reptil, y con la otra por el centro del cuerpo; la eleva rápidamente y la deja caer desde gran altura. Antes que la serpiente se haya repuesto del efecto del golpe cae de nuevo sobre ella y la eleva por vez segunda para volver á arrojarla, y así sucesivamente hasta que muere el reptil.

Si la serpiente logra morder al ave, ésta grita dando otras señales de vivo dolor, y vuela rápidamente hacia un árbol, á cuyo tronco se enlaza una planta trepadora de la que come vorazmente algunas hojas. Le basta con comer ocho ó diez para encontrarse en condiciones de volver al combate, que suele acabar con la muerte de la serpiente, á menos que no tenga el guaco cerca las hojas salvadoras. Pero es muy raro que el guaco ataque á una serpiente sino cree disponer del infalible antídoto.

Los indios, como el guaco conocen las virtudes de la planta contra-veneno, y la emplean en inyecciones como profiláctico. El individuo que ha sido inoculado, puede exponerse sin temor á la muerte á las picaduras de la serpiente de cascabel, y aun á la

de la víbora manchada, que está considerada como una de la más peligrosa de todas las de América.

En este momento tengo el honor de tener á mi derecha al señor Errán, el médico inspector general del ejército de Colombia, quien por exigencias de su cargo, ha recorrido todos los centros científicos de América. Hace veinte años que M. Errán ha dejado la medicina, y trece que en recompensa de los servicios prestados á los gobiernos de Honduras y de San Salvador, ha sido nombrado ministro plenipotenciario cerca de Napoleón III. Pero al abandonar la medicina ha querido dotar á la humanidad con la relación de los descubrimientos que ha hecho en sus viajes. Sólo nos ocuparemos de lo que tenga relación con los reptiles venenosos de América.

Reconoce que la planta de que hemos hablado al tratar del guaco, tiene las propiedades ya dichas; pero esta planta no es un verdadero antídoto más que contra las picaduras de ciertas serpientes del llano. Es decir, que tiene energía para curar la picadura de una serpiente coral de las llanuras, y es

impotente contra el veneno de la coral de las montañas.

Hay tres clases de serpientes conocidas por el señor Errán, de cuyas mordeduras no acierta á salvar el guaco.

1.° La coral de las montañas.

2. La tobava.

3.° La equis.

Esta última serpiente, color tabaco, está cubierta de X negras que dan á su piel linda apariencia. Es una de las serpientes más venenosas.

La mordedura de serpiente equis, tiene una particularidad: cuando este reptil alcanza un desarrollo de dos metros y medio á tres, la meta de su crecimiento, su fuerza es tal que derriba á un hombre al golpearle en el rostro. Un cuarto de hora basta para que el mordido muera envenenado.

Muchos indígenas domestican serpientes boas que quedan guardando la cabaña mientras el amo va á trabajar á la montaña. El boa hace el oficio de perro. Muchas veces al ir á entrar en una de estas cabañas, el señor Errán ha oído un silbido que era el *¿quién vive?* de este extraño centinela.

Por la noche cuando el viajero es hospitalariamente invitado á cenar con los dueños de la cabaña ve con natural sorpresa la cabeza del reptil que se eleva a la altura de la mesa para pedir su ración.

Las boas abundan en los arrozales, y como los indios comen su carne, cuando se va á segar un campo de arroz, se abre una espepecie de sendero en medio del campo, por donde huyen las serpientes á medida que sienten que se aproximan los segadores.

En el extremo opuesto al sitio donde están trabajando los segadores, se colocan dos negros armados de bambús hendidos por la mitad con los que forman un excelente lazo para coger las serpientes.

Cuando se talan bosques en las cercanías de Chingui se hacen grandes cacerías de boas, reptiles que si bien huyen del hombre que las persigue se revuelven y le atacan cuando se consideran perdidas.

Don Lorenzo Gallego, abuelo del señor Errán, que dirigía una de estas talas fué testigo de lo que vamos á referir.

Una docena de reptiles habían sido acorralados por varios hombres que formaban

un círculo que cada vez se estrechaba más. De pronto se vió alzar la cabeza de una enorme tobona que salía de un espeso matorral. El reptil arrojó á su alrededor una mirada espantosa y pareció marcar al hombre que debía ser su víctima. Un segundo después el elegido vió balancearse la cabeza á un metro de él.

Armado de un machete se batió en retirada paso á paso tratando sin conseguirlo, cortar la cabeza de su enemigo cada vez que este le acometía. Había dado unos veinticinco pasos cuando tropezó con el tronco de un árbol, que le hizo perder el equilibrio y caer. No bien había caido cuando ya la serpiente le tenía cogido por el cuello. Diez minutos después moría el hombre sin que ninguno de sus compañeros le hubieran podido auxiliar ni durante el combate ni después de herido.

***

Benedicto Revoil, de quien hablaré después al ocuparme de las serpientes de mar,

me refería que estando en Nueva York, el año 1843, se hizo amigo de un exhibidor de serpientes. Las serpientes que llevaba eran crótalos y las encerraba en una caja oblonga provista de un cristal por el cual se veían los reptiles. La caja estaba recubierta de una plancha puesta en forma que cubría el cristal cuando el exhibidor quería.

Este hombre se instalaba generalmente en la entrada de Barclay *street* en las gradas de la iglesia de San Pedro, á donde llevaba á la concurrencia imitando los silbidos de las serpientes.

Cuando el número de espectadores era bastante crecido, introducía una varilla en la caja por un agujero é inquietaba á las serpientes que furiosas se movían y silbaban entrelazándose. El espectáculo era poco agradable, más no por eso le faltaba público al exhibidor que hacía un excelente negocio.

Un día el hombre de las serpientes echó del corro con maneras no muy cariñosas á un granujilla cuyo aspecto no denunciaba á un espectador de los que pagan bien. El muchacho se alejó algunos pasos y queriendo vengar el desaire cogió un canto no liviano

y lo tiró con fuerza sobre la caja que el exhibidor tenía en la mano. Cayó la caja al suelo, rompióse el cristal y salieron las serpientes ansiosas de libertad y enardecidas por el golpe que acababan de recibir en la caida.

Todos huyeron, y el primero el exhibidor.

Las serpientes se dieron prisa á ponerse á salvo metiéndose por los primeros agujeros que encontraron: unas entraron por las bocas de las alcantarillas, otras por los tragaluces de las cuevas.

No hay para qué decir la zozobra en que durante varias semanas vivieron todos los vecinos de Barclay *street*, muchos de los cuales aun no se han curado bien del susto.

***

La naturaleza ha querido que la serpiente de cascabel, que es una de las más peligrosas para el hombre, sea también la más fácil de matar: basta golpearla débilmente con una vara para quebrarle la columna vertebral, rotura que la produce instantáneamente la

muerte. Las señales de muerte que suelen ser aparentes en las otras serpientes no engañan nunca cuando se trata de la serpiente de cascabel. Cuando sus anillos dejan de hacer ruido es señal de que el reptil ha dejado de vivir. Pero aun después de muerta la serpiente es terrible su veneno, y en Nueva Orleans existe á título de leyenda, la historia de un par de botas que vendrá en apoyo de lo que hemos dicho. Esta historia es curiosa y vamos á referirla aun á riesgo de contar á nuestros lectores una cosa que ya conocen.

Uno de los propietarios más ricos y de los cazadores más afamados de Nueva Orleans había hecho que le construyeran, para cazar en las lagunas, un par de botas que le cubrían hasta el muslo. El par de botas causaban la admiración de todos sus amigos, y particularmente de sus tres hijos, cazadores como él.

El cuero era suficientemente áspero para poner las piernas de quien se calzara las botas, no sólo al abrigo de la humedad, sino también, así lo creían, al abrigo de las mordeduras de las serpientes.

El propietario sufrió un doloroso desen-

gaño. Un día que con la seguridad que las botas le daban, cazaba en un puesto donde la hierba era muy crecida, puso el pie sobre la cabeza de una serpiente que furiosa de dolor le mordió en el talón del pie izquierdo.

El cazador aplastó con los pies la cabeza de la serpiente; desgraciadamente fué aquella una venganza inútil: la serpiente murió, pero el cazador estaba mordido.

Regresó á su casa, y como no pudo ser auxiliado rápidamente, murió al anochecer sumido en un amodorramiento al que habían precedido agudos dolores.

Los tres hijos se partieron el dinero y las tierras; el primogénito reclamó la propiedad de las botas que también los otros hermanos querían.

Celebrados los funerales y ya restablecido el orden en la casa, el hermano mayor quedó convertido en el jefe de la familia y propietario de las botas que se apresuró á utilizar. Se las calzó orgulloso y se fué á cazar. Caminó mucho y regresó con una insignificante rozadura en el talón.

Aquella rozadura tuvo terribles conse-

cuencias: se le hinchó el talón, luego la pierna, más tarde todo el cuerpo. Tres días después, moría el desventurado joven.

Se hicieron nuevas particiones. Los dos hermanos dividieron en partes iguales los muebles y los inmuebles dejados por el difunto.

También esta vez reclamó las botas el mayor.

A los primeros pasos que con ellas dió, sintió en el talón del pie izquierdo un cosquilleo que degeneró bien pronto en ligero dolor; pero como el dolor era soportable, el cazador no hizo caso, y por la noche regresó á su casa cojeando.

Se quitó la bota y la sacudió con fuerza para hacer caer el cuerpo extraño que le había atormentado: no cayó nada. El cazador se acostó sintiendo en la pierna raro hormigueo. Ocho días después moría también. El tercer hijo se encontró propietario único de la fortuna de sus dos hermanos y del par de botas que tanto había deseado.

Pero la triple catástrofe le hizo reflexionar. Las heridas que habían ocasionado la muerte á sus hermanos, debían de haber sido producidas por un cuerpo extraño.

Buscando la causa del mal, introdujo el joven la mano en la bota y buscó con cuidado, hasta que en la región posterior de la bota halló un objeto agudo muy semejante á una tachuela de zapatero.

Nuestros lectores habrán adivinado que no era una tachuela: era un diente de la serpiente que causó la muerte al padre y que aun después de estar arrancada de la mandíbula del reptil, había tenido ponzoña bastante para causar la muerte de los dos hijos mayores.

El nuevo propietario de las botas, machacó el diente, y pudo sin temor alguno cazar con aquel calzado que tan funesto había sido para su familia.

***

Tengo un amigo alemán que es á la vez hombre de gran ingenio, naturalista y viajero; se llama Muller como todos los alemanes; ha estado en Castoum, y ha seguido el rio Blanco hasta el sexto y casi hasta el quinto grado de latitud. Ha estado en Méjico y

ha cazado en la Sonora y en las montañas Rocosas.

Una noche en las tierras calientes, cerca de Veracruz, se había dormido en su tienda bien envuelto; despertó al romper el día, y oyó el ruído que hacía al pasar á una altura de cinco ó seis pies, un ciervo-volador (1) de gran tamaño.

Con la esperanza de que perteneciese á una especie nueva, salió rápidamente de la tienda, sin otras prendas que la camisa, el pantalón y las botas, persiguiendo al insecto para darle caza con el sombrero.

De pronto, recibió un golpe semejante á un latigazo, y sintió á sus pies extraño ruido producido por una serpiente de cascabel, que no tardó en enroscarse á las piernas del naturalista.

El alemán había puesto impensadamente al correr un pie sobre la cabeza de la serpiente.

—Juzgue usted,—me decía,—cuál sería mi azoramiento.

—¿Por qué no le aplastó usted la cabeza? —le respondí.

---

(1) Insecto de la familia de los coleópteros.—(N. del T.)

—Tenía empeño en coger vivo á aquel reptil para hacer algunos experimentos.

Y en efecto, bajó cuidadosamente la mano y cogió á la serpiente por el cuello.

A propósito de la rapidez de movimientos, que ha valido á la serpiente de cascabel el expresivo nombre de *caoalt*, es decir el *viento*, el famoso naturalista americano Audubon, refiere una escena de que él fué testigo, y de la que fueron protagonistas una serpiente y una ardilla gris.

Quisiera disponer de espacio y de tiempo para deciros quién es Audubon, y llevaros tras él á las praderas y á las lagunas americanas. De seguro no conocéis un narrador que sea á la vez más vivo, más pintoresco y sobre todo más sabio.

Estaba nuestro naturalista, ocupado en observar el movimiento de un pájaro de especie para él desconocida, cuando distrajo su atención un ligero ruído. Inmediatamente salió de un matorral una ardilla grís, que corría velozmente con visibles señales de gran espanto.

Detrás de la ardilla salió una serpiente de cascabel de mediana talla. La ardilla lleva-

ba seis ú ocho pasos de delantera á la serpiente; pero esta distancia disminuyó rápidamente. El reptíl se arrastraba con tanta rapidez que Audubon le vió pasar por su lado con la velocidad de un relámpago. Comprendiendo la ardilla que si seguía corriendo por el suelo estaba irremisiblemente perdida, trepó por un árbol cuya cima ganó en pocos segnudos. El reptíl le persiguió con menos rapidez que por el suelo, pero sin perder visiblemente nada del terreno ganado. Varias veces desapareció la ardilla de la vista del naturalista, mas este descubría prontamente al perseguido con solo seguir los movimientos de la serpiente. La ardilla pasaba de rama á rama siempre perseguida por la serpiente que se suspendía por la cola é imprimia á su cuerpo un vigoroso movimiento merced al cual, iba de un lado á otro. La ardilla encontró un hueco en su camino y se metió en él, pero comprendió que estaba perdida si continuaba allí y salió rápidamente. En esta falsa maniobra había perdido un tiempo precioso: al salir se encontró tan cerca de su enemigo que el espanto la paralizaba y juzgando que para

reganar lo perdido no tenía más recurso que tirarse al suelo, extendió horizontalmente las patas y la cola, y saltó. Pero la serpiente se arrojó detrás tan ligera que la ardilla no tuvo tiempo para subir á otro árbol y la serpiente la asió por la cabeza.

Entonces el reptíl envolvió tan por completo al cuadrúpedo, que éste desapareció por completo á los ojos del espectador del combate.

Los gritos de la víctima eran cada vez más débiles.

Audubon se aproximó al reptíl, que preocupado con su presa no parecía apercibirse.

La serpiente se desenroscó al cabo de dos ó tres minutos, y como su presa estaba muerta, empezó por inspeccionarla con atención, levantando la parte anterior de su cuerpo y mirándola con ojos penetrantes. Después alisó el pelo y sin preocuparse de las dificultades que la posición ofrecía, comenzó á engullir á la ardilla, empezando por la cola. Las patas traseras entraron con dificultad, pero vencido el primer obstáculo, la ardilla desapareció rápidamente en las fauces del reptíl.

Terminada esta operación, la serpiente quedó inmóvil.

Audubon cortó una gruesa vara con la que tocó á la serpiente para ver si se movía; pero el reptil no parecía capaz de hacer más movimientos que levantar la cabeza y la cola; el resto del cuerpo parecía paralizado y clavado en el suelo. Solo de rato en rato se advertía en el cuerpo del reptil un extremecimiento semejante á la convulsión de un enfermo ó á los esfuerzos que hace un perro para vomitar.

El naturalista dió fin al drama descargando sobre la serpiente un palo que le rompió la columna vertebral.

***

No son estas las únicas observaciones que el célebre naturalista ha hecho sobre las serpientes de cascabel. Ha observado que estos reptiles tienen una vista prodigiosa. Cuando Audubon se daba cuenta de la presencia de una serpiente, bien por el ruído de las hojas ó por el de los anillos de la cola del

reptil, el naturalista levantaba la cabeza y era lo más general que distinguiera, á inmensa altura, algún cuervo ó un halcón enemigo implacable de la serpiente; el reptil daba señales del más vivo terror y buscaba un matorral ó una piedra donde esconderse. Cuando el ave desaparecía, el miedo cesaba.

En el mes en que los pájaros covan, el único trabajo de la serpiente, es el de descubrir los nidos. Si encuentra uno, espera que los pájaros vayan en busca de alimento y sube al árbol para comerse las crias. Muchas veces ha sucedido que al volver los padres al nido, han sorprendido á la serpiente, á la que han atacado resueltamente, al propio tiempo que con sus gritos daban aviso á otros pajaros que acudiendo veloces caían sobre el reptil, que ha pagado con la vida su glotonería.

Puesto que tenemos en mucho los informes de Audubon, digamos algo de lo mucho que le hemos oído.

Según él, la mayoría de las serpientes nadan muy bien, y pueden no sólo permanecer largo tiempo debajo del agua, sino que persiguen y cazan á los peces y á las

ranas. Refiere que una vez que pescaba en el río Schuilkil, á poca distancia de Filadelfia, vió una serpiente que salía del agua y se paseaba sobre una roca. Advirtió el viajero cierto movimiento extraño en el cuerpo del reptil, y deseando conocer la causa, dió muerte á la serpiente, la abrió y halló un pez que aun vivía.

Audubon hizo cocer el pez, y lo comió sin repugnancia.

El naturalista americano, cita ejemplos muy curiosos del amodorramiento de la serpiente de cascabel durante el invierno, y de la facultad que este animal tiene de permanecer un tiempo indefinido sin tomar ningún alimento. Cazaba con M. Agustín Bourgeat, uno de sus amigos, y su hijo menor en un lago, donde abundaban mucho los patos. Terminada la cacería, se decidió preparar para comer algunos de los volátiles que habían sido cogidos.

El cazador más joven, es decir, el hijo de Audubon, se encargó de recoger la leña. Al ir á coger un montón de ramas cortadas, descubrió una gran serpiente adormecida que parecía dura como un palo. El joven que

no había visto hasta entonces serpientes de cascabel, llamó á los cazadores para que vieran al reptil. Audubon, que estaba familiarizado con aquellos animales, ordenó que se cogiera la serpiente y se la pusiera donde los patos estaban.

Se encendió el fuego, y momentos después se vió á la serpiente salir de su encierro despierta y amenazadora. El fuego la había reavivado. Audubon se acercó al reptil, y éste se enroscó apercibiéndose á la defensa; pero como el frío era muy intenso, no tardó en quedarse nuevamente como petrificado.

Terminada la comida, pudo el hijo de Audubon, apoderarse de la serpiente sin ningún temor, y trasladarla á una casa donde sometiéndola á distintas temperaturas, se la hizo revivir varias veces para dejarla caer después en profundo letargo.

El resultado de estas experiencias, fué que el reptil pudo ser metido sin el menor riesgo, en un tonel de espíritu de vino, para ser llevado al museo de Nueva York.

***

Un naturalista americano, M. Watestón, en sus «Paseos á través de la América del Sud y los Estados Unidos,» refiere una lucha con un *conlacanasa*.

Traducimos literalmente un relato.

«Deseaba ardientemente ver una de las serpientes llamadas *conlacanasa*, especie en las que hay algunas de diez y ocho á veinte pies de longitud.

Un día vinieron á avisarme que se había descubierto una en una caverna.

Me dirigí al sitio que se me indicaba, acompañado de mis dos negros, de los cuales uno iba provisto de una lanza y el otro de un gran cuchillo.

Los dos estaban muy asustados.

El cuerpo del monstruo estaba formado por numerosos anillos; la cabeza que salía de debajo del segundo pliegue reposaba sobre el suelo en una posición muy favorable á mis proyectos.

Me aproximé con mucho cuidado con los

dos negros, que estaban cada vez más asustados. Tomé una lanza y herí con ella á la serpiente en la parte posterior de la cabeza. Ordené á uno de los negros que apretara la lanza contra el suelo en forma que la serpiente quedara clavada.

Entonces penetré en la caverna y me arrojé sobre la cola de la serpiente.

En el momento en que la serpiente se sintió herida dejó oir un espantoso silbido que causó tal terror á mi perro que huyó aullando para no reaparecer.

No me preocupé del perro, pues estaba ocupado en sostener una lucha terrible en el interior de la caverna, donde, como ya he dicho, trataba de sujetar la cola del monstruo. Viendo que mi peso y mis fuerzas no bastaban para sujetar la cola, ordené al otro negro que se echase á mi lado.

Este peso adicional me favoreció grandemente. La serpiente acabó por convencerse de que luchaba contra fuerzas superiores á las suyas y cedió.

Aproveché los momentos y mientras el primer negro seguía sosteniendo la lanza y el segundo estaba echado sobre la cola yo

salí de la caverna y sujeté con una cuerda las quijadas del reptil.

La serpiente al verse tan molestada volvió á forcejear, pero también esta vez quedó vencida.

Yo procuré hacerla rodar alrededor de la lanza, siempre fija en el suelo y de este modo logré sacarla de la caverna.

Cuando la tuvimos fuera la levantamos sosteniéndola yo por la cabeza, uno de los negros por el cuerpo y el tercero por la cola.

Nos dirigimos lentamente á mi cabaña á la que llegamos después de habernos detenido más de diez veces para descansar, porque la serpiente era demasiado pesada para que pudiéramos llevarla sin hacer ningún alto.

Tenía catorce pies y su diámetro era el de una boa de veinticinco.

El día estaba muy avanzado para que yo pudiera entretenerme en disecar al reptil inmediatamente, por lo que ideamos meterle en un saco que sujetamos fuertemente por la boca.

No puedo, en verdad, decir que pasé la

noche tranquilamente; mi hamaca estaba muy cerca de la conlacanasa que en toda la noche no dejó de agitarse y de silbar.

Al amanecer del día siguiente, ordené á varios negros que fueran al vecino bosque á cortar palos; tal vez fuera una precaución inútil, pero yo tenía miedo de que la serpiente se me escapara al abrir el saco.

No se confirmaron mis temores: en el momento en que sacaba el cuello, la corté la cabeza. Sangró tanto como hubiera sangrado un buey degollado.

Pocos días después me puse en persecución de una conlacanasa que yo había visto internarse en el bosque.

Como era pequeña, comprendí que no tendría fuerzas bastantes para romperme el brazo en el caso de que se enroscara en él.

No tenía momento que perder si no quería que desapareciera entre los matorrales.

Puse una rodilla en tierra y cogí la cola de la serpiente con mi mano izquierda al propio tiempo que con la derecha le presentaba el sombrero á guisa de escudo.

La serpiente se enroscó inmediatamente

como para pedirme explicaciones por la libertad que me tomaba con ella.

Dejé que aproximase su cabeza hasta que estuvo á unos dos pies de distancia de mi rostro y entonces la descargué un formidable golpe.

La serpiente quedó aturdida por la violencia del golpe y sin darla tiempo para que se repusiera, la cogí por el cuello de forma que no pudiera morderme.

Cuando la tuve así, la dejé que se me enrollara al cuerpo tan á gusto como quiso y entré triunfalmente en mi habitación con mi presa.

La serpiente apretaba tanto como podía, pero sus fuerzas no eran tantas que me hiciera correr peligro alguno.

***

Lo que decía Watestón de los silbidos de la serpiente por él cogida no extrañará á aquellos de mis lectores que habitaban en el Bulevar de los Italianos en la época en que se quemó el bazar, pues no dejarían de oir

los silbidos de las dos boas que se abrasaron vivas.

Yo que fuí al bulevar como otros muchos curiosos, declaro que no había oído jamás una música más espantosa, ni aun teniendo presente el *Te Deum* Kalmouk que el príncipe Tumaine nos hizo oir en su pagoda.

***

Mis lectores tendrían motivos para extrañarse sino dedicara algunas palabras á la gran serpiente más popularizada por *El Constitucional,* quien de cuando en cuando, anuncia á sus suscriptores la reaparición.

Aunque después de lo que el periódico semioficial ha dicho ya de este monstruo, es un tanto ridículo hablar de él y sostener su existencia. Los naturalistas no le incluyen resueltamente en el grupo de los hidros, de los dragones y de los basiliscos. Algunos pretenden que este animal y el kraken es uno solo; otros afirman que el kraken es un gigantesco pólipo que habita los mares

del norte, y que tiene cerca de media legua de longitud.

Los pescadores noruegos creen firmemente en la existencia del kraken.

Cuentan, y en Finlandia he oído referir la misma historia, que durante los hermosos días de los calores del estío, cuando se internan algunas millas en el mar, en lugar de la profundidad ordinaria, que es de 8000 brazas, no encuentran más que veinte, treinta ó cuarenta.

Opinan los pescadores que en aquel punto hay varios krakens.

Añaden que, en este caso, la pesca es muy abundante; pero han de tener constantemente la sonda en la mano para ver si la profundidad disminuye. Si ocurre esto, es señal de que el monstruo sube á la superficie, y como en su cuerpo cabe perfectamente un navío, los pescadores se retiran rápidamente.

Cuvier ha reconocido el kraken y le ha bautizado con el nombre de *cefalópodo*, es decir, que tiene los pies sobre la cabeza. Este naturalista considera el cefalópodo como animal muy distinto de la serpiente de mar.

Probablemente á un krake se refiere Plinio en su descripción del pez montaña, al que se dió muerte en las costas de España, y que pesaba más de siete mil libras. Sus brazos eran tan gruesos que un hombre no podía abarcar su circunferencia con ambos brazos.

Como el kraken, considerado como cefalópodo, no tiene ninguna analogía con la serpiente de mar, hacemos punto, aconsejando á aquellos de nuestros lectores que deseen más detalles sobre este monstruo, que lean «Las cazas y pescas en América del Norte», libro escrito por nuestro amigo Benedicto Revoil.

Nosotros pasaremos á hablar de la serpiente de mar, tomando también el relato de este libro para no meternos en terreno de *El Constitucional,* que parece tenerlo exclusivo para tratar este asunto.

Conste que es Benedicto Revoil quien habla.

***

«Siempre recordaré que en 1846, encontrándome en Newport durante el mes de

Agosto, es decir, en la época de los baños de mar, oí hablar en la mesa redonda del hotel que un ballenero que había llegado al anochecer á la ciudad aseguraba haber visto en aguas de la isla Nantukez, una enorme serpiente de mar que se había sumergido rápidamente para reaparecer unos quinientos metros más lejos, visible por todas partes y presentando las espantosas proporciones de un monstruo inconmensurable.

El miedo había impedido á los marineros perseguir á la serpiente; pero con el telescopio se la persiguió todo el tiempo que fué posible hasta que desapareció en la dirección del cabo Cod.

Al día siguiente el periódico de Newport reproducía el relato en todos sus detalles, y anunciaba que se había hecho á la mar un navío para perseguir á tal serpiente.

Como amigo de lo maravilloso, fuí en seguida á la redacción del periódico, donde encontré al autor del artículo haciendo sus preparativos para la marcha. Iba á la pesca ó á la caza, como se quiera, de la serpiente de mar, y me instó para que le acompañara.

Inútil decir que acepté la proposición, que me satisfacía en alto grado.

Un cuarto de hora después me embarcaba en el navío, á cuyo bordo encontré cerca de doscientos aficionados armados de rifles de todas clases y de todos calibres.»

***

Sigue la descripción, que suprimimos, de cuanto pasó la primera noche.

Volvemos á coger el relato al comenzar el nuevo día.

«Mi *toilette* y la de mi amigo quedaron pronto acabadas, y fuímos los primeros que nos encontramos sobre el puente con nuestras escopetas en una mano y el telescopio en la otra, interrogando al horizonte á través de la bruma que nos rodeaba.

Poco á poco la cubierta se fué llenando de cazadores y aficionados á este *sport* completamente nuevo. No faltaban más que mujeres para que la fiesta hubiese sido completa.

Dos horas pasaron en una espera llena de impaciencias.

Ya empezábamos á perder las esperanzas de encontrar al monstruo.

De pronto se oyó una voz que gritaba:

—*Goad god i see lum* (Dios bueno, yo le veo). Miradle allí abajo, allí abajo, hacia el Norte, en la dirección del cabo Cod, una masa movible que parece una gran hilera de toneles. ¿Lo véis?

Al principio creí que se trataba de un engaño; pero no dejaba de mirar con la ayuda de un buen anteojo de Chevalier, que me acompañaba en todas mis excursiones de caza.

Por fin, en dicha dirección, vi, conforme á las indicaciones que se nos habían hecho, un inmenso pescado, que se curvaba en forma de S sobre un mar bastante encalmado.

Nuestro capitán dirigió el navío contra aquella masa movible, forzando el vapor.

No cabía duda de que se trataba de una serpiente de mar; el mónstruo no era un mito, sino una horrible realidad.

Un cuarto de hora después, estábamos á corta distancia de la serpiente: podíamos medir con bastante exactitud sus dimensio-

nes y distinguir sus formas, que eran las de una anguila gigantesca y muy gruesa en el centro del cuerpo, y provista de aletas grandes como brazos; sólo la cabeza desaparecía bajo el agua, y como era la parte más lejana, nos era imposible apreciar el conjunto de la forma.

Hallábamonosá tiro de cañón del mónstruo, cuando uno de los cazadores que estaba en la proa tuvo la desatinada ocurrencia de hacer fuego.

Este mal ejemplo fué la señal de una descarga general; pero mucho antes de que cada uno de nosotros hubiera podido descargar su arma, la serpiente desapareció, no dejando tras sí más que una pequeña estela, que también se perdía momentos después.

***

Otro viajero moderno pretende haber visto una serpiente de mar, y da sobre ella detalles bastante precisos para que no se pueda dudar de la exactitud del relato.

Es el francés Ducouret, más conocido por el nombre árabe Hadji-Abd-el-Hamid.

«En uno de los viajes que hice en barca, de Laberón á la isla de Camerán, los remeros se detuvieron de pronto y me mostraron, á veinte ó treinta metros de nosotros, flotando sobre las olas y siguiendo sus ondulaciones, una enorme serpiente enroscada.

Formaba un círculo perfecto, en cuyo centro se veía la cabeza.

Iba yo provisto de una escopeta y quise hacer avanzar á los remeros, pero se negaron obstinadamente á obedecerme; todo lo que pude lograr de ellos, fué que no huyeran. De este modo pude contemplar el animal con detención.

Podía tener de veinte á veinticinco metros de largo y sesenta centímetros de espesor; su cabeza presentaba el volumen de una cabeza de niño; los tres colores más aparentes de su cuerpo, eran el rojo, el negro y el blanco. Tenía el vientre amarillo y negro y sus escamas eran muy visibles. Los árabes conocen esta especie de serpientes. Pretendían que tenía patas, probablemente porque tomaban por tales las aletas.

El reptil no parecía preocuparse lo más mínimo por la proximidad de nuestra bar-

ca; su única preocupación era dar caza á gran número de pájaros que revoloteaban cerca de él. Algunos se aproximaban tanto, que le bastaba al reptil alargar la cabeza con movimiento ligero para coger uno, que tragaba sin el menor esfuerzo. Esta operación se renovó tres ó cuatro veces con la misma estupidez por parte de los pájaros y la misma seguridad en los movimientos de la serpiente. Yo aproveché un momento en que se disponía á engullir el cuarto pájaro para hacer un disparo contra la serpiente.»

***

He prometido dar algunos detalles personales sobre los descendientes de las famosas serpientes que hicieron retroceder á los soldados romanos, impidiéndoles ganar las orillas del mar Caspio. Hacia el año 58 tuve ocasión, regresando de Inkhoran, de atravesar las estepas comprendidas entre la Arasca y la Koma.

Era á fines de Noviembre y las estepas estaban desiertas. Nos dirigimos á un grupo

de casas situadas cerca de la Arasca y pedimos á los habitantes noticias de las serpientes que no veíamos por ninguna parte.

Los interrogados nos dijeron que á seis pulgadas de profundidad encontraríamos lo que inútilmente buscábamos en la superficie.

Mediante dos ó tres rublos, dos hombres consintieron en hacer una fosa. Tomaron una azada y un pico y echaron á andar. Habrían caminado una media vesta, cuando se detuvieron consultándose con la mirada. Debieron ser de la misma opinión, porque sin hablar palabra se pusieron á cavar. Al cabo de diez minutos de trabajo, encontraron una especie de subsuelo, y en este subsuelo tres serpientes enroscadas.

Estaban echadas en una especie de lecho de estiercol y hierba seca, que parecía haber sido preparada de antemano.

Se puso con cuidado, para no herirla, el pico sobre el cuerpo de una de las serpientes. El hombre que había hecho esto, tiró con fuerza y sacó á las tres serpientes completamente aturdidas y con todas las apariencias de la muerte.

La más grande tenía dos metros veinte centímetros, y era un poco más gruesa que la muñeca de un hombre. Su piel gris estaba salpicada de manchas negras en la parte correspondiente á la columna vertebral y de placas amarillas en el vientre.

Interrogamos á uno de los hombres, quien nos dijo que en la primavera estas serpientes salían de sus escondites en tal cantidad, que nadie era osado á atravesar á pie las estepas, pobladas además de cien especies de animales venenosos. El escorpión es uno de los animales que más abunda. Los pocos viajeros que se habían atrevido á hacer aquella peligrosa exploración, hiciéronla sobre camellos, á los que previamente habían cubierto las patas con botas de cuero y la cabeza con una máscara de alambre muy semejante á una careta de esgrima.

Hacia el mes de Septiembre se enviaban á las estepas numerosos rebaños de carneros; los pastores marchaban detrás sin temor alguno, porque los insectos y los reptiles huyen al ver que se aproximan los carneros. La serpiente no puede hacer daño ninguno á los carneros bien defendidos con su lana,

y éstos encuentran manjar exquisito en la carne de los insectos. Tal es la razón de que los habitantes del Cáucaso usen botas y abrigos de piel de carnero. El olor que despide el carnero,—olor que conserva la piel,—basta para alejar á los insectos venenosos.

Nuestros guías nos dijeron también que del 15 de Abril al 15 de Mayo de cada año, época del celo de los reptiles, descienden de las montañas de Persia bandadas de reptiles que atraviesan la Araxa y se establecen en la estepa de Moghan para buscar hembras. Entonces, sobre una superficie de diez leguas, se verifica la unión de los reptiles entre silbidos estridentes, y sobre los matorrales se ven flotar millares de cabezas movibles que se buscan con ojos de gorgona y se juntan con abaros de Medusas.

***

Desde las estepas de Moghan fuí á Tiflir, y allí, tuve el honor de ser presentado al príncipe Orbeliani, yerno, según creo, del último rey ó del hijo del último rey de Georgia.

Gozaba el príncipe reputación de encantador de serpientes y se me han referido de este hombre gran número de anécdotas que no me decido á transcribir, porque no he tenido ocasión de comprobar su exactitud.

Lo que sí sé, y lo que por consiguiente puedo afirmar, es que era el príncipe poseedor del famoso talismán de que se habla en las *Mil y una noches*, llamándole el *besoard*, talismán de que también nos hablan casi todos los viajeros que han estado en la India, y al que distinguen con el nombre de *piedra de las serpientes*.

La piedra del príncipe Orbeliani ofrece la forma de un haba, es de color azul celeste, tiene muy poco peso y es de aspecto esponjoso. Yo no he visto que nadie haya sido curado por este talismán, pero voy á referir lo que se me ha relatado.

Tan pronto como un habitante de Fiflis, ó de las cercanías, es picado por una serpiente, por un escorpión ó por otro animal venenoso, va al palacio del príncipe Orbeliani, que en este caso pone su precioso antídoto al servicio del último aldeano.

Si la herida no es muy reciente y ya no

sangra, se provoca la sangre con un pinchazo de lanceta ó de bisturí, y á falta de estos instrumentos, con un alfiler, y en seguida se aplica la piedra sobre la herida. La piedra se impregna rápidamente del veneno y cambia su color azul por un tono gris ceniza. Luego se lava en leche caliente y recupera su primitivo color; entonces se aplica nuevamente sobre la herida hasta que conserve su color azul, á pesar de estar en contacto con la sangre. Esto prueba que el veneno ha desaparecido y que la herida no ofrece ya ningún peligro.

***

¿No es cosa por demás curiosa que la Naturaleza, que ha dado á las serpientes la facultad de fascinar á los otros animales, haya dado al hombre la facultad de fascinar á las serpientes?

Con mis propios ojos he visto en Marruecos y en otros sitios de Africa encantadores de serpientes que viajan ordinariamente por grupos de cuatro hombres: tres músicos y el encantador.

La música la forman por lo general dos flautistas y dos tamborileros. Las flautas, que los mismos músicos se fabrican, producen un sonido melancólico no exento de encanto; el tambor es casi siempre la mitad de una gruesa calabaza sobre la cual está estendido un pedazo de piel de asno ó un pergamino. El músico golpea sobre este tambor con un solo palillo, lo cual le hace producir un ruído sordo y monotono, que acompaña maravillosamente á la música del flautista.

Los primeros que nos encontramos estaban indolentemente echados en la plaza de la Karba, de Tánger. Unos tenían el tambor colgado del cuello, los otros las flautas en la mano. Cerca de ellos estaba un cesto de juncos recubierto con una piel de cabra. Hacía un calor de 40 á 50 grados, y el sol caía á plomo sobre la plaza.

Hago constar este detalle para que se comprenda que las serpientes que luego vimos no estaban aletargadas por el frío, sino todo lo contrario, despiertas y excitadas por un calor casi tropical.

El judío que nos acompañaba me puso la mano sobre el brazo.

—¿Quiere usted ver encantadores de serpientes?—dijo.

—Sí,—le respondí.

—Hé aquí uno.

Y al decir esto me designaba á un hombre que no tenía ningún instrumento de músico ni en la mano ni pendiente del cuello, pero que tenía el cesto entre sus piernas.

—¿Qué es necesario hacer?—pregunté á David; mi guía se llamaba como el vencedor del gigante Goliath,—¿qué es preciso hacer para que esos hombres nos den una representación de su espectáculo?

—Es preciso que me ordene usted que les ofrezca en su nombre uno ó dos thalaris.

—Ofréceselos.

El *thalari*, como todos saben, equivale á una de nuestras piezas de cinco francos; la mayoría de los thalaris están acuñados en Austria, por lo que se ve en ellos la efigie de la emperatriz María Teresa. El nombre de thalari no es más que la corrupción de la palabra *thaler*.

David hizo el ofrecimiento al encantador de serpientes, quien se sentó para escuchar-

le, y habiendo aceptado la propuesta despertó á sus tres compañeros.

Estos dejaron escapar algunos gruñidos que recordaban el del animal inmundo que tanto horror produce á los israelitas; se desperezaron, tomaron como á la fuerza sus flautas unos, el tambor el otro, y por fin con visible mala gana se pusieron los flautistas á soplar y el tamborilero á golpear el parche.

El encantador presentaba la mano á las víboras que se precipitaban furiosas, pero deteniéndose siempre antes de picar. Tenía el encantador en la otra mano una varilla con la que tomaba á los reptiles levantándolos.

Las víboras comenzaron á silbar y como si este silbido fuera una señal para el *cobra-capello* enroscado en la cabeza del encantador, alzó rápidamente la cabeza que en lugar de colgar á nivel del cuello tomó una posición vertical y á su vez comenzó á balancearse como tallo flexible azotado por el viento; al propio tiempo sus ojos enrojecían como carbunclos y su cuello se hinchaba rápidamente.

Al cabo de cierto tiempo el encantador

asió por el cuello á uno de los cerastes, tomándolo con la mano izquierda y cubriéndole la boca con uno de los cabos de la varita mostró los dientes huecos y venenosos de que las mandíbulas del reptil estaban armados, y del que salió un licor amarillento, después cuando le hubo excitado hasta el paroxismo de rabia le presentó el brazo que retiró rápidamente antes que el reptil hubiese podido morder; por fin á la quinta ó sexta vez le permitió que clavara los dientes en la carne y levantando el brazo la presentó suspendida del antebrazo del que manaba la sangre que en delgados hilos corría á lo largo del cuerpo de la víbora y caía gota á gota por el extremo de la cola.

Entre tanto el encantador elevaba las manos y murmuraba una oración á *Sedna Tirer* patrón de los encantadores de serpientes.

Ya terminada la invocación al son de la flauta y del tambor, el encantador hizo saltar de un puntapie la piel de cabra que cubría el cesto, con lo que quedó al descubierto una madeja de cuerpos verdosos enroscados en forma tal que á mí me hubiera sido imposible distinguir unos de otros.

El encantador metió la mano en el cesto y sacó un *cobra-capello,* es decir, uno de los reptiles más peligrosos de Africa; se extendió corriendo ambas manos en sentido inverso á lo largo del cuerpo de la serpiente, con igual tranquilidad que un cocinero pudiera hacerlo con una anguila; luego se la colocó á modo de turbante sobre la cabeza dejando caer la cabeza á la altura de su cuello.

Sin dejar de danzar el encantador, metió por vez segunda la mano en el cesto, después otra vez sacando dos cerastes, es decir, un víbora de la especie más peligrosa, que dejó rápidamente sobre la arena.

Tan luego como los reptiles sintieron el calor del sol y se encontraron á la luz solar parecieron resucitar por aquel calor y aquella luz, y enderezándose sobre la cola, balanceando las dos terceras partes de sus cuerpos, parecían danzar al compás de la monotona música.

Al cabo de algunos instantes el ceraste soltó su presa y cayó á tierra; inmediatamente el encantador de serpientes se llevó la herida á la boca para chupar á la vez el

veneno y la sangre, teniendo cuidado de escupir ambas cosas y sin dar muestras de otro dolor que el que le hubiera causado la mordedura de una serpiente.

Yo creo fácilmente en las cosas increíbles, pero me acompañaban otras personas menos dispuestas que yo á creer que no había ninguna clase de superchería en lo que acabábamos de ver.

Algunos de mis compañeros manifestaron sus dudas.

El intérprete se apresuró á traducir las palabras de mis amigos al encantador de serpientes.

Esta desconfianza iba á ser fatal á un perro vagabundo, que por curiosidad, habia formado círculo alrededor de las serpientes mezclado con gran número de vecinos de Tanger.

El perro, que contemplaba el espectáculo con canina indiferencia, no sospechaba seguramente, el importantísimo papel que la suerte le reservaba.

El encantador tenía que convencer á los que dudaban, y el perro le proporcionaba un medio de prueba.

Rápidamente se arrojó el moro sobre el perro, le asió por la piel del cuello, y antes que el pobre animal pudiera sospechar de lo que se trataba, le colocó junto á la víbora que acababa de morderle.

El reptil se arrojó sobre el perro con rabia igual á la que había demostrado al arrojarse sobre el hombre.

El perro fué picado en el labio inferior.

El can dió un grito y huyó con la víbora suspendida del labio herido.

Minutos después se desprendía la víbora y caía á tierra como una sanguijuela que abandona su presa, quedando el perro en completa libertad.

Pero ya era demasiado tarde.

De pronto, se detuvo el perro como si hubiera sido sujetado por una prepotente mano.

Luego se le vió estremecerse convulsivamente, al propio tiempo, que aullaba con desesperación.

Empezó á revolcarse en el polvo, se encogía y se estiraba por sacudidas.

Momentos después, se inició la agonía, y

comenzó á arrojar por boca y nariz un licor amarillento.

Cuatro minutos después moría.

Un pollo que se le entregó al encantador, y que fué mordido por la misma víbora que ya había mordido al hombre y al perro, murió mucho más rápidamente que el can.

En cambio, el encantador no recibió el menor daño, y al día siguiente, volvimos á encontrarle en una de las calles de Tanger con el cesto de las serpientes debajo del brazo, seguido de los tres músicos y pronto á repetir sus experimentos en cuanto algún curioso le ofreciera dinero.

***

Y sin embargo, la mordedura del ceraste es mortal.

Muchos hombres que por este reptil han sido picados, han fallecido á las pocas horas entre horribles sufrimientos.

M. Fernando de Lesseps me refería ayer que entre los hombres que trabajaban en el istmo de Suez, dos fueron mordidos por víboras cerastes.

De estos dos hombres á uno se le salvó la vida porque hubo proporción de cauterizarle rápidamente la herida, aplicándole un hierro candente.

El otro murió al cabo de seis horas.

Yo que he presenciado varias veces estas escenas de los encantadores de serpientes, y que he visto renovarse en pollos y en perros los accidentes que acabo de descubrir, mientras el hombre quedaba siempre sano y salvo, no vacilo en afirmar que debe de haber una especie de circulación parecida á la descubierta por M. Errán, con la ayuda de la cual los encantadores de serpientes pueden impunemente resistir las picaduras de los reptiles más venenosos.

Estos encantadores de serpientes tienen además otra industria que yo les he visto ejercer en Tetuán y en Constantina.

Cuando la danza de los reptiles les ha proporcionado regular ganancia, encierran á los cerastes, los *cobra-capellos* y las serpientes en el cesto; los flautistas dejan de tocar; el tamborilero pone su media calabaza debajo del brazo, y la tribu, que es generalmente una rama de la secta de los aissaoua, es de-

cir, de los *lamedores del fuego*, y comedores de escorpiones, se echan á rebuscar por la ciudad, sin dejar hueco ni casa sin mirar.

Cuando ven una casa de buena apariencia, el jefe, es decir el encantador de serpientes se para, llama á la puerta, y en nombre de Mahoma pide licencia para hablar con el propietario.

Lograda ésta, le dice:

—Hermano, te advierto que en tu casa hay serpientes.

Casi todos los propietarios conocen bien á los encantadores, así que no es preciso que éstos hablen para que aquéllos adivinen lo que se les va á decir.

No habrá para que añadir que la noticia les produce desagradable impresión.

En general la vecindad de los reptiles, y sobre todo, de los reptiles venenosos es poco grata.

Las mujeres que se han confiado á las serpientes, comenzando por Eva y acabando por Cleopatra han tenido un final desastroso.

Esto explica porque el aviso del encantador produce gran disgusto á todas las

personas de la casa, especialmente á las mujeres.

El propietario entra en trato con el encantador, y una vez fijado el precio, que suele ser el de un thalari por serpiente, el mozo se compromete á limpiar la casa de los reptiles que haya.

Hé aquí como yo les he visto practicar su arte, especialmente á un mozo llamado *Abd-el Kerim*, es decir, *el esclavo del que da.*

Una vez aceptado el precio, el encantador se vuelve hacia los cuatro puntos cardinales haciendo sendas y muy pronunciadas zalemas.

En seguida anuncia los nombres de las serpientes que hay en la casa.

Por fin obtiene del propietario autorización para dar comienzo á su tarea.

Los tres músicos se sientan formando un pequeño círculo y los flautistas comienzan á tocar acompañados por el tamborilero.

El del tambor tiene en la boca hierbas aromáticas, cuyo grato olor distribuye en todas direcciones al propio tiempo que grita sinceramente: ¡Alah! ¡Alah! ¡Alah!

Entre tanto el encantador hace oir un sil-

bido particular que tiene, indudablemente por objeto, llamar la atención de los reptiles.

A medida que el encantador silba, se ve descender á lo largo de las paredes y salir de debajo de los muebles una veintena de escorpiones que forman la vanguardia de las serpientes y que acuden al llamamiento del moro.

El encantador reune á estos animales en un montón, los coge con las manos y los guarda en la camisa.

Después se pone á silbar con nuevas modulaciones.

Un *cobra-capello* salió de debajo de unos cojines, adelantándose hacia Abd-el-Kerim, quien cogiéndola la metió en su saco.

Los soplos de aire, los gritos d'Alah y todos los silbidos comenzaron nuevamente.

Una segunda serpiente saliendo de una alcoba se dirigió hacia Abd-el-Kerim.

El encantador asióla como á la primera y la introdujo en el saco.

—¿Hay más todavía?—interrogó el propietario poseido de ese miedo retrospectivo que hace palidecer al más valiente.

—Estoy oyendo una en la habitación inmediata,—contestó el encantador.

Y pasando á dicha habitación, hizo venir con su llamamiento una nueva serpiente que fué á unirse en el saco con sus dos congéneres.

—Mientras que estés aquí,—dijo el propietario,—registra toda la casa.

—Vamos á la cocina,—repuso Abd-el-Kerim,—oigo una.

Fueron á la cocina; á los primeros soplos, gritos y silbidos d'Alah, la serpiente apareció y encaminóse hacia el encantador, obedeciendo con una repugnancia bastante marcada, viéndose forzada á obedecer.

Abd-el-Kerim guardóse cuatro thalaris, llevándose cuatro serpientes.

***

Un día mi padre cazaba en el Delta con uno de sus edecanes, llamado d'Horbourg. Hallábanse aproximadamente á veinte pasos de distancia uno del otro, cuando el edecan pisó la cola de una serpiente pitón, la que irguiéndose mordióle en el rostro; mi

padre disparóla un tiro al vuelo, por decirlo así, hiriéndola en la cabeza.

El edecan enroscóseá la cintura la serpiente que tenía nueve pies de larga, y llevándola á la ciudad, quitóla la piel, de la que se hizo un cinturón para colgar el sable y sobre la plancha del broche hizo grabar: *Muerta por el general Dumas.*

El coronel d'Horbourg llegó á ser conde del Imperio; murió en 1846 ó en 1847, encargando á su hijo al espirar, que me diera la piel de serpiente transformada en cinturón.

El hijo del conde d' Horbourg, á quien su padre dejó sin fortuna, permaneció tres ó cuatro años á mi lado en calidad de secretario. Todos los que me conocieron de 1846 á 1849 conociéronle á él también.

En 1849, el general Pacheco y Obes, ministro de guerra de la república de Montevideo, vino á París y viendo á d' Horbourg en mi casa ofrecióle que se lo llevaría como capitán instructor.

Partió con el general Pacheco, el cual murió, guardando no obstante d' Horbourg su grado.

Un día en una carga, d' Horbourg dejó caer su sable. Volviéndose atrás se detuvo en el sitio en que se le había caído y se apeó con la precipitación que le era habitual.

La fatalidad quiso que su sable, que había caído con la empuñadura hacia abajo, quedase derecho, sujeto en esta posición vertical por las muchas yerbas que había. D' Horbourg al saltar á tierra clavóselo muriendo después de terribles sufrimientos.

***

Hemos dicho que el encantador de serpientes que yo había visto haciéndose morder en la plaza de la Kasbah de Tanger pertenecía á la secta de los *aissaoua*.

Muchos de nuestros lectores, ven escrito por primera vez este nombre y se preguntarán qué es eso de los *aissaoua*.

Ya os lo diremos, pero no sabemos mucho más que los otros sobre este punto para saber qué son los *aissaoua*, para saberlo bien precisa ser *aissaoua* uno mismo.

Pues bien, los *aissaoua* pasan la lengua por hierros candentes, bailan sobre el corte

de los sables y no solamente se hacen morder por escorpiones y víboras, sino que hasta se comen vivos á estos animales.

La ciencia dice: «Eso es imposible.»

Yo digo lo que la ciencia; pero añado: «¿Qué queréis? *lo he visto.*

Teófilo Gautier, entre otros, con el don de la expresión que le es peculiar y con el colorido de estilo que hace de él un pintor al mismo tiempo que poeta, describe una de esas veladas dadas en los alrededores de Blidah, en casa de Ahmed-ben-Kadour, kaid de los Beni-Kheli, y lo hace de tal modo que conserva el privilegio de describirlas con seguridad tan suya como si en este género tuviese patente exclusiva.

A una velada semejante he asistido y vi en ella á los *aissaouas* comer sucesivamente escorpiones y cerastes, y lo más curioso era que empezaban á devorar al reptil por la cola y éste en los sobresaltos de dolor le mordía los brazos, las manos, el pecho, el rostro hasta que acababa por desaparecer en el estómago del devorador.

Estos mismos hombres cogían con las manos una barra de hierro enrojecida al fuego,

Al contacto con ella se elevaba una humareda y un olor de carne asada que llenaba la estancia.

Después de esta experiencia lamían una plancha de hierro caldeada al blanco.

Otros *aissaouas* caminaban sobre hojas de sables ó sobre pedazos de vidrio, en tanto que otros se los comían esos mismos pedazos como si se tratase de una galleta pareciendo como si encontrasen en esta rara comida una suprema satisfacción.

***

Terminemos esta serie de anécdotas con la historia bien conocida de la serpiente de cascabel de Vivier.

Nuestro célebre artista había tenido la idea para facilitar en sus viajes el paso por las aduanas y para procurarse vagones y cupés para él solo, llevar consigo una serpiente de cascabel encerrada en una jaula que rogaba á los viajeros le dejasen poner debajo de los asientos. Tenía al hacer esta petición, que generalmente se encontraba indiscreta, una

manera de sacudir la jaula, que hacía que la serpiente silbara y agitara los anillos.

Era raro que Vivier encontrase viajeros bastante aficionados á la historia natural, para permanecer en el mismo compartimento que él y su compañero.

No sé como Vivier y su serpiente de cascabel se han separado uno de otro, y si ha sido de buen acuerdo ó á consecuencia de alguna alteración. Paréceme haber oído decir que una mañana la caja de la serpiente, colocada en la alcoba de Vivier se abrió, dando facilidad á la serpiente para desentumecerse avanzando hacia el lecho en que Vivier estaba acostado. Este que deseaba tener un crótalo por compañero de viaje, hubiérase cuidado muy poco, dice la leyenda, de tenerla por camarada de lecho, y la habría de un garrotazo, roto la espina dorsal á la primera tentativa hecha para subir al lecho.

Para que Vivier se viese obligado á esta extrema crueldad, muy apurado debió verse. Es conocida la originalidad de este eminente artista, que negándose muchas veces á dejarse admirar por sus amigos en ocasio-

nes, ejecutaba música durante horas enteras para su serpiente de cascabel, muy sensible á esta condescendencia y que le acompañaba á compás, según se asegura, sacudiendo los anillos de su cola.

Tales son sobre poco más ó menos, todas las historias de serpientes que yo guardaba en mi saco, y que han ido saliendo una á una.

No las escribía para el público, las escribía para mí, sin saber que haría de ellas, y he aquí que mi editor pretende que divertiría á los lectores. Me las ha tomado y es suya, por lo tanto, toda responsabilidad.

FIN

LEZCANO Y C.ª - Editores

Extracto del Catálogo

Últimas publicaciones

Director literario:

Tomás Orts-Ramos

Barcelona

Vida de las damas galantes

POR

BRANTOME

La obra del abate Brantome, como modelo de gracia y desenvoltura, es famosa en la historia de la literatura francesa, del siglo XVI. Todos sus relatos son rigurosamente exactos, y la naturalidad de lenguaje que emplea, propio de la época en que escribió, no puede ser un inconveniente, para que este libro circule en lengua española.

Un tomo de 300 páginas, **UNA peseta.**

Eça de Queirós

LA RELIQUIA

TRADUCCIÓN

— DE —

CAMILO BARGIELA

— Y —

FRANCISCO VILLAESPESA

Eça de Queirós, el famoso novelista lusitano, autor de obras que le han conquistado renombre mundial, acaso por ningún otro libro como por *La Reliquia*, merece el concepto de literato insigne de que goza.

Traducida al español *La Reliquia* por escritores tan distinguidos como los que firman la versión, no dudamos en asegurar que este libro alcanzará un brillante éxito.

UNA PESETA

J. Barbey d' Aurevilly

LAS DIABÓLICAS

TRADUCCION

— DE —

Tomás de M. Graells

Un escritor del mérito y fama del ilustre Barbey d' Aurevilly, había de figurar en este catálogo y para ello, hemos escogido su obra maestra: *Las Diabólicas*.

Dos tomos con artísticas cubiertas en fotocromía.

El tomo, UNA peseta

La vida, el amor y la muerte

POR

Arturo Schopenhauer

La fama del gran filósofo pesimista alemán nos excusa todo elogio. El tomo que ofrecemos hoy, es una recopilación de los aforismos más notables del célebre escritor, sobre los puntos que abarca el título.

Un tomo de 250 páginas, con cubierta en fototipia, **UNA peseta.**

Emilio Zola

LA CANALLA

También de los *Rougon Macquart* y de las más famosas del ilustre novelista, es la obra que ofrecemos al público.

DOS TOMOS

DOS PESETAS

Por Electra

NOVELA ORIGINAL

POR

R. DE ALBORNOZ

Obra de actualidad, vivida y escrita con la sinceridad, que constituye el principal mérito del notable escritor que firma el volúmen.

Un tomo de 300 páginas con cubierta en fototipia, **UNA peseta.**

LA ALEGRIA DE AMAR...

POR

TOMAS ORTS-RAMOS

Un libro moderno en que palpita la vida; un libro sincero sobre todo, en que el interés se desprende por la realidad del dolor, y la intimidad de la pasión.

Forma un tomo de 300 páginas con cubierta al tricolor, **UNA peseta.**

J. Menendez Agusty

LA HIJA DE DON QUIJOTE

NOVELA ORIGINAL

Es el relato de las aventuras de una mujer, digna en lo psicológico de ser hija del famoso hidalgo manchego. Su vehemente temperamento, altruista de un modo elevado y sutilísimo, la arrastran á las más piadosas y apasionadas empresas y por ellas sucumbe sin ser de nadie comprendida.

UN TOMO

UNA PESETA

EL INGENUO

POR

VOLTAIRE

Otro libro cuya fama hace innecesario todo elogio. La sátira finísima, con que tritura el clericalismo, le dan en estos momentos una verdadera actualidad.

Un tomo de 250 páginas con cubierta en fototipia, **UNA peseta**.

Los quince goces del matrimonio

Un libro de autor desconocido, y de mérito positivo. La fina observación, y el *humour* hacen de esta obra, una joya de la alegría picaresca francesa.

Un tomo de 300 páginas con cubierta en fototipia, **UNA peseta.**

ROJO Y NEGRO

DE

STHENDAL

(ENRIQUE BEYLE)

Stendhal, es el patriarca ilustre de la moderna novela psicológica y el *Rojo y Negro*, su obra maestra.

Dos tomos de 300 páginas con ricas cubiertas, **DOS pesetas.**

La caída del abate Mouret

POR

EMILIO ZOLA

TRADUCCIÓN DE

T. Orts-Ramos y Climent

Es una de las famosas novelas que forman la colección de los *Rougon Macquart* y sin duda, una de las más hermosas del eminente escritor.

Consta de dos tomos soberbios con cubiertas en fototipia, á **UNA peseta** el tomo.

EL PRESTIDIGITADOR UNIVERSAL

POR

E. Taimrens Drangs

Colección de juegos de manos, cartomancia, nigromancia, astrología, quiromancia, ocultismo y arte de levantar figuras.

Un tomo de 300 páginas **UNA peseta**.

EL ANTECRISTO

Y

EL ASCETISMO CRISTIANO

POR

FEDERICO NIETZCHE

Traducción y prólogo de Pompeyo Gener

Una de las obras de mayor mérito del ilustre alemán, es la que ofrecemos al público de lengua española, traducida directamente, por el notabilísimo publicista Pompeyo Gener, cuyo sólo nombre es una garantía.

Un tomo de 300 páginas, **UNA peseta.**

BIBLIA DEL AMOR

AVENTURAS GALANTES

POR

J. CASANOVA

Extracto de las memorias del célebre aventurero italiano, cuyo nombre ha hecho famoso, quizás más que sus hechos, la forma de relatarlos, en que la ingenuidad corre parejas con la gracia del estilo.

Un tomo de cerca de 300 páginas con magníficas cubiertas en fototipia, **UNA peseta.**

Esclavas del oro

(LA TRATA DE BLANCAS)

POR

RAMON SEMPAU

El título revela lo que la obra es: la descripción del repugnante mercado de mujeres, que es una de las llagas sociales más difíciles de extirpar.

Un tomo de 300 páginas, **UNA peseta.**